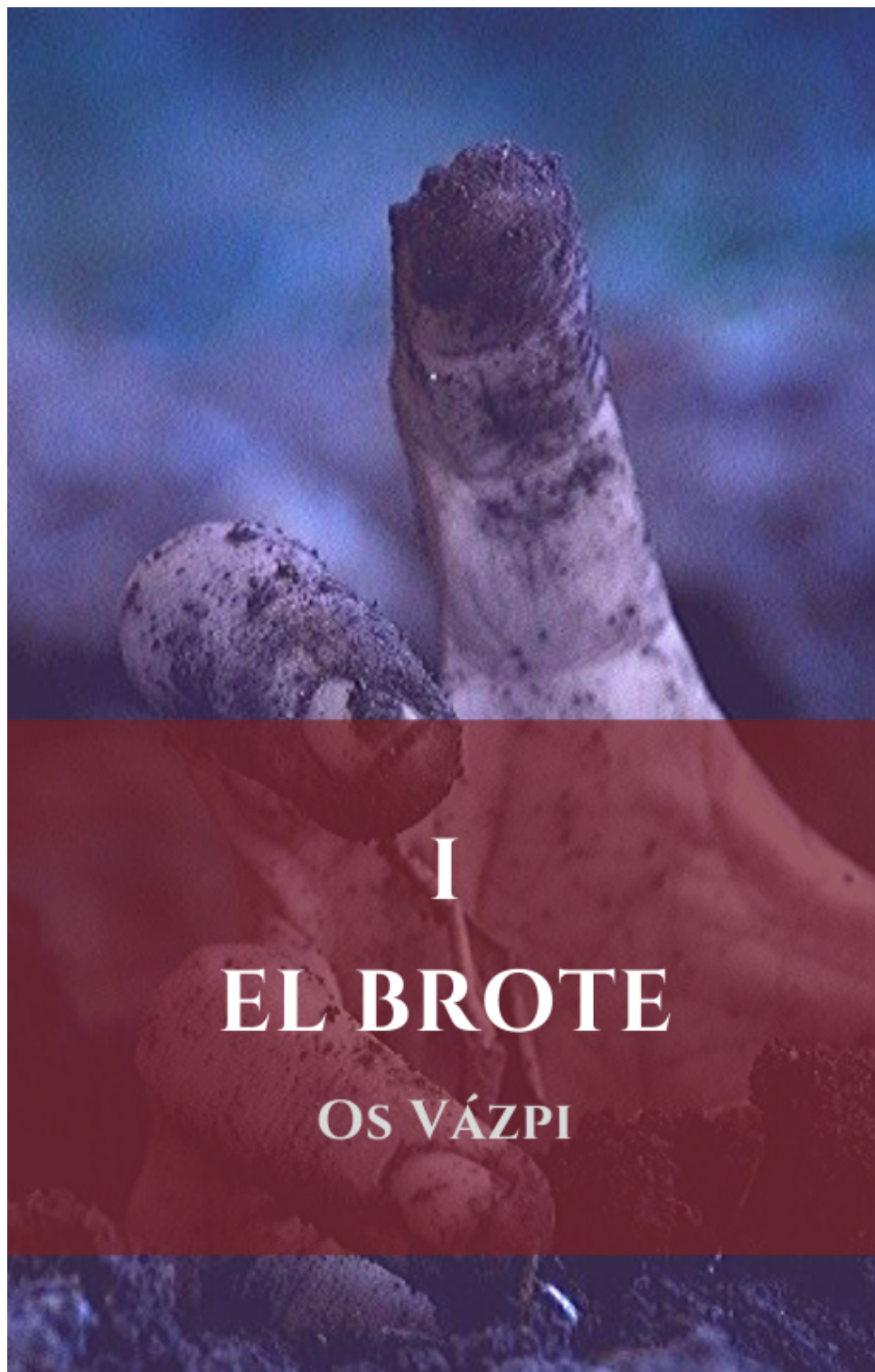


El Brote

Os Vázpi



Capítulo 1

—Así es como las cosas tienen que ser...

El calor del verano despertó a Charlie cerca de las cuatro de la mañana aún con las puertas que daban al balcón abiertas y dejando entrar una suave brisa que levantaba las delgadas cortinas de la recámara.

El chico estiró un poco su mano hasta sentir la tela de su playera desgastada cubriendo el torso de Giselle. Un extraño alivio lo inundó, como si existiera la duda de que ella no estaría en la cama que compartían. Enredó un poco los dedos en el largo cabello castaño claro de la chica y lo acarició.

Charlie se levantó intentando hacer el menor movimiento posible y salió de la habitación. La extraña disonancia entre antigüedad y modernidad que transmitía aquella casa siempre lo había intrigado, en eso pensaba mientras sus ojos seguían el adorno de una de las paredes del corredor que conectaba la recámara donde dormía con una más pequeña. Un segundo alivio llegó cuando encontró la cuna, aún vacía, y el resto de los artículos para bebé que había encontrado fuera de las murallas.

... así es como ahora sobrevivimos, como las cosas se nivelan...

El balcón lo recibió con una brisa húmeda característica del lugar lleno de pantanos. Las antorchas en las jardineras a mitad de la calle y los faroles en las entradas de las casas hacían que las sombras se arrastraran por las paredes y el asfalto.

Al final de la calle se encontraba la muralla que separaba a los que todavía quedaban vivos de los muertos, Charlie a veces se quedaba lo más quieto que podía, lo más callado y, justo antes que el sonido de la sangre corriendo detrás de su oreja fuera perceptible, escuchaba los gruñidos y gemidos de aquellas cosas.

Charlie regresó a la recámara y tomó sus jeans desgastados, unas botas, y su sudadera favorita. Bajó a la sala de estar y se vistió ahí evitando hacer ruido y salió de la casa. Las calles parecían diferentes de como se veían desde el balcón, una neblina fina le daba un toque lúgubre al lugar junto con los pasos de los guardias que vigilaban el lugar. El chico caminó sin rumbo fijo, pasando por el consultorio médico de Nate y la pequeña cafetería que Allison manejaba.

Charlie llegó hasta la entrada donde dos enormes estructuras de madera sostenían a un par de guardias, uno de cada lado. El chico alcanzó a distinguir la silueta de Emir en uno de ellos y lentamente subió hasta

alcanzar la plataforma.

... no se trata de a quiénes perdimos, por más que nos duela su partida...

—¿Noche tranquila? —La niebla danzaba entre los árboles y pantanos fuera de la comunidad. Algunas antorchas alumbraban las zonas más oscuras intentando desviar la atención de los caminos que conducían a Eden.

—Por ahora sí. Hace unas horas se escucharon gritos a lo lejos, pero ya no los he oído —Emir era un año mayor que Charlie y al menos siete centímetros más alto. Su cuerpo era robusto, con una fuerza que le permitía cargar grandes cantidades de leña en hombros y lanzar a los muertos unos cuantos metros sin esfuerzo alguno.

—¿Gritadores? —preguntó Charlie preocupado, los muertos eran una cosa, pero los gritadores eran mil veces peores, más peligrosos.

—Tal vez, pero los caimanes los detienen, al igual que a los muertos, pero no a esas sabandijas —Emir levantó su arma y la acomodó para disparar. Charlie tomó un arco que descansaba contra uno de los barandales del andamio. Ambos apuntaron a la oscuridad que creaba un enorme mangle, justo donde dos puntos brillaban de un color amarillo intenso. Aquel ser se movía reptando por el tronco del árbol, haciendo un sonido similar al de una serpiente.

—No gastes balas —Charlie soltó la flecha sin dar tiempo a una respuesta impactando a la criatura en las sombras, la cual sólo lanzó un grito ahogado y cayó al agua golpeando las raíces del árbol.

—Cada vez se acercan más a nosotros —la voz de Emir se tornó profunda y seria al hablar.

—Tendremos que mantenernos más alertas ahora.

—Sobre todo con los bebés que vienen y el ruido que harán —Una mirada cómplice salió de los castaños ojos del vigilante hacia el recién llegado. Charlie sólo lanzó una carcajada ahogada en respuesta.

—En mi defensa, Alex y Lyra también están esperando.

—Lo cual significa el doble de problemas. Y, ¿sabes qué vi hace unas horas? ¡Emily y Roger! Esos dos salieron muy sonrientes de la cafetería.

—¡Cállate! —Las risas y el volumen de las voces ya no eran tan discretas como antes. Ya no eran simplemente un guardia y un sobreviviente hablando, eran dos amigos contando rumores como si estuvieran en

alguna preparatoria.

—Así es. En lo que a mí concierne, esta noche aumentará el número de habitantes en Eden.

... esta es la noche en la que dejamos los viejos hábitos y nos entregamos a lo que viene. El mundo es corrupto, y ahora sólo aquellos que lo sean son los que merecen vivir en él...

—A veces olvido que sólo somos unos niños —Charlie suspiró mientras las primeras luces del alba teñían de tonos lavanda el cielo.

—Ya no lo somos, y lo sabes. Todos lo entendemos así. Tuvimos que madurar un poco más rápido, pero lo logramos, es por eso que Giselle es la líder.

...Caesar lo dijo, no más reyes, no más falsos líderes.

—Basta... por favor, basta.

—De nosotros depende que esto continúe, Charlie, nosotros somos el futuro.

—Nosotros somos el futuro -El chico alzó una pequeña daga que sacó de su cinturón y la mostró a todos, evidenciando que era real, después se dirigió al chico que se mantenía de rodillas, con las cejas sangrando tanto que apenas podía notar la luz que se reflejaba en el filo del arma—. Así no es como quisiera que esto terminara, en serio.

El chico que yacía en el suelo intentó decir algo para detenerlo, pero el dolor en su vientre apenas le permitía mantener el aire suficiente para no desmayarse. El atacante bajó la daga, se hincó para mantenerse a la misma altura que su víctima, y hundió la daga en su objetivo. Pronto, la sangre en sus manos fue tal que parecía pintura roja saliendo sin control de una lata de pintura.

Capítulo 2

Infinitos

La luz de sol se colaba por la rendija entre las cortinas de la pequeña recámara. El aroma de los envases de cerveza de la noche anterior junto con las sobras de pizza golpeó la nariz de Giselle en cuanto se despertó. El brazo de Charlie se mantenía sosteniéndola de la misma manera que cuando se acostaron unas horas atrás, sonrió para sus adentros y empezó a moverse lentamente para lograr levantarse sin despertarlo.

El antiguo jersey de su padre que había dejado en el cuarto de su novio en caso de quedarse a dormir con él le llegaba hasta la mitad de los muslos, el resto de su pijama improvisada eran unos shorts cortos color azul chirriante que había comprado y jamás había querido usar en público.

Para Giselle, aquel pequeño departamento (si a aquel cuarto podía llamársele departamento) estaba lleno de cosas por descubrir, había salido con Charlie desde hacía dos años, y aun así no terminaba de conocerlo por completo. Paseó su dedo sobre los discos perfectamente acomodados sobre una repisa al lado de la cama para leer el título de cada uno hasta encontrar uno conocido entre la música irlandesa que dominaba entre los gustos del chico.

Mientras el reproductor comenzaba a hacer sonar el disco, Giselle recorrió la pequeña distancia entre la cama y la “cocina” del departamento, encendió la cafetera y dejó que el aroma de café recién hecho inundara la habitación junto con unas suaves notas de la primera canción.

Charlie despertó cuando Giselle comenzaba a bailar al compás de la melodía con una taza de café en sus manos. Se pasó lentamente las manos por su rostro para rectificar que no seguía dormido, después se levantó lentamente para alcanzar la cafetera y una taza.

—Buenos días, dormilón —Giselle tomó su cabeza antes de poder tomar el primer sorbo de su recién servida taza y lo besó.

—¿Sabes?, creo que tomar café de tus labios es una manera mil veces mejor de despertar —Charlie tomó a la chica por la cintura y la acercó lo más que pudo a él para seguir besándola, haciendo que un poco del contenido de la taza que ella sostenía cayera al suelo.

—Tranquilo, campeón —Giselle se separó lo suficiente para poder hablar, pero no tanto como para no sentir el aire caliente que salía de la nariz de

su novio con cada respiración que daba—, tenemos que apresurarnos.

—Pensándolo bien, ¿no crees que salir de vacaciones en verano está sobrevalorado? —Charlie caminó hasta la cama y se dejó caer pesadamente sobre las sábanas desarregladas—, podríamos quedarnos encerrados en este cuarto por el resto del mes y sobrevivir de pizza, café, y el vodka escondido entre Freud y Skinner— El chico estiró un brazo apuntando al pequeño librero al lado de su cama que contenía los textos necesarios para sus clases mientras se tapaba los ojos con la parte interna de su codo contrario.

—¿Por qué escondes vodka entre Freud y Skinner? —preguntó la chica con una seriedad espontánea.

—Porque Wundt está ocupado con el escocés... —Charlie destapó uno de sus ojos para ver el efecto de su chiste en la sonrisa de Giselle. Ella simplemente se limitó a lanzarse sobre él para besarlo.

—Dejemos a un lado el hecho del escondite de tu alcohol y sigamos con el viaje. Tenemos que ir.

—No... quiero quedarme en mi cueva —el chico juntó sus labios con los de Giselle de nuevo, sólo para comenzar a bajarlos lentamente a su cuello.

—Le prometiste a tus amigos que los llevarías —intentó Giselle.

—No importa —contestó Charlie mientras seguía besándola.

—Compré un hermoso traje de baño y si no vamos no tendré dónde usarlo —Esas palabras provocaron que Charlie se detuviera en seco.

—¿Qué tan hermoso? —dijo con incredulidad.

—Para conocer la respuesta tendrás que llevarme a ese viaje —Giselle selló su chantaje con un simple beso en los labios del chico y se le quitó de encima—. Ahora toma una ducha y vístete.

Charlie se levantó a regañadientes de la cama mientras Giselle tomaba el último sorbo de café que quedaba en su taza. La vista que le otorgaba la ventana del departamento hacía que todo pareciera lejano, incluso ajeno a la existencia que ocurría dentro de esas cuatro paredes.

—Sabes, tú deberías también darte una ducha, y se me ocurrió... —La cabeza de Charlie se asomaba desde el marco de la puerta del baño.

—Estaré contigo en un momento —contestó Giselle mientras deslizaba el

jersey por su cabeza.

El resto de la mañana ambos acomodaron lo necesario para el viaje en la cajuela de la Grand Cherokee del 93 de Charlie. Al igual que ellos, varios otros estudiantes se preparaban para salir de la unidad habitacional donde vivían. La luz del sol se filtraba entre algunas de las hojas del árbol, bajo el cual estaba estacionada la camioneta del chico, y chocaba con la brillante pintura roja.

Ambos subieron al vehículo tomando los asientos delanteros y salieron dejando los enormes jardines y los edificios pintados de naranja y rojo detrás de ellos.

La ciudad tenía una extraña felicidad en su ambiente, esa atmósfera que invitaba a los niños a jugar en los parques mientras se mojaban en los aspersores. Era una felicidad que Charlie podía sentir mientras tomaba la mano de Giselle.

Después de conducir por un camino que prácticamente era una rutina para él, ambos llegaron a una parte de la ciudad más tranquila que otras. Las casas que los flanqueaban parecían todavía dormidas, como si el día fuera lo suficientemente bueno como para descansar.

La camioneta se detuvo frente a una casa que parecía hacer un esfuerzo por no rendirse y dejarse caer, con la pintura azul cielo desgastada que dejaba ver la madera debajo de ella en algunas partes y tejas faltantes en el techo del pórtico. Había tres chicos sentados en las escaleras que llevaban hasta la entrada de la casa esperándolos.

—Miren quiénes se dignaron a aparecer —El chico más cercano a la calle y se levantó mientras Giselle y Charlie salían de la camioneta.

—Lo siento, es sólo que no quería venir —Charlie sonrió descaradamente ante la irritación del chico. Ambos se dieron la mano y se abrazaron como saludo—. Gusto en verte, Emir.

—Tuve que convencerlo para sacar su obstinado ser de la cama —Giselle saludó también a Emir dándole un abrazo. La diferencia de tamaños entre ellos hacía que el chico terminara en una posición incómoda.

—Siempre es bueno tener el poder femenino de nuestro lado —Asad bajó desde los escalones superiores. Aun con la creciente temperatura del verano, el chico llevaba su chamarra negra de cuero sobre una camiseta blanca con sus característicos vaqueros desgastados y sus botas militares, lo único que cambiaba era su peinado, normalmente suelto su cabello largo hasta el cuello y ahora siendo recogido en una ordenada coleta.

—Bueno, puedes enmendar tu retardo cargando la camioneta —El último chico se levantó de las escaleras junto con su voluptuosa bolsa de lona que lanzó hacia el pecho de Charlie haciendo que el chico perdiera un poco el equilibrio y soltara un quejido ahogado.

—A veces puedes ser un ser muy molesto, Roger —Charlie recuperó un poco su aliento. El chico rascó su espesa barba y después acomodó una mochila pequeña sobre la bolsa que había atrapado su amigo.

—Escucho que alguien habla pero no carga la camioneta —Roger caminó de largo y abrazó a Giselle en forma de saludo.

Después de un rato, la camioneta estaba totalmente cargada y todos dentro de ella listos para empezar el viaje. Charlie manejó dejando atrás las afueras de la ciudad mientras Giselle tomaba la mano que mantenía en la palanca de velocidades. Las bocinas del vehículo dejaban sonar una playlist que aumentaba el ambiente del viaje combinándose junto con el aroma a pino que otorgaba la vegetación y la temperatura que aumentaba.

La carretera se volvía más angosta conforme el viaje avanzaba hasta el punto de volverse un camino de un solo carril. Los espejos de la camioneta comenzaron a chocar con las ramas de los árboles y el canto de las aves comenzaba a opacar las notas de la guitarra acústica que salía de las bocinas del auto.

Giselle inhaló lo más profundo que pudo para llenar sus pulmones del aire puro del bosque, cerró los ojos y exhaló lentamente con un suspiro. Mientras aquella mano siguiera sosteniendo la suya, aquel verano no podría ser menos que perfecto.

Capítulo 3

Lunes Por La Mañana

Una gota de sudor recorrió el costado de su rostro mientras subía uno a uno los escalones haciendo eco en los pasillos vacíos del edificio. Era el primer día de las vacaciones de verano y el silencio confirmaba que la mayoría de sus vecinos lo habían aprovechado para viajar.

Después de subir cuatro pisos llegó a la puerta con la pintura blanca que intentaba tapar la palabra "bruja" tallada en ella. En cuanto intentó meter la llave en la cerradura, la bolsa de papel que llevaba bajo el brazo se rompió, dejando caer todo su contenido en el corredor, incluyendo una considerable cantidad de cajas de medicamentos.

—Mierda —Alex recogió los productos y entró al departamento. Algunas paredes aún tenían el color azul pálido con el que las pintó cuando era un niño, el resto de ellas tenían manchas de humedad que les arrebatan esa característica. El chico dejó los misceláneos en la mesa llena de papeles en el centro de su comedor y caminó hacia la habitación de donde salía un ruido blanco.

—Hola mamá —saludó Alex a su madre intentando ocultar la desgana que lo había atrapado desde la mañana.

Eleanor, su madre, era preciosa, lo había sido desde niña cuando dejaba su cabello dorado suelto enmarcando un hermoso rostro angelical con pecas que cruzaban el puente de su nariz y unos ojos azul intenso. Lo fue a los dieciséis, al recogerlo en una coleta para trabajar durante el verano en el merendero al lado de la carretera donde conoció a Tomás, aquél joven fornido con cabello castaño y ojos aceituna que portaba su uniforme militar con orgullo. Fue preciosa en el momento en que le entregaron aquella bandera doblada mientras bajaban el ataúd en la tumba, el vientre abultado que cargaba a su bebé apenas se notaba en el vestido negro. Y lo era ahora, aun con la mirada perdida y el cabello alborotado y grasoso por la falta de higiene.

—Tom dice "hola" —Eleanor mantenía la vista hacia enfrente sin prestarle la atención a su hijo.

—Papá no está aquí —La voz del chico tenía una nota de tristeza. Aunque no lo hubiera conocido, extrañaba a su padre. Siempre veía esa foto sobre la enmarcada bandera doblada que descansaba en una repisa en la sala de estar.

Alex tomó un vaso con agua de la mesa de noche al lado de su madre y se lo acercó. La mujer no se inmutó hasta que el chico lo presionó

gentilmente contra sus labios. Eleanor abrió instintivamente su boca y bebió unos cuantos sorbos del líquido.

—Los muertos se levantan, Alex, Tom lo está diciendo —La mujer no dejaba de mirar hacia el asiento vacío frente a ella, sólo que sus ojos parecían posarse más lejanos.

—Mamá, papá no está aquí, y los muertos no se levantan —Alex apagó la televisión sin que esto pareciera molestar a Eleanor. El chico le acomodó la almohada que se encontraba detrás de su cabeza y encendió el radio para que música clásica inundara la habitación.

Alex dejó a su madre de la misma manera en que la encontró y regresó a la sala donde le esperaban las compras matutinas. Tomó unas cuantas bolsas de papel y las llevó a la cocina para acomodarlas.

Mientras Alex se alargaba para guardar un paquete de galletas en una de las gavetas superiores su celular vibró dentro del bolsillo de su pantalón. Lo sacó y presionó el botón al costado del aparato dejando que la pantalla se iluminara. La foto de una chica con el cabello lacio y castaño con Alex abrazándola por detrás servía de salvapantallas.

—Qué tal tu viaje a las lejanas tierras del supermercado? —El mensaje era rematado con un emoticón de corazón verde.

—Será una aventura que se contará por generaciones y generaciones
—Alex contestó al mensaje sonriendo.

—Mi héroe —Lyra contestó siguiendo el juego.

Desde que su madre había enfermado, Alex había estado renuente a entablar cualquier tipo de relación más allá de alguna amistad superficial. Eso era lo que él tenía planeado, pero llegó aquella chica que poco a poco comenzó a entrar en su vida. No fue un cambio radical, fue paulatino, tan lento que el primer beso ni siquiera fue una sorpresa. Y ahora, después de tres años, no podía imaginarse sin esa chica.

—Iré por un café helado a la cafetería cerca de tu casa, ¿quieres uno? —el nuevo mensaje se agregó a la conversación mientras Alex tomaba un frasco de mermelada de manzana y lo ponía tan alto como podía para que su madre no lo encontrara.

—Claro, llamaré a Mercy para que cuide un rato a mamá —después de contestar, Alex buscó el contacto con aquel nombre y lo deslizó hacia la derecha. Después de unos cuantos tonos el ruido de música a todo volumen hizo que se despegara el celular del oído.

—¿Qué hay?! — Los gritos de una chica sonaron por encima de los rítmicos golpes de una batería que sólo se encuentran en una canción de trash metal.

—¿Tía Mercy? —Alex tuvo que preguntar, el ruido de fondo era demasiado como para distinguir si era la voz de la hermana de su madre.

—¿Alex? —La música bajó de volumen cuando esa pregunta cruzó por el auricular.— ¿Qué pasa? ¿Tu mamá está bien?

—No, Mercy, ella está bien, sólo quería saber si podrías venir a cuidarla por unas horas.

—Ah, claro, no hay problema— El tono de su voz se relajó en su respuesta. La música regresó de nuevo en un volumen más moderado mientras Mercy recobraba un poco la compostura.— Estaré ahí en un rato Alex.

—Gracias, eres la mejor —Alex no pudo evitar esbozar una sonrisa al aire.

—Lo sé —La mujer colgó la llamada.

Alex terminó de acomodar las compras en la alacena. Al terminar, se permitió descansar un momento en uno de las sillas del comedor con un vaso de soda helada. Su mirada cruzó el cristal de la ventana frente a él y dejó que la brisa veraniega la transportara, que lo llevara a lugares donde pudiera quedarse quieto y sintiera las hojas silbando por el viento a sobre su cabeza. Por una vez en su vida envidió a sus vecinos, a las personas que se habían llevado el bullicio de la ciudad con ellos y ahora estaban lejos, probablemente en la playa, o tal vez en el bosque acampando, familias perfectas.

Soltó un suspiro y alcanzó el vaso de la mesa para darle un sorbo. Las gotas de agua formadas por la condensación le mojaron la mano terminando por completo con el trance en el que había estado unos segundos antes, aprovechó la humedad y se restregó primero el rostro con ella y después la nuca en un intento de calmar el calor con ella.

El chico regresó a la cocina y tomó una lata de atún. Esa sería la cena del día.

Mercy llegó mientras Alex batía una mezcla de mayonesa, granos de elote y el pescado enlatado. Eleanor estaba sentada en el lugar que había ocupado su hijo unas horas antes, mirando de la misma manera hacia la distancia con una expresión vacía.

—¿Qué es eso que huele tan delicioso? —dijo la mujer con sarcasmo, rematando el comentario con una mueca de asco.

—¡Cállate! —Alex apenas pudo contener el ataque de risa mientras Mercy comenzaba a hacerle cosquillas. A simple vista, alguien los hubiera confundido con dos hermanos jugando entre sí, incluso una pareja, la mujer apenas le llevaba cuatro años al chico. El cabello característico de Eleanor estaba también presente en ella, sólo que en una versión rizada y más grueso y, por esa razón, lo mantenía corto hasta el cuello para que fuera más fácil manejarlo.— Además tú amas mi comida.

—No, me gusta tu comida, amar es una palabra fuerte— Un nuevo ataque de risa envolvió a la pareja, era algo que a Mercy le gustaba escuchar, la risa de su sobrino. Desde su punto de vista, Alex siempre había sido un chico tímido y cohibido, algo que se acentuó más cuando la salud de su madre comenzó a desaparecer, así que hacerlo reír era una forma de en las que podía ayudarlo.— Ahora sal de aquí y diviértete mientras arreglo tu desastre.

Alex sonrió a Mercy y le dedicó un beso en la mejilla, después salió rumbo a la sala donde se encontraba Eleanor para repetir la acción con ella, y salió del departamento.

Una nueva sensación vigorizante se apoderó de él mientras descendía las escaleras. Algo en la luz que se colaba por las ventanas del edificio hacía que el lugar, la tarde, el mundo fueran mágicos. Al llegar al vestíbulo los rayos de sol que traspasaban las puertas de vidrio mantenían el aura fantástica, y fue en el reflejo del cristal donde Alex tuvo una nueva visión. Su cuerpo delgado y desgarbado, su cabello castaño claro desacomodado y sus ojos verdes, todo eso que lo hacía ser él y que tanto detestaba ahora era algo más, se sentía lleno de oportunidad, con la posibilidad de alcanzar a todos esos vecinos que se fueron de vacaciones y disfrutar con ellos.

Le tomó unos segundos ver más allá del reflejo, en el escalón que daba acceso al edificio había otra figura, el cabello castaño oscuro le llegaba casi hasta la cintura, llevaba una blusa blanca y unos jeans recortados para que funcionaran como shorts.

Alex sacudió la cabeza para salir un poco de sus pensamientos, caminó hacia la puerta y salió. Lyra giró su cabeza al escuchar los pasos detrás de ella, una sonrisa se apoderó de su rostro al ver a su novio acercándose. La chica se levantó y se lanzó hacia los brazos de Alex quien la atrapó en un abrazo.

—No sé si deberíamos hacer esto tomando en cuenta el calor —La voz de Alex apenas se escuchó mientras hablaba con la boca pegada al hombro de Lyra, estar tan cerca de ella hacía que pudiera captar el olor a fresas

que emanaba de su cabello.

—Cállate y no me sueltes —Para Lyra había pocos lugares donde se sentía segura y cómoda, uno de ellos era entre los brazos de Alex, aun con el calor que empezaba a sentirse entre ellos, ella quería quedarse el mayor tiempo posible en esa posición.— Ahora —suspiro mientras dejó de rodear a su novio con los brazos,— cuéntame a detalle tus aventuras en el supermercado.

—Será todo un placer —respondió el chico mientras arrugaba la nariz haciendo que las pecas en su puente se unieran unas con otras.

Capítulo 4

Irlanda

—Necesito que abras la boca lo más grande que puedas y digas “ah” —El doctor introdujo un abatelenguas en la boca de la chica y empujó su lengua hacia abajo. Después de tres horas en la sala de espera del hospital, lo único que ella quería era irse—. Tu garganta está enrojecida, parece que tienes una infección.

—Sólo recéteme las drogas que necesito y me iré. No quiero desperdiciar más mi tiempo —Megan normalmente era tranquila, pero su paciencia se había agotado en ese punto.

—No es tan simple —dijo el doctor Harrison Emmerett, un hombre alto y demasiado delgado con una barba de tres días.

—¿El dolor de garganta no es tan simple? —La chica bajó de un salto de la mesa de examinación y se dirigió a la puerta—. Mire, estoy en medio de mi tesis, tengo toneladas de tarea y un trabajo de medio tiempo. No tengo tiempo para esta mierda.

Megan caminó decidida hacia la puerta del consultorio. Harrison la tomó del brazo, sintiendo un tacto extrañamente frío en su piel, y la acercó a él para detenerla.

—No te puedo dejar ir— El hombre notó algo al momento de tomarle el brazo para detenerla, entonces levantó lentamente la manga de la camisa a cuadros roja que servía como un abrigo liviano en esa época calurosa del año. Más allá de las notorias cicatrices a lo largo del antebrazo que Megan se esforzaba por ocultar, el médico pudo ver la coloración entre verde y morada de la que le habían hablado—. Muéstrame el abdomen.

—No tengo que mostrarte nada, idiota —Megan intentó sacarse el agarre del hombre de encima, pero a Harrison no le tomó mucho esfuerzo retener a la delgada y pequeña chica, y poder levantar la delgada blusa negra de tirantes que llevaba debajo de la camisa. Una mancha roja se extendía por todo su vientre.

—¿Desde cuándo lo tienes?

—Unas semanas —Megan no pudo evitar sonreír en su interior al recordar al chico de intercambio con el que había compartido algunas noches, justo antes que el sarpullido apareciera.

—Eso no es una simple irritación —Harrison tomó el radio que escondía su

bata y presionó el botón—. Tengo otro posible caso. Consultorio dos.

No pasó mucho para que cuatro enfermeros entraran al consultorio. Dos de ellos la tomaron por los brazos y comenzaron a arrastrarla fuera de la sala.

—¡No pueden hacer esto! —Megan batallaba por librarse de los enfermeros, moviendo piernas y brazos con fuerza—. ¡Déjenme en paz!

Harrison tomó una de las jeringas que había preparado, tomó la cabeza de Megan con su mano izquierda y la inclinó para dejar despejado su cuello. Ensartó la aguja en la arteria y lentamente presionó el émbolo dejando que el líquido verdoso entrara en el sistema de la chica que poco a poco dejaba de luchar hasta perder el conocimiento.

—Llévenla a una habitación —Harrison veía como los hombres se llevaban a Megan mientras tomaba un sorbo de la licorera que llevaba consigo desde su divorcio.

—Todas están llenas, señor —dijo uno de ellos.

—Pónganla con alguien más —El hombre se masajeó el puente de la nariz en un intento de liberar su estrés—, eso nos ahorrará un poco de tiempo. Y ordenen un análisis de sangre.

En el transcurso de las últimas semanas, Harrison había atendido horas extras los consultorios que estaban abiertos al público en el hospital. Para ese punto, su sangre se componía prácticamente de escocés barato y su alimentación se basaba en al menos cinco americanos al día.

—¿Estás bien? —La voz de la doctora Erin O'Hara sacó a Harrison de sus pensamientos.

—No, no lo estoy —contestó.

—Aún quedan muchos pacientes esperando, Harry —Emmerett había pasado de ser el profesor de aquella mujer joven a su colega en muy poco tiempo hasta el punto de ser la única persona a quien le toleraba ese apodo, claro que sus ojos aceituna y la sonrisa que siempre le dedicaba ayudaban a que le permitiera llamarle así.

—Necesito que te hagas cargo de mi consultorio, necesito monitorear a los pacientes retenidos —Harrison tomó su maletín y se dirigió a la puerta—. Creo que sería prudente que visites a tus padres después de terminar tu turno.

—Mis padres están en Irlanda.

—Irlanda está lo suficientemente lejos de este lugar —contestó con tono lúgubre.

Capítulo 5

La Casa en Medio del Bosque

El lago frente a él reflejaba el sol ocultándose detrás de dos montañas. El agua danzaba con un brillo naranja gracias a la ligera brisa de verano que soplaba entre las ramas y las hojas de los árboles cercanos y acarreaba el aroma de lavanda fresca que hacía el momento aún más relajante.

Charlie inhaló, sintió los aromas del bosque danzar en su nariz mientras los ruidos a su alrededor formaban una sinfonía única y perfecta. Este era, era el lugar donde pasaría el resto de su existencia si pudiera. Viviría en ese momento el resto de su existencia si pudiera.

El chico descansó sus brazos a los costados y sintió la esponjosa madera del muelle en el que se encontraba sentado mientras dejaba colgando su pie derecho que llegaba a ser golpeado por el leve oleaje del lago.

—Hey —La sensación de dos cálidos brazos rodeándolo por la espalda hicieron que saliera del trance—, deberías entrar, empieza hacer frío.

Charlie giró hasta encontrarse frente a frente con Giselle, se acercó y la besó de la manera más delicada que pudo. La chica devolvió el gesto, tomando el rostro de su novio entre sus manos haciendo que el gesto fuera aún más profundo.

—Quiero quedarme aquí —suspiró mientras entrelazaba sus dedos con los de la recién llegada.

—En ese caso deberías utilizar algo más que esta camiseta y tu traje de baño —Charlie no había notado el descenso en la temperatura hasta que Giselle recorrió sus brazos desnudos con los dedos, haciendo que su piel se erizara como respuesta. El chico también sacó su pie del agua que ahora parecía congelarle.

—No, me refiero a quedarnos aquí, en este lugar —El chico miró hacia el atardecer, la luz incandescente del sol había casi desaparecido detrás de las cumbres dejando que la blanquecina luz de la luna llena bañara todo el valle—. Imagina despertar, salir de tu hogar para encontrarte en este hermoso lugar.

—Sería lindo —Giselle se limitó a decir. La ilusión en la voz de Charlie la hicieron incapaz de darle todos los contras de esa idea—. Ahora, por favor, entremos a la cabaña.

La pareja se incorporó y empezó el recorrido hasta la casa en medio del bosque. Una vez que dejaron atrás la hinchada madera del muelle, el

suelo los recibió una sábana de tierra mojada que aromatizaba su camino a cada paso. Los enormes árboles alrededor de aquella antigua y desgastada cabaña.

Charlie recordaba la primera vez que fue a ese lugar. Había llegado después de un viaje de carretera que le pareció eterno por su corta edad, y lo primero que hizo al salir fue correr hasta el final del muelle para lanzarse al agua cristalina del lago.

Los desgastados peldaños del pórtico se quejaron cuando los chicos los subieron. Charlie abrió la puerta, encontrándose con festival de carcajadas y gritos que Emir, Roger y Asad tenían en el interior. Cada uno de los chicos llevaba una cerveza en la mano, con el ritmo del metal sonando de fondo.

—¡Al fin! Creímos que un oso te había devorado, o te había llevado a su cueva para convertirte en su esclavo sexual —Roger tomó un enorme puño de frituras directo de la bolsa y las jambó en su boca al terminar la oración.

—Por favor, no externalices tus deseos reprimidos en otros Roger, no es bueno para tu salud mental —Charlie tomó dos cervezas de la hielera que descansaba al lado del sofá individual, le entregó una a Giselle, y se dejó caer sobre una silla. La broma hizo que Asad y Emir soltaran ruidosas carcajadas.

—Tengo que aceptarlo Charlie, tienes un pequeño paraíso aquí —Emir estaba recostado en todo el largo del sillón más grande mientras Asad estaba sentado en el piso, apoyando su espalda contra la pared.

—Debiste verlo hace unos años, era un basurero —Charlie apenas pudo pronunciar la frase mientras le daba un largo trago a su cerveza.

—Como sea, ahora es un lugar genial —Desde donde Charlie estaba sentado, apenas podía verle la coronilla a Asad—. Gracias por la invitación —El chico levantó su bebida en forma de brindis sólo para ser imitado por los demás.

—Y sólo llevamos aquí unas horas. Se sorprenderán con todo lo que podemos hacer en este lugar.

—No sé ustedes —Roger se levantó pesadamente de su asiento y caminó hasta su habitación mientras continuaba hablando—, pero lo que yo quiero hacer por esta noche es vencerlos en Monopoly.

El chico dejó caer el juego sobre la pequeña mesa dispuesta en el centro de la sala. Los demás dejaron la comodidad de sus asientos y ocuparon un

puesto alrededor.

La noche pasó entre risas, cerveza y música fuerte. Eso era todo. Charlie tenía que parar de vez en cuando, entre broma y broma, para mirar a su alrededor y ver a las cuatro personas sentadas con él en aquel salón lleno de muebles rústicos, con el aroma de madera y alcohol combinándose y llenando su olfato. Para él, aquellas personas eran su familia, y no había nadie más con quien quisiera pasar el verano.

El reloj marcó las 3:45 am cuando Emir y Roger se habían rendido en el juego y descansaban acostados en los sillones. Asad se había disculpado media hora antes y ahora dormía en una de las recámaras de la planta baja.

—Podemos decir que fue todo por el día —Giselle tomó dos envases vacíos de cerveza y se los entregó a su novio.

—¿En serio? ¿Ya tienes sueño? —Charlie metió las botellas en una enorme bolsa de basura lo más delicadamente que pudo para evitar hacer ruido. Después, caminó hasta la chica para tomar su cintura y acercarla a él.

—Son casi las cuatro de la mañana, y aún no has visto nuestra habitación —Charlie entrelazó sus dedos con los de su novia y empezó a recorrer el trayecto hasta el segundo piso.

El chico abrió la primera puerta frente a las escaleras mientras Giselle se maravillaba con la visión que tenía frente a ella. La habitación era bañada por la pálida luz de la luna que se colaba por las delgadas cortinas que cubrían la ventana. El contorno de una cama apenas sobre salía de las sombras que se encontraban dentro de la habitación.

—Esperaba sorprenderte —suspiró Charlie al oído de la chica, mientras caminaba hasta quedar detrás de ella. La piel de Giselle reaccionó al tacto del cálido aliento de su novio contra su piel, haciendo que se erizara.

El joven posó sus labios contra los hombros descubiertos de su pareja y comenzó a trazar una línea a todo el largo de su espalda.

—No empieces algo que no planees terminar —Giselle se mordió el labio inconscientemente mientras sentía los delicados besos con los que era consentida su piel.

—¿Qué te hace creer que no lo terminaré? —Charlie separó sus manos de la cadera de la chica y comenzó a acariciar su vientre lentamente mientras la despojaba de la blusa de tirantes que llevaba sobre su traje de baño.

Giselle comenzó a mover rítmicamente su cadera haciendo que sus glúteos chocaran con la pelvis de su novio mientras sentía como sus

manos llegaban a sus pechos y los apresaban entre sus dedos.

Los jóvenes se separaron por un momento. Charlie pudo notar la camiseta de su compañera descansando en el suelo frente a él mientras una de las piezas del traje de baño se encontraba un poco más adelante. Al alzar la vista, el chico se encontró con las curvas de Giselle siendo iluminadas por la tenue luz de la luna. En ese momento lo sabía, con nadie más quería pasar el verano.

Capítulo 6

Viral

—¡Eres un idiota! —Harrison se levantó de la silla con tal fuerza que la tumbó. El hombre al otro lado del escritorio se llevó la mano hacia su rostro y masajeó el puente de su nariz, intentando dejar de lado el estrés que la conversación le provocaba—. Estamos al borde del colapso y no tienes las pelotas para actuar como se debe.

—Son las órdenes que tenemos, Emmerett, no podemos hacer nada —El hombre tiró la espalda para atrás haciendo que su silla se desplazara en la misma dirección.

—¿Sabes lo que pasa en el resto del mundo? —Harrison sacó su celular del bolsillo de su bata. Lo desbloqueó y mostró la colección de fotografías y videos que varios colegas en diferentes partes del mundo le habían enviado.

El director Fossati, un hombre bajo y regordete, tomó el móvil para poder apreciar las imágenes con detenimiento. Una sala de espera llenas en una clínica polvorienta, camas de hospital con personas atadas de sus extremidades, el video de una mujer expulsando una extraña sustancia de su boca. El hombre rascó el tupido bigote, no quería seguir, no quería enfrentar la realidad que el comunicado abierto en su computadora relataba.

—Esto es una pandemia, tenemos demasiados casos en el hospital como para ignorarlo. Tenemos que darlo a conocer.

El reloj en el escritorio marcaba las 2:34 am. La oficina del director era iluminada sólo por una lámpara de pie haciendo que las sombras se alargaran alrededor de los dos hombres. Aunque Harrison había parado de gritar, la tensión dentro de la habitación aún se sentía.

El celular de Fossati vibró sobre el escritorio haciendo un estruendo que resonó en toda la oficina. El hombre lo tomó y revisó el mensaje que había recibido.

—Mierda —El hombre resopló pesadamente mientras volvía a masajear el puente de la nariz—. Lo que me faltaba.

—¿Qué? —Harrison levantó la silla que había tirado en su arranque y de nuevo ocupó ese lugar mientras mantenía su vista fija en el director.

—El secretario de salud.

Tres golpes en la puerta anunciaron la llegada de alguien nuevo al lugar. Antes de que cualquiera de los dos pudiera llegar para abrir la puerta, esta se abrió dejando entrar a un hombre casi tan alto como Harrison, y al menos 20 años más joven.

—Director Fossati, doctor Emmerett —El hombre hablaba con desdén que el poder le otorgaba. Harrison lo miró con disgusto mientras caminaba hasta el escritorio, ignorándolo más allá del saludo.

—Secretario, ¿qué lo trae aquí? —Fossati se sentó de nuevo en su silla mientras veía al recién llegado tomar el asiento frente a él. Harrison se dejó caer pesadamente en uno de los sillones al lado de la puerta de la oficina.

Emmerett rebuscó en el bolsillo interior de su bata hasta dar con su licorera, la abrió y le dio un gran sorbo sin que el secretario lo viera. Fossati se limitó a lanzarle una mirada severa a Harrison mientras el joven rebuscaba en el portafolios metálico que había llevado con él.

—Sería mejor si usted y yo estuviéramos solos director —El secretario Cunha miró sobre su hombro al hombre sentado desgarbadamente en el sofá, quien le regresó la mirada de manera sarcástica.

—El doctor Emmerett está al tanto de la situación actual —Fossati mientras comenzaba revisar un archivo que el secretario le había entregado—, estoy seguro que puede escuchar cualquier cosa que tenga que decirme.

—No, estoy más que al tanto —ladró Harrison en un tono que lo hizo sorprenderse y que llamó la atención de los otros dos hombres en la habitación—. He estado atendiendo cada caso de esta cosa que ha llegado a nuestra clínica, secuestrando a cada persona con el más mínimo síntoma y encerrándolas en las habitaciones de observación que, si me permiten agregar, están saturadas. Llevo tres semanas prácticamente viviendo en este maldito lugar, mientras ustedes dos se la pasan escondidos detrás de un escritorio con sus trajes caros.

Cunha lo miró desde que inició su pequeño discurso, primero con sorpresa, y después con desagrado en cuanto el olor a alcohol que emanaba de su aliento lo alcanzó. Fossati estaba un poco más impresionado y asustado. Emmerett podía ser un fastidio, pero era un excelente doctor, y el director prefería tenerlo de su lado que en su contra.

—Creo que debe entender que son sólo órdenes, Emmerett —Cunha habló con apretando los dientes. La paciencia que tenía estaba a punto de

agotarse, y se iría más rápido si un simple doctor le seguía gritando—. La OMS es quién ha solicitado mantener todo este asunto en secreto.

El secretario le entregó un sobre más pequeño que a Fossati. En cuanto lo tuvo en sus manos, Harrison sintió la calidad de papel y supo que era algo importante. Le tomó sólo unos segundos leer el documento que, con palabras rimbombantes, pedía a las autoridades médicas de cada país mantener en confidencialidad los contagios de la enfermedad.

—Aquí no mencionan el nombre de la enfermedad —señaló Emmerett—, ¿siquiera saben qué es?

—Indeterminado —respondió Fossati mientras hojeaba el archivo—. Todas las pruebas han tenido resultados indeterminados.

—¿Mencionan cómo tratarlo? ¿cómo protegernos de esto? —El tono en la voz del hombre comenzaba a elevarse de nuevo. No sabía si era el escocés en su sangre o el enojo reprimido, pero sentía sus mejillas hirviendo en ese momento.

—La enfermedad...

—Los antibióticos, retrovirales y antiparasitarios no han tenido efectos como tratamiento —interrumpió Fossati a Cunha—, las quimioterapias sólo parecen empeorar y acelerar la infección. No se ha concluido cómo se transmite, pero se sabe que tener un contacto secreción - mucosa es la principal forma de contagio.

—No saben qué carajo es, no saben cómo tratarlo, ¡¿hay alguna mierda que sepan?! —Emmerett lanzó el folder al suelo exasperado.

—Lo que sabemos es que debemos mantener todo este asunto en secreto para el público, ¡evitar el pánico generalizado es nuestra principal prioridad —Cunha había llegado a sus límites. La discusión, junto con el clima caluroso y el llevar un traje de tres piezas gris Oxford, habían hecho que el sudor hiciera caer un rizo negro azabache sobre su frente.

—¡¿Y qué hay de las vidas humanas?! —El valor inducido por el alcohol había golpeado a Harrison. Ahora no sólo el hervía el rostro, todo su cuerpo se sentía en llamas—. ¿Qué pasará cuando todas las personas bajo nuestro cuidado mueran?

—Pero eso no pasará, ¿o sí? —Cunha se acercó tanto al doctor que invadió su espacio personal. Harrison sintió náuseas en el momento que el aroma a colonia que provenía de aquel hombre llegó a su nariz. ¿Cuántas personas han muerto desde que todo esto empezó?

La expresión de Harrison cambió. La mueca de enojo había sido reemplazada por un semblante de incredulidad. Todo esto había empezado hace tres semanas, al menos en ese hospital, y durante ese tiempo ninguno de los pacientes había pasado de un estado crítico. Ni siquiera sus colegas en otros países, quienes le habían hecho llegar noticias desde hace cuatro meses como mínimo, le habían comentado de alguna muerte.

—Así es. Hasta donde sabemos, el miedo mismo es tan peligroso como la enfermedad —Cunha se pasó la mano por el cabello, devolviendo aquel rizo a su lugar original—. No voy a comprometer la seguridad de esta ciudad, o del país, por una enfermedad con una tasa de mortalidad menor al resfriado común.

Lo siguiente que vio el secretario de salud fue el puño de Harrison viajando hacia su pómulo, después, un dolor agudo surcó todo el costado derecho de su rostro. El impacto hizo que cayera sobre sus cuartos traseros, tirando con él su portafolios y desparramando el resto de papeles que contenía. Fossati quiso intervenir desde el momento en que vio la rabia consumir a Emmerett, pero el impacto de la escena lo había paralizado.

Cunha se puso de pie en cuanto la conmoción del golpe pasó. Tomó los papeles, formando una desordenada pila, y los metió dentro del portafolios. El secretario encaró de nuevo a Emmerett, lo miró a los ojos inyectados de sangre, y dejó salir una exhalación tan fuerte que pareció un bufido.

—Tiene suerte de que yo sea un caballero, Emmerett —El hombre pasó de nuevo su mano por el cabello, intentando remediar su peinado—, y que la situación necesite de todo el personal médico.

El secretario se acomodó la corbata e inició el recorrido hacia el exterior de aquella oficina. Harrison y Fossati seguían en la misma posición, impresionados de lo que acababa de pasar.

—Secretario, el archivo —El director encontró la fuerza para salir de aquel trance y estirar la mano con el documento en dirección a Cunha.

—Quédese con él —El hombre salió de la habitación, azotando la puerta en el proceso.

Los dos hombres pasaron unos minutos más en un silencio tan profundo que el zumbido producido por la bombilla en la lámpara de pie era perceptible. Harrison simplemente suspiró y tomó asiento que hasta hace unos minutos había ocupado el secretario de salud.

—¿Piensas igual que él? —habló arrastrando las palabras. En ese momento comprendió que su dieta debía incluir algún tipo de alimento sólido si no quería que el escocés le afectara así.

—¿Puedo pensar de manera diferente? Es el secretario de salud, y es la OMS —respondió Fossati mientras señalaba el archivo en su escritorio.

—Y tú eres un idiota si no actúas conforme a la situación —escupió Harrison.

—Puedo activar el protocolo de riesgo epidemiológico, pero eso es todo —Fossati suspiró mientras un agudo dolor empezaba a taladrarle detrás de los ojos—. No voy a poner en riesgo mi empleo, y te sugiero que hagas lo mismo.

Emmerett se levantó de la silla. Se sentía cansado, derrotado, e indudablemente ebrio. Caminó torpemente hacia la puerta, tambaleándose con cada paso que daba.

—Harrison —Fossati lo interrumpió. El doctor giró para encontrarse con el brazo del director estirándose para darle el archivo que Cunha había dejado—. Deberías tener esto, tal vez se te ocurra algo que a la OMS no.

—Vete a la mierda, Enzo —El hombre le arrebató el documento y salió de la oficina.

Enzo Fossati, director de aquel hospital y aclamado neurocirujano, sacó una pequeña bolsa plástica muy bien escondida en el fondo del segundo cajón de la izquierda en su escritorio. Vació el polvillo blanco que contenía, lo acomodó en una línea recta con su gafete del hospital, y la inhaló con un billete enrollado. El hombre se recostó en su silla y dejó que la sustancia hiciera efecto.

Harrison llegó hasta la puerta del ascensor que lo llevaría a la zona de observación. La cantidad de personas que había en el hospital, aún con la contingencia que sucedía, era mínima, lo que le permitió sacar su licorera y vaciar el contenido en su garganta.

Cuando llegó a aquellas habitaciones hechas prácticamente de cristal, se encontró con aquella inconfundible cabellera roja.

—¿Qué tal te fue? —preguntó la mujer. Harrison suspiró y apoyó su frente contra el frío cristal frente a ellos—. ¿Así de mal?

—Así de mal —La voz del hombre sonaba apagada por la cercanía a la pared. Desde donde estaban, Emmerett podía ver a la chica que había atendido unas horas antes tendida en una cama, aún dormida por el sedante que le administró. En una cama contigua a la izquierda estaba un

chico de cabellos rizados color cobre, vestido en una fina pijama que seguro doblaba el precio del traje que usaba el doctor.

Erin tomó su celular y comenzó a tapear sobre la pantalla, escribiendo un mensaje. Harrison lo notó en el reflejo tenue que le otorgaba el vidrio. Se quedó mirando la escena, mientras su intoxicado cerebro comenzaba a construir una idea.

El doctor llevó su mano hasta el bolsillo de su pantalón. Sacó su móvil y presionó el símbolo de la cámara. Lentamente apuntó la lente del dispositivo hacia las habitaciones, mantuvo presionado el botón rojo, y comenzó a recorrer el pasillo, donde había al menos 15 de ellas, mientras los segundos avanzaban en la pantalla. La mujer se quedó atrás de él, intentando no interponerse entre el camino del video.

—¿Qué haces?

—Ellos no quieren que esto se sepa, pero no podemos seguir así

—Harrison tomó el archivo que llevaba bajo su brazo y lo acomodó en una estación de enfermeras convenientemente vacía. Empezó a fotografiarlo, hoja por hoja, hasta terminar.

—¿Y entonces por qué haces esto? —Erin comenzaba a preocuparse. Había aprendido a tolerar el alcoholismo de su mentor dentro del hospital, pero sabía que lo que hacía podía arruinar en verdad su trabajo.

—Porque el mundo necesita saber —El hombre encontró el símbolo verde chirriante de la aplicación de mensajería en la pantalla de su celular, la presionó y buscó desesperadamente el nombre de su sobrina en los contactos. Cuando al fin dio con él, y con la espantosa fotografía de la chica sosteniendo unos globos metálicos con la forma de un "1" y un "7", abrió la conversación. El último mensaje que había recibido de ella era una felicitación por la última Navidad que él jamás contestó, en ese momento, como una revelación inducida por el alcohol, entendió por qué no recibió una de Año Nuevo. Harrison presionó el pequeño ícono de clip, y comenzó a seleccionar el video que acababa de tomar, junto con las fotografías del archivo, y todas las imágenes que sus colegas le habían enviado—. Necesitamos que el mundo vea lo que sucede.

Capítulo 7

La Pálida Luz de la Luna

Un accidente con cloro había dejado una enorme mancha blancuzca en el short naranja. Eso lo había degradado de "prenda dominical" a "pijama de verano" dentro del clóset de Mercy. Una playera que había robado a alguno de sus exnovios completaba su outfit nocturno.

A comparación del día, la noche había enfriado el clima con una suave brisa. Mercy ahora se arrepentía de no haber llevado aquella desgastada sudadera que también había robado a uno de sus antiguos amantes.

La joven mujer caminó de puntillas intentando que ninguna tabla del suelo hiciera ruido hasta que llegó a la puerta entreabierta del cuarto. Al entrar, se encontró con una silueta acostada de manera desordenada sobre la cama. Mercy se acercó lo más lentamente que pudo y comenzó a acariciar los mechones rubios en la cabeza de su sobrino.

—Hey —susurró mientras continuaba con las caricias—, despierta bello durmiente.

—¿Eh? —Alex levantó levemente la cabeza. Dormir profundamente era un placer que sólo podía darse cuando Mercy se quedaba a pasar la noche, y ese día no era la excepción.

—Acompáñame —Mercy tomó a Alex por la muñeca derecha y tiró de él hasta tumbarlo casi de su cama. El chico reaccionó apenas para detener su imprevisto viaje hacia el suelo con su mano izquierda. Como pudo se acomodó hasta sentarse en el suelo con la espalda recargada contra su cama.

—¿Qué hora es? —Alex tentó el suelo en busca celular. Cuando su tacto al fin encontró el aparato, presionó el botón que hizo a la pantalla emitir una luz que cegó al joven por un momento. Después de unos segundos de acostumbrarse al brillo, pudo notar el reloj en la parte superior del teléfono—. ¡Son las 3:00 de la mañana!

—Las 3:45 —Mercy miró por la ventana. Las luces de la ciudad frente a ella titilaban en una danza que sólo unos pocos sabían disfrutar, y ella quería hacerlo esa noche—. Anda, flojo, levántate.

La chica extendió la mano hacia su sobrino quien la tomó, y pesadamente se puso de pie. El par salió de la habitación hacia el pasillo que cruzaron tan sigilosamente como ella lo había hecho unos momentos antes.

—Espera —Alex interrumpió a Mercy en el momento que ella tomó la perilla de la puerta de entrada—, no podemos dejar a mi mamá sola.

—Serán sólo unos minutos —La joven miró de reojo la puerta de la habitación al final del pasillo para cerciorarse de que aún estaba cerrada.

—Estoy en ropa interior —musitó el chico mientras daba un paso hacia atrás. Mercy lo miró de pies a cabeza, notando que lo único que llevaba puesto era una delgada camiseta de tirantes y unos bóxers de cuadros verdes y amarillos.

Mercy hizo caso omiso a las quejas de su sobrino tomándolo de nuevo por la muñeca, abrió la puerta del departamento, y lo arrastró hasta el pasillo exterior. El edificio los recibió con silencio prácticamente total. Las luces de emergencia iluminaban tenuemente el pasillo, así que fue fácil encontrar las escaleras.

Unos minutos después, los jóvenes habían recorrido el tramo de escaleras que los separaban del techo del edificio. Una corriente gélida los golpeó al cruzar la puerta metálica que conducía al exterior, mucho más fría de lo que Mercy pudo haber esperado. Como reflejo, ambos cruzaron sus brazos en sobre el pecho, intentando mantener el calor corporal.

—¿Qué quieres hacer aquí? —titubeó Alex, sintiendo como cada vello en su cuerpo se erizaba como respuesta a la temperatura.

—Shhhh —interrumpió la chica—, sólo escucha.

El joven se quedó quieto por un momento. Pasando el castaño de sus dientes que retumbaba en sus oídos, Alex alcanzó a notar los sonidos de la ciudad envolviéndolo. Autos conduciendo por la avenida cercana, música de alguna fiesta cercana, aviones pasando por encima de ellos.

—¿Lo escuchas? ¿Ves todas esas luces? —Mercy señaló a la distancia donde las luces de edificios más altos iluminaban el cielo nocturno—. Todo lo que sucede allá afuera es una oportunidad, Alex, oportunidades que tú puedes tomar.

—¿A qué te refieres? —El chico alcanzó a su tía en la barda que servía de protección para evitar caer del techo. Al echar un vistazo hacia la calle, desde donde se encontraba, podía ver las luces de los autos circulando.

—Me mudaré aquí —La chica dejó salir la noticia con un poco de temor por la reacción de su sobrino. Pasaron unos segundos sin respuesta, sólo con el sonido de la brisa corriendo entre los mechones rubios que le cubrían los oídos. En un intento por llenar el silencio, Mercy continuó hablando—. Estás dejando pasar tu vida mientras te quedas aquí. Quiero que vayas a

la universidad.

—Mercy... mi mamá... —Alex intentó buscar alguna excusa para responderle a la chica.

—Has cuidado a tu mamá durante tu vida, y has aplazado ir a la universidad por eso. Déjame ayudarte —La joven puso la mano sobre el hombro del chico de manera comprensiva mientras él se perdía en las sombras y luces que danzaban en la ciudad.

—Tengo que cuidarla, debo estar con ella. Es mi responsabilidad.

—Es nuestra responsabilidad —Mercy lo interrumpió antes de que siguiera con la excusa—. Tú has tomado las riendas de la situación durante mucho tiempo, es hora que me dejes hacerlo.

De nuevo, silencio. Los sonidos nocturnos comenzaban a inundar de nuevo el ambiente mientras el cielo se oscurecía un poco más, dejando que la luz de la luna fuera más notoria.

—¿Qué pasa si no lo logro? —Mercy fue sorprendida por la voz de su sobrino—, soy demasiado viejo para iniciar la universidad. Hace años que debí entrar.

—¡Nunca es tarde para empezar algo! —La chica tomó el rostro de Alex entre sus manos obligándolo a mirarla—. Eres listo, eres dedicado. Lograrás lo que quieras en ese lugar.

—Ni siquiera sé qué quiero estudiar —suspiró—, ni siquiera tenemos dinero suficiente.

—Puedes conseguir una beca. Y descubrirás lo que quieres cuando estés ahí —Mercy miraba fijamente al horizonte. Ella misma entendía los miedos de Alex, miedos que creía haber superado pero que, muy dentro de ella, aún la llenaban de inseguridad—. Tienes todo el tiempo del mundo, Alex, y yo estaré aquí para ayudarte.

—Gracias, Mercy —El chico rodeó a su tía con los brazos. Ella le regresó el gesto, acercándolo lo más posible a ella.

—Deberíamos entrar, no tarda en amanecer —La joven miró por una última vez el horizonte. En la avenida pudo notar un desfile de luces azules y rojas, acompañadas tardíamente por el sonido de las sirenas. Mercy cerró los ojos, inhaló profundamente, e intentó llenarse de la energía que aquella noche emanaba.

Los jóvenes iniciaron el camino hacia la puerta de entrada. Alex se

apresuró a tomar el picaporte y abrirle la puerta a la chica.

El interior los recibió con una calidez contrastante con la brisa fría del exterior mientras bajaban por las escaleras. Les tomó menos tiempo y la mitad del esfuerzo llegar al departamento que haber subido hasta la azotea.

La puerta se veía completamente diferente en la oscuridad. Alex sintió un ligero alivio cuando notó que el vandalismo del que fue víctima era apenas perceptible en esos momentos. Mercy rebuscó en los bolsillos de su short hasta dar con las llaves, abrió la puerta y ambos entraron al apartamento.

—Buenas noches, Mercy —Alex se despidió mientras emprendía el camino de regreso a su alcoba.

—Buenas noches, Alex —La chica se recostó en el sofá, dejando que el calor del mobiliario le sacara la sensación de hielo dentro de su cuerpo. No tardó mucho para que el sueño comenzara a vencerla, haciendo que la vibración de su celular quedara totalmente ignorada.

Capítulo 8

Análisis

Murmullos. Pitidos. El zumbido estático que despiden las bombillas cuando la corriente eléctrica las abastece. Todos esos ruidos se escuchaban a través de una barrera invisible, tal como pasaba cuando su madre la llamaba después de pasar toda la tarde en la piscina de su hogar.

Por un momento se trasladó a esos días, aquellos días de verano cuando sólo era una niña y podía costearse perder el tiempo en el jardín de su casa chapoteando en la alberca o tirada en el pasto mientras el sol besaba su piel. Recordaba lo calurosos de esos días, pero en ese momento, sólo sentía frío.

Intentó abrir los ojos sólo para ser cegada por una luz blanca e intensa. Apretó los párpados tan fuerte que sintió un escozor en las mejillas. Era muy parecido al dolor cuando ríes durante mucho tiempo, como aquella salida de hace... ¿una semana? Sabía que hace siete días había pasado la noche con su mejor amiga, Mary. Habían ido a un club en busca de un suplente para los chicos de intercambio que habían regresado a sus países por las vacaciones de verano. Pasaron toda la noche juntas, sólo para poder ver el amanecer desde su departamento.

Dolía de la misma manera en que lo hacía cuando lloraba todas las noches hace unos años, durante la preparatoria. Esas memorias se volvían un ardor profundo en su antebrazo. Inconscientemente llevó su mano hasta la manga de su camisa, la deslizó ligeramente hacia arriba y pasó la yema de sus dedos sobre las cicatrices abultadas.

Megan abrió de nuevo los ojos. Esta vez, después de soportar el brillo de las luces, pudo notar donde se encontraba. Un panel de vidrio a sus pies le permitía ver un pasillo donde iban y venían personas con batas blancas. A su izquierda, mucho más cerca de ella, otro cristal la separaba de lo que parecía una habitación de hospital.

—Auch —El quejido hizo que la chica girara su cabeza hacia la derecha. Su visión todavía no era lo suficientemente clara para descubrir lo que la enorme masa frente a ella era—. ¿Puede tener más cuidado?

—Si no te movieras, esto sería más fácil —Una de las partes de la masa se separó y comenzó a moverse hacia Megan. Mientras más cerca estaba de ella, más definida se hacía.

La enfermera notó que la joven había despertado en cuanto alcanzó su cama. Con un poco de sorpresa, se estiró hasta la cabecera y presionó el

botón verde que se encontraba ahí.

—Calma, debes estar mareada todavía —Megan notó que la mujer no era mucho mayor que ella. El tono en que dijo esas palabras, dulce y comprensivo, hizo que la chica se tranquilizara.

—¿Qué pasó? —La joven intentó sentarse en la cama, pero un torbellino, junto con una espantosa migraña, hizo que se recostara de nuevo. Giró de nuevo a la derecha para encontrarse con unos enormes ojos cafés enmarcados por unos anteojos gruesos mirándola.

—Estás en el hospital. Te tuvimos que internar —respondió la enfermera.

—¿Qué? —La confusión en Megan hacía que sintiera su cabeza punzando de dolor y, junto con el mareo por su intento de sentarse, dieron como resultado náuseas que apenas pudo controlar—. Vine ayer porque me dolía la garganta.

—No creo que eso haya sido ayer —Una vocecilla se escuchó detrás de la enfermera. Megan hizo un esfuerzo por asomarse detrás de ella para encontrarse de nuevo con esos ojos cafés, sólo que ahora pudo notar mejor el resto del rostro al que pertenecían. Decenas de pecas iban de una mejilla a otra cruzando por el puente de su nariz. Rizos cobrizos y desordenados poblaban su cabeza, delimitando las finas facciones de su cara—, llevas aquí dos días.

—¿Qué?! —Megan hizo un nuevo intento por levantarse, esta vez de la cama. En cuanto sus pies descalzos tocaron el frío piso supo que sus piernas no tendrían la fuerza para sostenerla. La chica cayó de bruces haciendo que el soporte metálico donde descansaba el suero la acompañara.— ¿Qué fue lo que pasó? ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—Tienes que esperar al doctor, él te dirá todo —La enfermera ayudó a Megan a ponerse de pie mientras el chico detrás de ella veía entretenido.

Un ruido sordo hizo que todos pusieran atención al extremo contrario de la habitación. Un hombre alto, desgarrado, con cabello desatendido y barba crecida, entró a la habitación. Megan supo de quién se trataba en ese momento.

—Usted, usted fue quien me encerró aquí.

—Técnicamente fueron los enfermeros. Yo sólo se los pedí —El sarcasmo del doctor era tan desgastado que apenas se diferenciaba de su tono normal. El hombre giró hacia el chico de lentes en la otra cama e intentó poner la sonrisa más sincera que pudo encontrar en su repertorio de

expresiones faciales—. Buenos días, Wallace, ¿cómo te sientes hoy?

—Bien, eso creo —El doctor sacó de la bolsa de su bata lo que parecía un bolígrafo, tomó los lentes del chico, y lo apuntó a sus ojos haciendo que un haz de luz los iluminara.— Todavía me duele la garganta.

—Los antibióticos aún no han hecho efecto —La luz formaba una línea horizontal sobre el rostro de Wallace mientras Megan veía con indignación la escena—. En pocos días podrás ir a casa.

El doctor se dirigió hacia la chica después de terminar con él. Megan intentaba hacerse pequeña para alejarse lo más que pudiera de aquel hombre mientras la enfermera atendía la intravenosa en su muñeca que había empezado a sangrar después de la caída.

—No pueden tenerme aquí.

—Es necesario, es por tu bien —El doctor levantó levemente la blusa de la joven, exponiendo la red de venas negruzcas que se formaba en su abdomen—. ¿Esto te duele?

Megan sólo sentía presión mientras el hombre palpaba su piel. El hombre dejó la zona por un momento y se dirigió hacia el brazo donde había notado el resto del sarpullido hace unos días. A diferencia del vientre de la chica, las venas en esa zona tenían un color rojizo contrastante con lo pálido de su piel.

—¿Qué es lo que me pasa? —Megan miró al doctor mientras anotaba sobre la pizarra a los pies de su cama.

—No lo sé. No todavía —El hombre tomó una pequeña jeringa y la insertó en la parte interna del brazo lastimado. El tubo de ensayo en el otro extremo de la herramienta comenzó a llenarse de sangre, sólo que en lugar del color rojo brillante que era común en el líquido, tenía un tono oscuro—. Necesitamos hacer análisis a estas pruebas.

La enfermera recibió el tubo de ensayo y salió de la habitación con él en las manos. El doctor tomó la misma dirección, listo para marcharse, cuando recordó el aparato que descansaba en el bolsillo de su bata.

—Deberías tener esto de vuelta —Megan vio cómo el doctor estiraba su brazo, entregándole su celular. Ella lo tomó y presionó el botón de encendido hasta que la pantalla se iluminó.

—Gracias, doctor... —

—Emmerett, Harrison Emmerett —respondió, aún desconcertado por el agradecimiento sincero de la chica. Después de eso, el hombre salió de la

habitación, dejando a Megan y Wallace solos de nuevo.

—¡Hey!, ¿cómo te llamas? —habló el chico desde su cama intentando llamar la atención de Megan.

—¿Qué? —La mente de Megan seguía intentando procesar lo que pasaba.

—Que cómo te llamas. Entiendes el idioma, ¿no? —dijo el muchacho.

—Megan —contestó mientras la enfermera terminaba de llenar el segundo tubo de ensayo con su sangre.

—Hola, Megan. Soy Wallace —El chico extendió una mano para que ella la tomara, pero las camas estaban tan lejos que no se podían alcanzar aunque lo intentaran—. Llevo aquí una semana —Un ataque de tos hizo que Wallace se retorciera en su cama.

—¿Por qué estás aquí? —Megan tenía curiosidad por todo lo que ocurría a su alrededor, y Wallace era una forma de intentar entenderlo.

—Bronquitis que se complicó en pulmonía —contestó—, pero por alguna razón me encerraron en esta habitación.

Megan sonrió por la pequeña interacción mientras Wallace volvía su atención al televisor que colgaba del techo del cuarto. La chica empezó a revisar sus redes sociales una vez que su celular terminó de encenderse. Había varios mensajes de su mejor amiga preguntándole cómo había estado su cita en el doctor, y después transformándose en mensajes pidiendo que le respondiera. No contestó, no tenía la fuerza ni la motivación para hacerlo.

Empezó a deslizar su dedo por la pantalla, pasando publicaciones graciosas, algunos temas de política y otros tantos de denuncias sociales, pero uno llamó su atención en el momento que lo vio. Una serie de videos, todos parecían haber sido tomados en hospitales o clínicas, con personas en cama expulsando un líquido oscuro de su boca. Una sola frase servía de encabezado para aquellas imágenes "Esto es una nueva enfermedad. Nos están mintiendo".

Capítulo 9

La Farmacia

<<La policía tuvo que intervenir en un nuevo intento de saqueo en una de las tiendas de autoservicio ubicada en el centro de la ciudad.

El pánico se ha esparcido desde la difusión de estos videos que pueden ver en pantalla donde se muestran imágenes de hospitales con personas aparentemente infectadas por una nueva enfermedad.

En la última semana han aumentado los reportes de personas retenidas dentro de los nosocomios más importantes de la ciudad, del país, e incluso del mundo.

Este noticiero tuvo la oportunidad de tener una entrevista con el secretario de salud, Miguel Cunha, cuando arribaba al Hospital General.>>

La imagen en la pantalla cambió en un parpadeo. La mujer en el foro de televisión cambió al exterior de un edificio donde un hombre alto y fornido, vestido con un elegante traje azul marino, intentaba desesperadamente ingresar.

<<—Secretario Cunha, ¿tiene algo que decir sobre las imágenes que se han viralizado en redes sociales durante la última semana?

—Puedo decirles que no estamos enfrentando una epidemia de ningún tipo, mucho menos una pandemia. Esos videos no son más que una forma de llamar la atención, y le pido a la población dejar de difundirlos y desinformar.>>

—¿Alex? —La voz de Mercy distrajo al chico de la televisión. Ella se encontraba de pie, recargada en el marco de la puerta que daba hacia la cocina. Detrás de ella, podía alcanzar a ver a su madre, sentada totalmente inmóvil con la vista perdida.

—¿Qué pasa? —Alex alcanzó el control remoto que descansaba sobre la mesa frente a él y apagó el aparato. Se levantó y caminó hasta su tía. Mercy sostuvo un pequeño frasco naranja con tapa blanca entre sus dedos y lo agitó, produciendo un pequeño tintineo.

—Es la última que nos queda —La chica le entregó a su sobrino el envase. Él leyó detenidamente la etiqueta que cubría más de la mitad del plástico traslúcido—. También empezamos a estar cortos de comida, y empezar a

abastecernos para lo que viene no nos haría mal.

—¿Para lo que viene? —ladró con hartazgo. Durante la última semana lo único que había visto en la televisión y en su feed de Facebook habían sido esos estúpidos videos y las opiniones de todos acerca de ellos. Para él, sólo eran estupideces, y muy posiblemente la promoción de alguna tonta película apocalíptica que iría a ver con Lyra en algún momento.

—Viste los videos. Viste lo que dicen mis amigos sobre ellos —Mercy tomó su celular y lo mostró como si fuera la prueba fehaciente de su argumento. Siete días atrás había recibido mensajes a mitad de la noche de un chico, que había conocido meses atrás por Tinder, que le pedía que saliera de la ciudad con él poniendo de excusa aquellos videos. Al principio creía que sólo era una movida para que pasara el fin de semana con él, pero mientras los días iban avanzando pudo notar como el tema se volvía cada vez más serio, leyendo los testimonios de personas que juraban tener familiares secuestrados en los hospitales. Para ese punto, la chica estaba segura que todo lo que pasaba era real—, no es mala idea estar preparados.

Alex resopló, entró a la cocina y se estiró lo más que pudo hasta tomar una vieja lata de galletas escondida arriba del refrigerador. La abrió y unos cuantos billetes arrugados saltaron de ella. El chico los tomó junto con los que aún quedaban dentro del recipiente, los contó y dejó salir el aire en un resoplido.

—Con esto apenas me alcanza para unos cuantos víveres —murmuró.

Mercy torció la boca en una muestra de preocupación, rayando en la lástima. Tomó su bolso del sillón donde su sobrino había estado sentado hasta hace un momento y sacó su billetera que había hecho hace tiempo con una envoltura de frituras.

—Tal vez esto ayude —La chica le entregó una tarjeta rosa chirriante. Alex la miró desconcertado, no sabía cómo actuar ante el gesto de su tía, y mucho menos ante el color de ese objeto—, el código es 9416.

Después de cambiarse la desgastada playera y el viejo pants que usaba de pijama por una camisa y unos vaqueros deslavados, Alex salió del departamento y se dirigió a la farmacia más cercana.

En cuanto salió del edificio, Alex sintió el cambio en la atmósfera. Las calles que había sentido llenas de vida al inicio del verano por personas listas para disfrutar sus vacaciones, ahora se sentían grises y sin vida, casi frías aun cuando el sol les cayera a plomo.

Un sentimiento extraño comenzó a inundar a Alex. La necesidad de mantenerse alerta por un peligro inminente lo envolvió, haciendo que se

parara en seco a la mitad de la acera. El chico caminó hasta que su presionar su espalda contra la pared más cercana. Inhaló profundamente y exhaló lo más lento que pudo. Había pasado demasiado desde la última vez que tuvo uno de esos episodios, pero sabía muy bien cómo reaccionar ante ellos.

Pasaron unos minutos. Pasaron personas frente a él, algunos lo miraron y otros simplemente hicieron caso omiso. Como fuera, Alex estaba listo para seguir su camino. El chico cruzó un pequeño parque que lo separaba de la zona comercial de su barrio.

Una fachada con enormes escaparates de vidrio lo recibió al llegar a la farmacia. Una campanita en la parte superior en la puerta hizo notar cuando el chico entró. Alex miró alrededor, los estantes se alzaban a cada uno de sus lados formando varios pasillos donde se dividían los diferentes artículos.

El joven tomó una canastilla y comenzó a llenarla con cualquier cosa que se le atravesara y pudiera servirle para calmar la paranoia de Mercy. Latas de sopa, tapabocas, guantes quirúrgicos, comida congelada; en menos de cinco minutos había llenado el recipiente de carga. Alex caminó hasta la caja registradora que se encontraba al fondo del local donde un hombre y un niño pequeño lo esperaban. Dejó sus compras sobre el mostrador y comenzó a buscar el frasco de medicinas de su madre.

—¿Preparándote para el fin del mundo? —preguntó el hombre en tono de burla.

—Mi tía me mandó. Esos videos en verdad la asustaron.

—Son mentira, ¿sabes? Es sólo una forma en que el gobierno y quien quiera que esté detrás tienen para controlarnos.

—Así parece —Alex tuvo que utilizar toda su concentración para no comenzar a reírse frente aquel hombre. No creía en la nueva enfermedad, pero tampoco creía en las conspiraciones—. Voy a necesitar también que resurtan esta receta.

El hombre tomó el frasco que el chico sostenía, se puso los lentes y leyó detenidamente la etiqueta. En cuanto supo de qué medicamento se trataba, le dedicó una mirada de juicio a Alex.

—Ziprasidona. Tengo que ir atrás por ella —El hombre caminó hasta una puerta que daba acceso hacia la bodega y la cruzó, dejando a Alex sólo con el niño que se entretenía jugando con un carrito color azul.

Por un momento deseó regresar a aquella edad. Deseo saber lo poco que duraría la felicidad que sentía cuando Eleanor lo llevaba a él y a Mercy a

jugar al parque, donde los dos niños se tiraban y rodaban en el pasto mientras reían a carcajadas. Aun ahí, cuando su madre sonreía al verlos mancharse la ropa con la tierra y el lodo, se veía la tristeza que intentaba ocultar. Si tan sólo Alex hubiera sabido.

—Aquí tienes —La voz del farmacéutico lo sacó de sus pensamientos mientras le entregaba una bolsa de papel blanca. Alex la revisó y la guardó.

El pitido del escáner era lo único que rompía el silencio. Alex acomodaba todas sus compras dentro de su mochila para poder irse lo antes posible de la incómoda situación. Sólo faltaba una lata cuando un potente silbido retumbó dentro del lugar. Antes de que cualquiera de los presentes pudiera decir algo, una explosión hizo que los cristales en la fachada reventaran completamente.

Alex saltó detrás del mostrador intentando cubrirse mientras el hombre entraba a la bodega con el niño en brazos. El chico intentó escuchar lo que pasaba del otro lado del mueble, pero lo único que sentía era un dolor inmenso dentro de sus oídos.

Después de unos minutos paralizado, Alex juntó el valor suficiente para ver por encima de la barra que lo separaba del resto de la farmacia. Aún aturdido, pudo contar a al menos seis personas que tomaban todo lo que podían para guardarlo en bolsas negras. El joven se estiró hasta alcanzar su mochila y volvió a tomar la posición en la que estaba.

Ese era el momento, lo sabía, era el momento en el que moriría. Vio la lata, aquella última lata que faltaba por registrar en su cuenta, rodar por el suelo hasta golpear con la puerta de la bodega. Empezó a leer con detenimiento la etiqueta, memorizando cuántos carbohidratos eran contenidos en 240 gramos de sopa de maíz.

Inhaló profundamente y exhaló lo más lento que pudo.

En un arranque de adrenalina, Alex tomó la lata del suelo, se colgó la mochila en el hombro y cruzó corriendo la puerta. Sus oídos seguían sin registrar la mayoría de los sonidos a su alrededor, pero sabía que aquel movimiento había hecho demasiado ruido. Del otro lado, una enorme cantidad de cajas lo esperaban.

Se tomó un momento para pensar. No había planeado nada de aquello, no sabía qué esperar del movimiento que había hecho. Un movimiento rápido hizo que girara hacia la derecha esperando algún peligro, pero lo que encontró fue una salida de aquél lugar. Apenas estaba llegando al umbral cuando una nueva explosión lo puso en alerta. No era igual a las que había reventado los cristales del lugar, era más controlada y pequeña. Una nueva explosión lo sorprendió, seguido por la tercera y, después, un

grito.

Alex salió para encontrarse al farmacéutico tirado en un charco de líquido borgoña. Tres círculos del mismo color manchaban el logo de la farmacia que llevaba en su playera. Más allá del cuerpo, un hombre sostenía un arma, apuntando al niño.

La mano del chico apretó la lata hasta que un dolor agudo inundó su palma. Sin pensarlo mucho, se lanzó en contra del atacante, golpeándolo en la cabeza una y otra vez con el arma improvisada.

La resistencia que el cráneo había dado empezaba a ceder. En lugar de golpear contra algo sólido, la lata sólo chocaba en contra de una masa sanguinolenta. Alex se incorporó con la respiración aún alterada, dio una última mirada a lo que hasta hace unos momentos había sido un asesino, y giró hacia el niño.

Sus ojos estaban tan abiertos que parecían salir de sus órbitas. Su boca mostraba una mueca de terror, y, justo detrás de él, una mancha escarlata estaba esparcida la pared.

Alex se acercó hacia el niño. Cada fibra en él temblaba mientras sus alrededores comenzaban a plagarse de sonidos nuevamente. Tomó la pequeña cabeza entre sus manos, esperando un poco de resistencia, pero el pequeño se desplomó en sus brazos.

Inhaló lo más profundamente que pudo, pero su respiración fue cortada por el primer gemido del llanto que tanto había intentado contener.

Capítulo 10

Infección

Harrison sentía los dos pares de ojos en su espalda, clavados como cuchillos. Él mantenía la vista al frente, fijo en la pantalla que proyectaba al hombre a su derecha siendo entrevistada en la fachada del hospital. Sin previo aviso, el televisor sólo mostró una pantalla negra.

—¿Tiene algo que decir, doctor Emmerett? —La voz de Cunha retumbó en toda la oficina como si sólo estuvieran él y el acusado en una habitación vacía.

—Debo decirle, secretario, que las cámaras en verdad resaltan la estupidez en sus ojos —Harrison giró sólo para encontrarse con la mirada iracunda de Cunha, a lo que respondió torciendo su boca en una media sonrisa.

—Entiendo que esto es muy grave, Emmerett —Fossati se dejó caer pesadamente en su silla, derrotado y harto de la situación—, ha habido ataques, motines.

—Ha habido muertos. Han muerto más personas por la negligencia del imbécil Harrison Emmerett que por esta enfermedad— remató Cunha.

—Ya una vez lo callé, no pida que lo haga de nuevo —Harrison amedrentó a Cunha acortando lo más que pudo la distancia entre ellos—. Además, yo no lo hice.

—¿Entonces esta es sólo una coincidencia? —preguntó el secretario de manera arrogante.

—Exactamente, sólo eso.

Un silencio incómodo reinó en la habitación. Los dos hombres se mantenían en la misma posición, esperando a que cualquiera lanzara el primer golpe.

—Supongo que esta situación no es lo único que lo trae aquí, ¿verdad secretario? —dijo Fossati, en un desesperado intento por quitar la atención del conflicto.

—No —El secretario se separó de Harrison y tomó asiento frente al escritorio del director—. La OMS y el gobierno creen que, debido a los acontecimientos recientes —Cunha hizo una pausa y miró de reojo a Emmerett, quien sólo le dedicó una sonrisa burlona—, lo mejor que podemos hacer es dar a conocer la situación actual junto con un plan de

acción.

—¿Qué conllevará este “plan de acción”? —Emmerett tomó asiento en la silla a la izquierda de Cunha. El hombre sacó una barra de chocolate de su bata, la abrió, y comenzó a comerla sin miramientos frente a los dos hombres.

—Se ubicarán los casos y se pondrán en cuarentena para evitar cualquier contagio —respondió el secretario con exasperación.

—No tenemos el personal suficiente para eso, tampoco la infraestructura

—La cara de Fossati mostró preocupación mientras recordaba a todas aquellas personas infectadas en su hospital y a los doctores que las atendían.

—El ejército se encargará de eso —respondió Cunha—, en tres horas, aproximadamente, el presidente, al igual que otros países, ejecutarán la ley marcial.

—Y al fin quedarán como los idiotas que son —resopló Harrison con cierta arrogancia en su voz. El hombre llevó las manos hasta su nuca y entrelazó los dedos adoptando una posición de superioridad. Todo estaba bien, ¡había ganado una batalla contra el imbécil de Fossati y el estúpido de Cunha! Poco a poco, el sabor de la victoria empezó a desvanecerse de sus pensamientos mientras una nueva idea mellaba en ellos—. ¿Por qué?

—¿Qué? —respondió Cunha exasperado.

—¿Por qué el ejército? ¿por qué adoptar la ley marcial si no ha habido muertes aquí?

Fossati miró al secretario con expectativa. El hombre sólo resopló y entregó un sobre que había mantenido en el bolsillo interior de su saco.

—Una fuente extraoficial nos informó que las primeras personas que murieron eran pacientes de ébola en Sierra Leona —Cunha empezó hablar mientras el director leía con atención el documento en sus manos—, el brote no fue detectado debido a los síntomas.

Harrison se levantó de su asiento y caminó hasta el otro lado del escritorio para poder leer lo que decía el documento. Cunha bajó la mirada mientras los hombres revisaban la hoja de papel.

—¿Siguen sin saber lo que lo causa? —preguntó Fossati.

—Por su forma de propagación, por los síntomas, la manera en que muta, se cree que es un patógeno viral, pero no uno del que tengamos registro

—El secretario llevó sus manos al bolsillo de su pantalón, sacó su celular y

lo desbloqueó. Ninguno de los otros presentes lo notó hasta que lo dejó sobre el escritorio mientras reproducía los primeros segundos de un video—. La OMS aún no tiene un nombre para referirse a él, pero los miembros de la prensa que han tenido acceso a este y otros videos ya tienen un mote —La pantalla del aparato mostraba el interior de una carpa humanitaria. En cada uno de los flancos había catres, dejando un pasillo por el medio. Cada una de las camas estaba ocupada. Algunos de los pacientes en ellas abrazaban su vientre y se retorcían, mientras que otros simplemente estaban acostados, con gotas de sudor resbalando por su piel. De un momento a otro, la cámara enfocó a un hombre que se había sentado súbitamente, Harrison pudo notar sus venas resaltándose en un color negruzco sobre su piel oscura. El hombre empezó a vomitar una sustancia parecida al alquitrán, y sin mayor aviso saltó hacia la persona que grababa—. Le llaman la demencia negra.

—¿Qué pasa con el resto del video? —Fossati estaba estupefacto. Sabía lo que acababa de ver, pero le era imposible racionalizarlo.

—Lo que acaban de ver era un campamento de los Cascos Azules en Somalia, estaban reportando el estado de los pacientes en directo. Después de lo que vieron, las Naciones Unidas perdieron contacto con ellos.

—¿Qué era eso, Cunha? —ladró Harrison. Parte de él quería información para poder atender a sus pacientes. Otra parte, la que ahora dominaba en su mente, le hacía tener un miedo primordial que jamás había sentido en su vida.

—Aún no tenemos datos —respondió con vergüenza—. Necesitamos obtener información de los pacientes que están en este hospital.

Harrison no había bebido tanto como hacía una semana para ese punto de la reunión. Aun así, de nuevo sintió hervir sus mejillas y la ira dominar su cuerpo.

Antes de poder vociferar en contra de Cunha, una explosión hizo vibrar la ventana detrás de él. Los tres hombres miraron en aquella dirección, donde una columna de humo empezaba a elevarse mientras el localizador de Harrison pitaba frenéticamente.

—¿Tienes un dos? —preguntó Wallace lanzándole una mirada retadora.

—No. Ve a pescar —Megan sonrió juguetonamente.

Los días pasaban de manera extraña cuando no se tenía contacto con el sol, la chica lo descubrió al tercero. Ahora sabía que había pasado una semana sólo por su teléfono.

—¿Cómo es que siempre ganas? —reclamó el chico. En algún punto de la semana, Megan entendió que Wallace era su única compañía en aquel lugar, así que no le mataría empezar a convivir con él.

—Es porque eres terrible en este juego —Antes de que el chico le reclamara el comentario, un grupo de militares pasaron frente a su habitación, haciendo que los jóvenes los miraran atentamente.

Megan se levantó de la silla al lado de la cama de Wallace y se estiró lo más que pudo para encender el televisor que colgaba del techo. La pantalla se iluminó mostrando al secretario de salud de la ciudad dando un discurso sobre los videos que se habían filtrado unos días atrás.

—¿Viste esos videos? —preguntó el chico a sus espaldas.

—Sí, son sólo hospitales llenos de gente —Megan sintió un escozor en su vientre y en su antebrazo en cuanto recordó las imágenes que había visto en la pequeña pantalla de su celular.

—¿Crees que eso esté pasando aquí?

—No lo sé, y deberías de hacer tantas preguntas —respondió molesta.

La chica se quedó anonadada con las imágenes que se proyectaban en la pantalla. Todo parecía tan normal como siempre, guerras, inseguridad, enfermedades y muerte; siempre con una nota que irradiaba felicidad en algún punto para dar esperanza de que algún día todo estaría mejor.

—Esto es nuevo —Wallace miró su palma detenidamente mientras un nuevo ataque de tos hizo que su cuerpo temblara por completo. Megan no podía ver lo que pasaba hasta que varios hilos escarlata bajaron por su antebrazo manchando las mangas de su pijama.

La chica quedó perpleja mirando la escena mientras la boca de su compañero seguía expulsando sangre. Wallace dejó de toser sólo para llevarse las manos hacia su cuello mientras empezaba a luchar por respirar.

—¡Enfermera! —gritó mientras corría hasta la puerta de la habitación. Golpeó en el cristal intentando llamar la atención de alguien—. ¡Necesitamos ayuda!

Capítulo 11

El Radio de Baterías

—Felicidades, Roger, acabas de mandarnos por completo a la edad de piedra —dijo Asad, mientras el aparato que sostenía a la altura de su cara seguía escurriendo agua.

—¡Fue un accidente! —respondió el acusado.

—Calma, yo puedo arreglarla —Emir le arrebató el objeto, se tumbó sobre las maderas del muelle y comenzó a inspeccionarlo detenidamente.

—Le haces algo a mi bocina y juro que yo mismo te amarro a uno de esos árboles para que te coman los lobos —Charlie caminó hasta donde se encontraba su amigo y tomó el electrónico, haciendo que un chorro de agua brotara de él—, no quiero que le pase lo mismo que a mi camioneta.

—Ya te dije que no fue mi intención —repeló Emir.

—¿No pensaron en dejarla al sol para que se seque por dentro? —Giselle tenía cierta forma de sarcasmo cuando mencionaba algo que era obvio pero que los demás parecían ignorarlo. Desde el primer momento en el que Charlie lo escuchó, lo había odiado.

—No creo que funcione después de esto —respondió su novio con cierto hartazgo—, aunque tal vez tenga alguna otra cosa para no involucionar.

Charlie entró a la cabaña, siendo recibido por la mezcla de aromas que el bosque filtraba por las maderas. Caminó hasta la sala de estar, y tomó el pequeño radio que estaba como adorno sobre un esquinero. Salió de nuevo con el aparato entre las manos y una sonrisa orgullosa entre las manos.

—Acabamos de llegar a la era victoriana —dijo Asad mientras veía a su amigo regresando al muelle.

—Al menos tendremos algo para escuchar música y entretenernos.

—Claro, como nuestros celulares no sirven para lo mismo —rezongó Roger mientras secaba la mata de cabello que llevaba.

—Ustedes querían una experiencia campirana real, así que esto es lo que hay —Charlie giró el radio y deslizó una pequeña tapa que se encontraba en su parte inferior revelando un espacio vacío—, sólo necesitamos

baterías.

—Apuesto que hay un árbol de baterías en el bosque —comentó Roger con una sonrisa sarcástica—, ya sabes, la experiencia campirana.

Charlie le dedicó una mirada molesta en respuesta a su comentario, después miró al resto del grupo listo para preguntar.

—¿Quién quiere ir al pueblo? —preguntó el chico mientras comenzaba a caminar en reversa rumbo a la camioneta estacionada frente a la cabaña—. Necesitamos baterías, víveres y, sobre todo, necesitamos jugo de manzana.

—¿Te acabaste toda la caja en una semana? —preguntó Giselle con una combinación de sorpresa y enojo.

—De hecho, me la acabé hace dos días.

—Yo digo que sería bueno ir al pueblo —Emir habló mientras caminaba todavía con agua escurriendo de su traje de baño escurriendo sobre la hinchada madera del muelle—, un poco de interacción humana no nos haría mal.

—Y un poco de recepción en los celulares no nos mataría —completó Asad.

Después de un rato, todos estaban secos, cambiados y en la camioneta camino al pueblo más cercano. El verde a cada lado de la carretera daba la impresión de querer devorar por completo aquella camioneta roja como si fuera un simple caramelo en la boca de un gigante. Emir intentaba concentrarse en los troncos que pasaban, intentando ver más allá del bosque mientras pensaba en todas las aventuras que podrían tener ahí afuera.

Poco a poco, la cerrada vegetación de coníferas empezó a separarse entre sí. Los pinos al lado del camino dieron paso a vallas de madera que delimitaban huertos de enormes árboles de manzana.

—El pueblo es conocido por sus manzanas y su sidra —dijo Charlie mientras mantenía la vista fija en el camino—. Los huertos son parte de su atractivo turístico.

—Tal vez podríamos llevar un par de botellas para el regreso —Roger mantenía la vista fija en el horizonte al otro lado de la ventanilla en un intento por evitar el mareo, mientras pasaban frente a un ridículo número de puestos frente a la carretera con letreros desgastados.

—No es una mala idea —respondió Giselle a la sugerencia del chico.

Después de 30 minutos dejaron atrás las afueras, llenas de huertos y pequeñas granjas con tierra para sembrar, y llegaron al pequeño pueblo lleno de construcciones hechas con ladrillos rojos y madera por todos lados.

—Chicos, bienvenidos a Pomme Rouge —Charlie habló mientras intentaba estacionarse frente a una vieja estación de servicio.

—Vaya que fueron creativos con el nombre —comentó Asad mientras apresuraba a Roger para poder bajar de la camioneta.

El interior de la estación de servicio los recibió con un ambiente más fresco que el que reinaba afuera. El grupo de chicos empezó a curiosear por el establecimiento mientras Charlie y Giselle tomaban una canastilla de plástico rojo intenso y comenzaban a llenarla de diferentes cosas que necesitaban.

—Oigan, ¿alguno tiene señal aquí? —La voz de Asad se escuchó del otro lado del estante donde Emir contemplaba algunos productos que se usaban para la cacería. Al dar la vuelta, se encontró a su amigo alzando su celular lo más alto que podía.

Todos sacaron su celular, y todos notaron la pequeña equis en la esquina superior que indicaba la nula conexión con el servicio de telefonía.

—Pensaba llamar a mamá desde aquí para saber cómo estaban —dijo Giselle mientras desesperadamente intentaba una y otra vez comunicarse.

—No se molesten —Una voz profunda sonó desde el mostrador donde dos personas se encontraban. Uno de ellos era alto, vestía unos vaqueros desgastados, un rompevientos con algunos parches sobre las mangas y un sombrero vaquero. Del otro lado del mueble había una gruesa figura dándoles la espalda, enfundada en una camisa blanca con finas rayas azules y un pantalón caqui—, no han servido los celulares toda la maldita mañana.

—Y este estúpido televisor no coopera tampoco —habló el hombre detrás del mostrador mientras estiraba sus brazos regordetes para alcanzar la parte posterior de un televisor empotrado en la pared.

—¿Lambert? —Charlie caminó hasta el mueble. El hombre del rompevientos se quitó el sombrero al escuchar aquel nombre. Tomó un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón y limpió las gotas de sudor que

escurrían desde su cabello hasta su rostro.

—¿Charlie?! —Lambert caminó hasta el muchacho con precaución mientras se aseguraba de no confundirlo. Cuando lo corroboró, soltó una risotada y corrió a abrazarlo, levantándolo del suelo por un segundo— ¡Estás enorme!

—¿Él quién es? —preguntó Roger en forma de susurro mientras veía la escena.

—No me veas a mí, estoy tan confundida como tú —respondió Giselle.

—Chicos, quiero presentarles a mi tío Lambert —explicó Charlie con dificultad por la falta de aire que le había dejado aquella muestra de cariño.

—Aaron Lambert —El hombre estiró su mano y saludó a cada uno de los presentes frente a él.

—Él y mi papá sirvieron en el ejército juntos.

—Corrección, yo salvé a su padre en el ejército hace años —interrumpió Lambert mientras soltaba una nueva carcajada.

—¿Qué haces aquí? Creí que te ibas a quedar en la ciudad —preguntó Charlie.

—Eso creí, eso quería —El humor jovial del hombre cambió a uno más lúgubre. Caminó hasta el mostrador y tomó una botella de agua, bebió un enorme trago y continuó—. Pero la vida en la ciudad, el ruido. Simplemente no estaba listo para regresar a eso después de lo que viví allá. Así que ahora soy el orgulloso guardabosques de la zona.

—Moriría por un trabajo así —intervino Emir—. Este lugar es hermoso.

—Concuerdo contigo —Lambert caminó hasta el chico y pasó un brazo sobre sus hombros para abrazarlo—, no todos podemos ser policías.

—No es como si no hubiéramos intentado que lo fueras —Una voz detrás de todos los presentes los hizo girar. El hombre frente a ellos era igual de grande que el encargado de la tienda, sólo que él llevaba puesto un uniforme que lo distinguía como policía de aquel lugar.

—Sheriff Abbadie —dijo Lambert, saludando con un gesto de su cabeza.

—Lambert, jovencitos —El hombre se abrió paso en el pequeño que había entre el grupo de personas y los estantes espacio con dificultad. Al llegar al mostrador, golpeó la superficie como si se tratara de una puerta para

llamar la atención del hombre a cargo—. Ollie, necesito uno de esos refrescos fríos que tienes ahí.

—¿Día difícil, jefe? —El hombre que intentaba arreglar el televisor giró hacia un refrigerador que tenía a la derecha, abrió la puerta para tomar una botella de vidrio llena de un líquido oscuro, y se la entregó a Abbadie.

—Quítales la televisión y el celular a los jóvenes, y lo único que tendrás es un día difícil —El sheriff retiró la corcholata del envase y bebió casi la mitad del contenido de un sólo trago—. Esto sería más fácil si tuviera más hombres en la fuerza.

Ollie y Abbadie giraron hacia Lambert. El grupo de chicos siguió el ejemplo de los hombres y miraron directo al guardabosque, quien se limitó a sonreír y ponerse de nuevo el sombrero como si esto remarcara su decisión sobre su trabajo.

—Es un pueblo de 150 personas y usted es un excelente agente de la ley, puede con esto —respondió de manera sarcástica.

—Está bien —resopló el alguacil—, tengo que regresar a trabajar.

El hombre bebió el resto del refresco de un trago y entregó la botella a Ollie junto con un billete arrugado. Se despidieron con un simple movimiento de su cabeza, y Abbadie regresó por el camino que lo llevó hasta ahí, saliendo de la tienda.

—De hecho, yo también debería volver al trabajo. Un pueblo lleno de adolescentes aburridos puede significar muchas ideas estúpidas en el bosque.

—Y nosotros deberíamos pagar todo esto —Giselle levantó la canasta llena de cosas que llevaba cargando desde que había iniciado la conversación. Charlie la tomó y la llevó hasta Ollie, quien empezó a escanear cada uno de los productos.

—Nos veremos después, niño —Lambert abrazó de nuevo a Charlie, haciendo que su voz se apagara por el gesto.

—Claro —Se limitó a contestar el joven.

Lambert se despidió de manera general del resto de los chicos mientras Ollie continuaba marcando los productos. Para cuando terminó, Aaron ya había salido.

El grupo de jóvenes pagó por sus compras para después salir de la estación de servicio. Cargaron la camioneta y todos dieron una última

revisada a sus celulares antes de partir de regreso a la cabaña.

—Esperen —Emir caminó hasta un teléfono público que descansaba en un poste. Descolgó la bocina y la pegó a su oído esperando escuchar la alerta de tono. Esperó pacientemente unos segundos, pero mientras más pasaba el tiempo, más entendió que jamás llegarían tales sonidos—. Creo que está muerto.

—Sube, regresaremos mañana —Charlie entró a la camioneta mientras Emir regresaba. Cuando su amigo estuvo arriba, arrancó y comenzaron su regreso.

El ambiente de gozo que se había sentido en los días anteriores, incluso en el viaje hasta el pueblo, se había ido. Incluso la luz del sol parecía atravesar una especie de capa opaca que le quitaba parte de la vida que tenían las cosas en el camino que transitaban.

Una vez pasando los huertos, el bosque los recibió con un aspecto mucho más atemorizante. Unas nubes habían tomado completo control del cielo, haciendo que la oscuridad reinara entre los árboles.

Cuando al fin llegaron a la cabaña, el ánimo en el grupo había decaído demasiado. Asad y Giselle llevaron las compras a la cocina mientras Emir y Roger se sentaban desgarbadamente sobre el sofá.

Charlie estaba sentado en los escalones del porche acompañado del viejo radio, el paquete de baterías, y un empaque de jugo de manzana. Pequeños círculos comenzaban a formarse en el lago frente a él debido a las primeras gotas de lo que amenazaba con ser una tormenta torrencial.

El chico abrió el compartimiento del radio y comenzó a colocar cuidadosamente las baterías en él. Cuando terminó, encendió el aparato quien dejó salir unos crujidos de sus bocinas a manera de quejido. Charlie estiró al máximo la antena y empezó a ajustarla para captar alguna señal. Nada, sólo estática.

—Mierda —dijo mientras abría el jugo de manzana y tomaba un trago directo del envase. Dejó que el petricor y la humedad inundaran su nariz, mientras los golpeteos en el techo sobre su cabeza eran cada vez más seguidos. Se concentró tanto en ellos que el primer pitido que salió de las bocinas del radio hizo que diera un pequeño salto por la sorpresa.

<<Este es el Sistema Nacional de Emergencia. Este no es un simulacro.>>

Charlie movió de un lado a otro la antena intentando escuchar la

transmisión que era invadida por la estática.

<<Debido a los recientes acontecimientos alrededor del mundo y los que han asolado al país, el gobierno ha decidido declarar estado de emergencia conforme a los estatutos de la Organización de las Naciones Unidas, la Organización Mundial de la Salud>>.

—¿Qué? —Charlie giró para encontrarse con los enormes ojos azules de Giselle mirándolo fijamente desde el umbral de la puerta.

Capítulo 12

Aquello Que No Podemos Cambiar

La sangre siguió lentamente su camino abriéndose paso en las irregularidades del suelo hasta tocar la desgastada tela de los tenis del chico. A él no le importaba, lo único que tenía en mente era la escena frente a él.

Aun cuando su respiración se había normalizado, las lágrimas continuaban escurriendo de sus ojos hasta caer sobre sus piernas haciendo que pequeñas manchas de humedad aparecieran.

El sonido de algo pesado golpeando el piso hizo que Alex recordara lo que sucedía en el interior de la farmacia. Se levantó lentamente, sintiendo el peso de la mochila en su espalda, y obligó a sus piernas a moverse. Le dedicó una última mirada al atacante, barriendo su cuerpo desde las botas que llevaba hasta llegar a la masa sanguinolenta que ocupaba el lugar donde debería estar la cabeza. Ahogó un quejido con su mano para evitar ser escuchado por las personas dentro del establecimiento a su derecha, y continuó caminando por el callejón.

Alex llegó a la calle, pero no reconoció dónde estaba. Las paredes frente a él eran de un gris inerte que jamás había visto. Corrió, era lo único que se le ocurrió para poder escapar del nuevo festival de destrucción que comenzaba detrás de él. El sonido de cristales rotos empezó a inundar el ambiente, mientras los trozos de cristal caían desde lo alto de los edificios.

El chico dejó atrás los enormes edificios de la ciudad para dar paso a hermosas casas con jardines cuidados.

Por un segundo, sus piernas se negaron a responderle haciendo que cayera sobre el asfalto. Alex giró hasta quedar de espaldas con la vista fija hacia el cielo. El sol que había iluminado las calles unas horas antes era eclipsado por un cúmulo de nubes que encapotaban el cielo.

No tardó mucho cuando un rítmico tamborileo envolvió el ambiente alrededor del chico. Fue sólo cuando las gotas de lluvia lo alcanzaron que recobró un poco de conciencia sobre lo que pasaba. Alex se enderezó con un dolor recorriendo sus piernas.

Alex miró a su alrededor desconcertado, nada parecía remotamente conocido, menos con la lluvia empañando parte de su visión. El chico se dirigió a la casa más próxima a él, cruzó el jardín y tocó insistentemente

el timbre. No hubo respuesta.

Caminó hacia la casa que quedaba frente a la primera. La ropa que llevaba sobre él estaba totalmente empapada para ese punto, haciendo que los desgastados vaqueros pesaran el doble de lo que normalmente hacían.

Cuando alcanzó la elegante puerta de la construcción, pudo notar a través de los cristales decorativos el desastre que se encontraba detrás de ella. Unas cuantas prendas estaban tiradas en el piso, y más adelante, lo que parecía ser latas de comida.

El estómago de Alex dio un vuelco en cuanto recordó lo sucedido hace apenas unas horas. Sin poder soportarlo más, dio arcadas mientras se inclinaba sobre uno de los arbustos que flanqueaban la entrada de la casa y, finalmente, vomitó.

Un estruendo llamó la atención del chico. Como pudo, recuperó la compostura y se dirigió al origen del sonido. Después de recorrer el jardín por completo, se encontró con una cochera donde un auto esperaba con la puerta abierta.

Alex se acercó al vehículo lentamente, esperando que algo estuviera listo para saltar sobre él en cualquier momento. En cuanto alcanzó a ver el interior del auto pudo notar cómo el asiento trasero estaba totalmente lleno de maletas.

—¿Quién eres? ¿qué haces aquí? —Alex sintió el calor abandonando su cuerpo cuando una voz apareció a sus espaldas. Dio dos pasos en reversa, cuando un tacto frío y metálico en su nuca, y un chasquido hicieron que se detuviera.

—Sólo busco ayuda —El reflejo en la ventana del auto le mostró al chico un figura alta y delgada que sostenía algo en su contra. Lentamente giró para encontrarse a un hombre apuntándole con un arma—. En serio, lo único que quiero es regresar a mi casa.

—¿Eres uno de ellos? —El hombre apuntó con la cabeza hacia el exterior de la cochera. Alex pudo ver una columna de humo blanco alzándose a través de la lluvia.

—No. No sé qué es lo que pasa —Alex no paraba de ver el brillante extremo de la pistola, sentía que, si lo hacía, no podría evitar que le disparasen—. Por favor, yo sólo quiero volver con mi mamá.

El hombre bajó lentamente el arma al percatarse de las lágrimas que comenzaban a brotar de los ojos del chico frente a él. La acomodó en la

parte trasera de su cinturón, y siguió mirándolo incómodo.

—¿No sabes qué es lo que está pasando? —preguntó.

Alex se limitó a negar con la cabeza mientras limpiaba las lágrimas con el dorso de su mano. El hombre giró, cerró la puerta por la cual había llegado hasta ahí y regresó hasta el auto.

—Sube —dijo mientras señalaba la puerta del copiloto para que el joven subiera. Alex se quedó mirando atónito mientras el hombre llegaba al asiento del conductor.

El hombre sacó el arma antes de tomar posición dentro del vehículo y la ocultó al lado de su asiento. Alex no le quitó la vista como si se tratara de una serpiente venenosa.

—¿Jamás habías visto una? —preguntó el hombre mientras se acomodaba en el asiento.

—Sí, sólo que me incomodan bastante —La mente de Alex saltó a lo ocurrido unas horas antes haciendo que sintiera las náuseas de nuevo. Inhaló lo más profundo que pudo, y dejó salir el aire lentamente en un intento desesperado por apagar la sensación.

—Lo lamento —El hombre recogió el escaso y largo cabello que aún quedaba en su cabeza y lo escondió debajo de una gorra de baseball. Alex notó un poco más de la vestimenta de su acompañante, la camiseta, unos jeans desgastados y unas botas de combate sucias. Si hubiera tenido que adivinar, diría que había tomado lo primero que encontró después de levantarse—, no debí apuntarte.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó aún con temor.

—¿En verdad no sabes qué es lo que está pasando? —El hombre miró al chico mientras él sólo respondió con un movimiento negativo de cabeza. El conductor alargó la mano hasta el tablero y presionó el botón para encender el radio.

<<—Hemos estado recibiendo reportes de varios ataques en diferentes puntos de la ciudad. Tenemos entendido que los principales blancos de estos son tiendas de autoservicio, farmacias, y clínicas. El Hospital General...>

Alex se quedó helado mientras procesaba la información que la locutora de radio había explicado. El hombre apagó el aparato cuando empezaba a salir de aquella zona residencial, con las gruesas y constantes gotas que la

tormenta dejaba caer sin misericordia.

—Soy Anton —explicó, mientras estiraba su mano hacia el chico.

—Alex —respondió, correspondiendo al saludo.

—Tengo que ir al centro, mis hijas y mi esposa están allá. Es lo más lejos que te puedo llevar.

—Está bien —Alex tenía la mirada fijada en el parabrisas, hipnotizado por el movimiento de los limpiadores. Poco a poco, una idea comenzaba a crecer en su cabeza, hasta el punto de ocupar toda su atención—. ¡Mierda!

El chico comenzó a buscar desesperadamente entre la tela mojada de su pantalón. En cuanto lo sintió a través de la tela, se hizo más desenfrenado su intento por sacar el celular de su bolsillo. En cuanto lo tuvo entre sus manos, una cantidad considerable de agua escurrió en su regazo.

Desesperado, presionó el botón al costado del aparato haciendo que la pantalla se iluminara. Tapeó el ícono de los contactos y buscó el nombre de Mercy. Se llevó el celular a la oreja y escuchó pacientemente los tonos mientras la lluvia seguía cayendo.

—¿Mercy? —preguntó cuando apareció la estática del otro lado—, Mercy, soy Alex, ¿me escuchas? —No hubo respuesta—. Si me escuchas, voy en camino, estoy bien. Iré por ustedes.

La llamada se cortó. Alex lanzó una maldición mientras golpeaba el tablero frustrado. Intentó una y otra vez volver a hablar con su tía, pero fue inútil. Un nuevo nombre apareció en la mente del chico, haciendo que desesperadamente fuera hasta la "L" en sus contactos. En cuanto lo encontró, presionó el nombre de Lyra haciendo que su pantalla mostrara una foto de la chica viendo directamente hacia la cámara mientras sostenía un helado y sacaba la lengua de forma juguetona.

Alex llevó el celular de nuevo a su oído, implorando a todas las deidades que conocía que la llamara conectara.

—¡MIERDA! —Esta vez, Alex gritó con rabia mientras algunas lágrimas rodaban por sus mejillas y el teléfono chocaba contra el tablero del auto, haciendo que la pantalla se estrellara. Anton intentaba mantener la vista al frente, pero no podía ignorar el festival de autodesprecio que sucedía a su lado derecho.

—Hey —dijo, con la voz más comprensiva que tenía en su repertorio—, todo estará bien, te lo prometo. Alex tomó el teléfono del suelo y giró su cabeza hacia la ventanilla para evitar el contacto visual por la vergüenza

que sintió debido a su reacción.

La poca luz del sol que se escurría entre las nubes dejó de brillar, haciendo que el ambiente se volviera completamente oscuro. Anton encendió los faros del auto y redujo la velocidad, mientras internamente maldecía al clima.

No pasó mucho para que se encontraran frente a una enorme fila de autos parados a mitad de la calle, como si hicieran una fila esperando para continuar.

—¿Qué es esto? —preguntó Alex.

—No lo sé —Anton extendió su mano hasta el costado de su asiento y tomó el arma—, pero ya no podemos seguir en el auto.

Alex miró inconscientemente hacia el asiento trasero, donde las maletas que había visto en la cochera descansaban. Miró a Anton quien asintió con la cabeza, y tomó una para llevarla con él.

El exterior los recibió con un aire helado totalmente ajeno a la época del año en la que se encontraban. Los dos hombres comenzaron a recorrer la calle que los llevaría al centro de la ciudad, mirando incrédulos los autos vacíos que bloqueaban el paso.

—¿Qué crees que haya pasado?

—No lo sé —respondió el hombre mientras apretaba el agarre que tenía a su arma. Se detuvo por un momento y se paró en las puntas de sus pies, intentando ver lo que les deparaba más adelante en el camino. Lo único que sobresalía de la oscuridad de la noche era la luz de dos enormes faroles, que alumbraban algo que se movía erráticamente—. Creo que hay algo allá adelante.

Alex y Anton apresuraron el paso, acercándose cada vez más a la luz. Pronto, pudieron notar que aquello que se movía eran personas en filas al lado de autobuses.

Cuando alcanzaban el final de las líneas, pudieron notar lo que estaba detrás de los faroles. Enormes camiones militares cortaban el flujo de la carretera, mientras que soldados iban y venían dándose órdenes e intentando calmar a las personas que seguían esperando a merced de la lluvia.

—No te alejes niño —gritó Anton para hacerse escuchar sobre el barullo mientras avanzaba hacia el bloqueo. Guardó su arma de nuevo en la parte

trasera del pantalón y se colgó la maleta que había tomado de su auto.

Alex tuvo que correr para no perderlo., la diferencia de estaturas hacía que el hombre avanzara más rápido que el chico. Cuando ambos pasaron los autobuses, varios militares cortaron su camino.

—No pueden pasar, tienen que subir a alguno de los autobuses. Los llevaremos a un albergue— gritó el soldado más próximo a ellos.

—Mi esposa e hijas están allá, tengo que verlas —contestó Anton.

—Mi madre también, tengo que llevarle su medicamento —agregó Alex mientras daba un paso adelante, haciendo que varios soldados levantaran sus armas hacia los dos. Instintivamente, Anton llevó su mano al pecho del chico para detenerlo.

—Nadie pasa. Nadie puede estar en las calles. Sus familiares se pueden quedar resguardados en donde están, ustedes pueden subir a un autobús. Fin de la historia.

El soldado se giró, dejando a sus compañeros y los hombres. Anton caminó hacia él, siendo interceptado rápidamente por dos oficiales.

—¡Por favor! ¡Necesito ir por ellas! —El hombre forcejeaba contra sus atacantes. Por un momento, Alex creyó verlo ganar, pero el sonido de algo metálico golpeando el suelo hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo.

—¡Arma! — Ninguno de los dos pudo reaccionar lo suficientemente rápido para hacer algo. Dos soldados más se abalanzaron sobre Anton, tumbándolo en el suelo boca abajo y sosteniendo sus manos en la espalda para poder esposarlo mientras él continuaba retorciéndose y gritando.

Una fuerza lanzó a Alex hacia atrás, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera de espaldas, golpeándose la cabeza. Después de eso, todo comenzó a arremolinarse sobre él. Pudo sentir el peso de alguien encima, luego sintió cómo la misma fuerza que lo había tacleado lo giraba. Poco a poco, la luz de los reflectores comenzó a apagarse, y los gritos de Anton sonaban cada vez más lejanos.

Capítulo 13

La Tormenta

—¡Enciéndelo de nuevo! —La estática inundó la parte posterior de la Grand Cherokee mientras las pesadas gotas chocaban contra el exterior metálico del vehículo.

—Lo está, sólo que ya no capta nada —Roger movía la perilla de un lado a otro intentando sintonizar de nuevo la transmisión que todos había escuchado minutos antes.

—Sigo sin señal —interrumpió Asad mientras tecleaba desesperadamente en la pantalla de su celular—. Debe ser una broma, ¿no? Unos montañeses con algún transmisor.

—No lo sé — Giselle se inclinaba sobre el tablero del auto, imitando las acciones de Roger en el estéreo.

Charlie mantenía la vista al frente, intentando adivinar el curso del camino a través de la gruesa capa de agua que escurría sobre el parabrisas. La senda de tierra que los llevaría a la carretera rumbo a Pomme Rouge se había vuelto un lodazal que hacía patinar las llantas de la camioneta.

En cuanto llegaron a la carretera, Charlie aceleró lo más que pudo, aun cuando sabía que no debía hacerlo en un clima semejante, y se dirigió al pueblo. El tranquilo trayecto que habían recorrido hace unas horas se transformó completamente. Los rayos que iluminaban el cielo hacían que los árboles de manzana proyectaran sombras espeluznantes.

Asad se tomó un segundo para descansar de los mensajes que intentaba hacer llegar a sus padres. El chico miró por la ventanilla para encontrarse con una oscuridad atrapante que se veía interrumpida por los destellos que los relámpagos proyectaban sobre la tierra. Por un segundo, juró que cientos de figuras humanoides los veían desde la línea de árboles en aquellos huertos.

La tormenta aumentó de intensidad cuando el grupo llegaba al pueblo, siendo recibidos por las calles totalmente desiertas iluminadas tenuemente por los faroles. Charlie manejó directamente hasta la tienda de Ollie, esperando encontrar a alguien conocido en ella. Cuando llegaron, los enormes aparadores del lugar les mostraron el lugar prácticamente destrozado y sumergido en la misma oscuridad que envolvía el exterior.

—¿Qué pasó aquí? — Giselle miraba atónita la escena a través del parabrisas mientras los demás se acomodaban para tener una mejor vista. Charlie abrió la puerta dejando que el viento helado, junto con

algunas gotas, entrara a la camioneta.

El agua helada recibió al chico en el exterior, envolviendo su cuerpo en cuestión de segundos mientras traspasaba la tela de su ropa. Se acercó lentamente hacia la tienda de Ollie haciendo que los cristales en el suelo crujieran bajo sus pies.

Charlie sintió una mano posándose sobre su hombro, al girar se encontró a Asad y Emir sosteniendo unas linternas que iluminaban el interior del establecimiento. Los tres chicos se internaron al interior del establecimiento, donde algunos de los productos restantes aún se encontraban en el piso.

—Parece como si hubiera habido un terremoto —expresó Asad, mientras se arrodillaba frente a una bombilla hecha pedazos que aún descansaba en el suelo.

—Más como un saqueo que viene después del terremoto —respondió Emir quien iluminaba los pasillos esperando que algo lo atacara—, ¿recuerdan el de hace un par de años?

—Sí —dijo Charlie mientras una creciente incomodidad reinaba en su estómago. La piel entera de su cuerpo se erizo, pero no reconoció si era por el frío que le provocaba tener la ropa empapada, el estar rodeado de una oscuridad que era apenas aplacada por los pasajeros rayos de luz que proyectaban las linternas, o el recuerdo de estar atrapado en una situación que él no podía controlar. Siguió caminando hasta el mostrador donde hace unas horas había pagado por todos los víveres, y lo cruzó para tener acceso al resto del lugar. El chico se encontró con dos puertas cerradas y, ignorando el miedo que sentía, acercó temblorosamente la mano hacia la perilla de la que quedaba a su izquierda—. ¡Mierda! —Un estruendo detrás de la segunda puerta hizo que todos se sobresaltaran. Charlie retrocedió de tal manera que tropezó con unas cajas de cartón detrás de él, haciendo que cayera sobre sus cuartos traseros.

—No creo que sea una rata, ¿o sí? —preguntó Asad mientras ayudaba a su amigo a levantarse.

—No lo creo —Emir llegó del otro lado del mostrador blandiendo una raqueta de juguete como si fuera un arma letal. El chico tomó posición frente a la puerta e hizo una seña con la cabeza para que alguien la abriera. Charlie se paró a un costado de la puerta, ahora con un valor contagiado por sus amigos y tomó la perilla. Esperó por la siguiente señal de Emir y, en cuanto él asintió, la abrió para dejar salir lo que fuera que los esperara adentro.

—¡Ahhhh! —Un grito de terror salió de aquél pequeño cuarto que, ahora

sabían, era un armario de limpieza.

—¡Ahhhhhh! —El grito de Emir fue el doble de fuerte. El chico siguió la misma trayectoria que su amigo, tropezando con las mismas cajas y aterrizando sobre Asad, quien se había escondido detrás de él.

Charlie se movió apenas, aterrado por lo que podría descubrir en el interior. Se asomó por el umbral de la puerta mientras tragaba la suficiente saliva para humedecer su garganta. La luz de la linterna apuntaba directamente al interior del armario, así que el chico no tuvo dificultad para ver a Ollie, sentado contra la pared más alejada de la entrada mientras sostenía un bate de baseball que temblaba entre sus manos.

—¿Qué carajo están haciendo aquí?! —gritó el hombre mientras intentaba levantarse, y cayendo con su peso completo cuando sus zapatos resbalaron por un líquido verdoso derramado en el suelo.

—Ayudándolo a levantarse —Charlie ofreció su mano a Ollie. El hombre estiró para tomarla, y el chico puso su peso entero para ponerlo de pie—. ¿Qué pasó aquí?

—Esos imbéciles se volvieron locos, vinieron y se llevaron todo —Ollie salió del armario mientras Emir y Asad apenas se incorporaban. Charlie alcanzó a ver la ropa del hombre, manchada de un color óxido a la altura de su enorme barriga.

—¿Quiénes son los “imbéciles”? —preguntó Asad, mientras levantaba la linterna del suelo.

—Las personas que viven aquí, los pobladores —explicaba el hombre, mientras agitaba las manos energicamente—. Mierda, sonó ese jodido mensaje en las radios y todos se volcaron a la tienda más cercana para asaltarla. Me pregunto si hubieran hecho lo mismo en el Wal-Mart— terminó con tono molesto.

—¿Y dónde están todos ahora? —cuestionó Emir.

—¡Al diablo si yo sé! Lo único que me preocupaba era salir vivo de ésta. ¡Los imbéciles me golpearon! Los consideraba mis amigos, vi crecer a algunos de ellos, y me golpearon —gritó Ollie exasperado.

—¿Charlie? —La voz de Giselle se escuchó desde la entrada, llamando a su novio— ¿Están todos bien?

—Sólo algo magullados, pero bien —contestó el chico mientras pasaba el

brazo de Ollie sobre sus hombros para ayudarlo a caminar.

—Entonces vengan, tienen que ver esto —Emir tomó el otro brazo del herido y copió a su amigo. En unos instantes, los cuatro hombres salieron de la tienda hacia una tormenta que había aumentado su intensidad.

Como pudieron, metieron a Ollie en el maletero de la camioneta para mantenerlo cómodo, después, cada uno regresó a sus asientos.

—¿Qué pasó? —preguntó Charlie a Giselle, mientras la chica exprimía el agua de su cabello sobre el tapete del vehículo.

—Un par de personas corrieron por esa calle— explicó la chica, mientras señalaba a través del cristal —, tal vez ellas sepan algo.

—Deben de dirigirse hacia el ayuntamiento —intervino Ollie mientras Charlie alcanzó a ver cómo hacía una mueca de dolor al intentar acomodarse—, queda en esa dirección.

—Entonces hacia allá vamos —Charlie encendió la Grand Cherokee y avanzó en reversa sobre la calle—. ¿Puedes decirnos dónde está? No recuerdo bien cómo llegar —preguntó a Ollie mientras miraba por el retrovisor.

—Sólo conduce en esa dirección, sabrás cuando llegues al ayuntamiento.

Charlie condujo por aquellas húmedas calles que reflejaban la luz de los faroles. No pasó mucho tiempo antes de toparse con un enorme edificio colonial con jardines al frente.

—Supongo que ese es el ayuntamiento —suspiró Emir.

—Supones bien —contestó Ollie en medio de un ataque de tos. Charlie detuvo la camioneta al otro lado de la calle, la apagó, y todos salieron de ella.

Asad sintió las gotas un poco más frías y gruesas que unos minutos antes, haciendo que su cabello se pegara a la piel de su cara y obstruyendo su visión. El chico lo recogió en una coleta y alcanzó a sus amigos, quienes ya habían avanzado hacia el edificio.

El grupo alcanzó las puertas de cristal que daban acceso al ayuntamiento, al cruzarlas, un ambiente cálido los envolvió, haciéndolos sentir a gusto. El vestíbulo era contrastante al estilo rústico que Charlie y el resto conocían de Pomme Rouge, unas cuidadas escaleras de mármol y madera se partían en dos frente a ellos, mientras otras cuantas puertas de

madera se encontraban a cada uno de los lados del salón.

—Amigos, por favor, debemos entender —Una voz que apenas se alzaba sobre murmullos apagados resonó en el vestíbulo. Todos miraron a Ollie, quien miraba fijamente a una puerta al lado de las escaleras—. Estas son medidas para su seguridad.

—Deben de estar en la sala de conferencias —dijo el hombre mientras señalaba el camino con la cabeza. Todos atravesaron el salón en la dirección señalada, pero el sonido de Ollie tosiendo desesperadamente hizo que todos se giraran para mirarlo. El hombre se estremecía violentamente mientras hacía su mayor esfuerzo para respirar con normalidad—. Estoy bien, sólo necesito un minuto— Apenas terminó de mascullar las palabras, sus piernas empezaron a temblar haciendo que se apoyara sobre uno de los lujosos pasamanos de las escaleras para evitar caer de bruces contra el suelo.

—Sigán, en un momento los alcanzamos —dijo Emir, mientras él y Asad se acercaron para ayudarlo a sentarse en los escalones.

Charlie asintió, y junto a Giselle y Roger continuaron el trayecto. Al cruzar la puerta que Ollie les había señalado, los chicos se encontraron con al menos 300 personas gritando a un puñado de mujeres y hombres parados en lo que parecía un escenario.

—Sé que esto es algo totalmente inesperado, pero no es la primera vez que nos enfrentamos a una crisis, y como un pueblo unido, Pomme Rouge podrá salir adelante —Las palabras, que tenían la intención de calmar a la muchedumbre, hicieron que una nueva ola de reclamos estallara en la sala. Una de las mujeres que esperaba detrás del hombre avanzó hasta él y ocupó su lugar frente al micrófono.

—Lo que el alcalde Ericksen quiere decir —dijo mientras empujaba gentilmente al hombre lejos del centro del escenario—, esto es una emergencia global, y estas medidas que intentamos implementar es para la protección todos nosotros, y nuestras familias.

—Gracias por su oportuna intervención, Gobernadora Cunha —dijo el hombre, mientras lanzaba una mirada molesta a la mujer.

—Tenemos que trabajar, inecesitamos llevar comida a nuestras mesas! —gritó un hombre de la multitud, siendo coreado en afirmación por el resto de los asistentes.

—Entendemos la preocupación de todas y todos ustedes, y tengan por seguro que el gobierno verá por sus necesidades —explicó la

Gobernadora.

—¡Ni siquiera si esos videos son reales!

—¿Videos? —preguntó Giselle mientras compartía miradas desconcertadas con Charlie y Roger.

—El material que recientemente se filtró por medio de redes sociales ha sido desmentido por el secretario de salud. Sin embargo, la OMS no niega la existencia de una pandemia y la necesidad de activar los protocolos de cuarentena de manera inmediata.

La sala estalló de nuevo en gritos molestos mientras la gobernadora y el alcalde intentaban calmar los ánimos. Charlie sacó el celular de su bolsillo y lo desbloqueó, percatándose que ahora había recepción en el pueblo.

—Miren —dijo Roger mientras les mostraba al resto un video en su celular. El metraje mostraba una caótica escena donde personas corrían despavoridas por una calle rodeada de vegetación selvática en medio de la noche. Los gritos que envolvían el ambiente hacían que fuera imperceptible lo que decían.

—¿Están hablando en francés? —preguntó Charlie a Giselle, quien veía atentamente la pantalla del aparato.

—Sí —contestó la chica con un tono entre el miedo y la preocupación—, pero su acento no me deja entenderlos.

Sin previo aviso, el camarógrafo cayó al suelo, haciendo que la imagen cambiara a una toma estática de un cielo oscuro, iluminado sólo por un fulgor naranja lejano. Poco a poco, un hombre apareció a cuadro, sus ojos eran oscuros casi en su totalidad, como si el globo ocular se hubiera tornado de un completo color azabache, y de su boca escurría una sustancia de la misma tonalidad. Sin previo aviso, el video paró.

—¿Qué mierda? —masculló Roger, incrédulo de lo que había visto.

La puerta detrás de ellos se abrió de golpe, dejando entrar a un enfurecido Ollie seguido por Asad y Emir. La mitad de los asistentes giró por el golpe, mientras el sheriff Abbadie se ponía torpemente de pie después de estar sentado en una de las sillas sobre el escenario.

—¡Quiero que los arrestes, Max! ¡Quiero que arrestes a estos imbéciles malagradecidos! —gritó el recién llegado, llamando la atención del resto de personas que no habían notado su presencia.

—Ollie, amigo, cálmate —Abbadie levantó las manos en un intento de calmar al hombre, mientras éste se acercaba al escenario, haciendo que

las personas se alejaron de él mientras avanzaba.

—¡Mira lo que me hicieron! ¡Mi tienda está destruida! —Ollie se encontraba a pocos metros de Abbadie, quien, junto con un hombre alto vestido con lo que parecía un costoso traje, se habían parado frente a la gobernadora y al alcalde en un intento por protegerlos.

—Hombre, todo el pueblo se volvió loco con ese mensaje, pero ellos son nuestros, y estoy seguro de que ayudarán a reconstruir tu tienda, y pagarán por lo que tomaron.

—Ellos me golpearon, Max... Ellos me encerraron cuando me intenté defender... —Mientras hablaba, la voz de Ollie se transformaba en un susurro apenas audible desde donde Charlie, Giselle y Roger esperaban. Un silbido apareció en la siguiente inhalación que el hombre dio al intentar respirar. El silencio se apoderó por completo de la sala cuando todos miraron al hombre, expectantes mientras él se llevaba las manos a la garganta sin poder articular una sola palabra.

La tensión se rompió cuando una tos explotó desde el pecho del afectado, expulsando una masa sanguinolenta desde su boca. Ollie cayó de rodillas mientras la sangre continuaba escapando de su cuerpo. Gritos de horror y comentarios llenos de pánico empezaron a elevarse mientras el hombre de traje sacaba una radio de entre su ropa y hablaba a través de él.

De las puertas al costado del salón comenzaron a salir al menos dos decenas de militares vestidos con trajes protectores, quienes rápidamente rodearon a Ollie, lo pusieron de pie, y se lo llevaron de aquel lugar.

—Amigos, por favor, mantengan la calma. Esto es justo lo que debemos evitar, de lo que los queremos proteger —La voz del alcalde Ericksen emanó de los altavoces que se encontraban en las paredes del lugar, en un nuevo intento por controlar la situación.

Charlie notó al hombre de traje, quien señaló a Emir y Asad. Los militares que aún quedaban en el lugar tomaron a sus dos amigos por los brazos y comenzaron a arrastrarlos en la misma dirección que habían llevado a Ollie.

—¡Quítame las manos de encima! —Emir empujó al soldado que lo detenía, tirándolo por la fuerza del golpe. Segundos después, tres hombres saltaron sobre el chico, haciendo que le fuera imposible defenderse.

Charlie le lanzó una mirada llena de complicidad a Roger, y avanzó en dirección de Emir y Asad para ayudarlos, listo para pelear en caso de

tener que hacerlo.

—Quédate aquí —Un apretón firme sobre el hombro del chico hizo que se detuviera en seco. Cuando giró, se encontró con los ojos café oscuro de Lambert viéndolo fijamente.

—Son mis amigos, tengo que ayudarlos —contestó mientras intentaba escapar del agarre.

—Les serás de más ayuda aquí —Lambert abrazó a Charlie por la espalda y lo arrastró en la dirección contraria mientras el chico seguía peleando para poder ir con el resto de sus amigos.

—Desde ahora, habrá Ley Marcial en Pomme Rouge —La gobernadora Cunha habló desde el escenario, logrando de algún modo romper con el ruido de los gritos y llantos del público—. Aquellos que hayan tenido contacto con personas infectadas, o presenten los síntomas descritos en este panfleto —continuó mientras sostenía un tríptico en sus manos—, serán puestos en cuarentena obligatoria para observación y, en dado caso de que exista una infección, tratamiento. Esto es por su bien.

Capítulo 14

El Escudo y La Espada

—Ese es el lugar más seguro en el que puedes estar, lejos de la ciudad —La luz de un relámpago iluminó el cielo nocturno, haciendo evidentes las gotas de lluvia que caían y se estrellaban en el cristal de la ventana—, un pueblo en medio del bosque es mejor que la ciudad en este momento— El hombre hizo una pausa mientras el interlocutor del otro lado de la línea hablaba. Mientras escuchaba, pudo ver cómo su expresión de indiferencia se transformaba en una mueca de preocupación, acompañada por el vacío en el estómago característico—. ¿Un infectado? ¿Estás segura? —De nuevo esperó paciente la respuesta, imaginando la dimensión de lo que sucedía si alguien, en un lugar como ese, podía contagiarse—. Fue buena idea implementar la Ley Marcial, el ejército y la Guardia Nacional conocen el protocolo a seguir— Una pausa interrumpió la comunicación. Él sólo asentía desganado, como si tuviera que afirmar todo lo que escuchaba de la otra persona—. Está bien, madre. Cuídate.

Miguel Cunha dejó el celular sobre el escritorio frente a él, dio un giro de 180 grados aún sentado en la silla, y se miró en el reflejo, que se generaba en el panel de cristal que lo separaba del oscuro exterior, debido a la tenue iluminación de la oficina donde se encontraba. El hombre aflojó su corbata y desabotonó el cuello de su camisa, buscando la comodidad en esa tormentosa noche.

—¿Era la gobernadora? —preguntó la voz de Fossati a sus espaldas.

—Sí —respondió mientras era sacado de sus pensamientos por los cuestionamientos del hombre—. Acaba de declarar Ley Marcial en un pueblo al este de aquí.

—¿Ley Marcial? ¿Por qué? —Fossati se levantó de uno de los sillones de su oficina y caminó hasta un elegante carro de servicio al otro lado de la habitación. Tomó un par de vasos y sirvió una generosa cantidad de escocés en ellos.

—Se cree que un hombre está contagiado —dijo en suspiro mientras giraba de nuevo para encarar al hombre—, y hay dos chicos que lo acompañaban, así que sospecha de ellos.

—¿Es un caso autóctono? Creí que el gobierno quería mantener toda esta situación dentro de un perfil bajo— Fossati caminó hasta su escritorio y dejó una de las bebidas frente a Cunha. El hombre tomó el vaso y lo levantó frente a su rostro en forma de saludo, después. bebió un sorbo del licor dejando que se deslizara por su garganta, provocándole un

inconfundible ardor.

—Eso fue antes —Cunha carraspeó, intentando que no se notara el cambio en su voz—, la situación escaló demasiado rápido y se ha hecho tan pública que no podemos costearnos el bajo perfil.

—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar?

Cunha miró al hombre por un segundo y después el monitor frente a él. Llevó el cursor hasta el ícono de la impresora y lo presionó, haciendo que un discreto aparato a su derecha comenzara a quejarse con gruñidos metálicos. El secretario se puso de pie, con el vaso de escocés aún en su mano, y caminó hasta el dispositivo, tomó el papel que había salido de él y se lo entregó a Fossati.

—“Debido a la Ley Marcial declarada por la gobernadora Mariela Cunha en el estado, y la Ley Marcial declarada por el presidente Angus Dornan, que será efectiva a partir de las 3:00 horas del 14 de junio del presente año y hasta que sea necesario, en todo el territorio que confiere en el país. Esto como medida ante la emergencia sanitaria que se presenta en el mundo”— Cunha se detuvo por un segundo e ingirió un sorbo de escocés—. “Como parte de dicha medida, la administración de centros médicos dentro del territorio nacional, tales como hospitales, clínicas, entre otros, quedará a disposición de agentes gubernamentales y miembros de las fuerzas armadas”.

—¿Qué? — El mundo alrededor de Fossati comenzó a dar vueltas sin control. Aun cuando había escuchado aquellas palabras salir de la boca de Cunha, y podía leerlas el mismo en el documento que sostenía entre sus dedos, sentía que todo era un compleja y cruel broma contra él.

—Director Enzo Fossati, dentro de quince minutos quedará relevado de su cargo en este hospital como parte de la Ley Marcial. Dicho puesto será ocupado por el actual secretario de salud —Cunha chocó el vaso que se encontraba inmóvil en las manos del hombre y lo elevó de nuevo, para después tragar lo que quedaba en él de un sólo sorbo.

La puerta de la oficina se abrió de golpe detrás del aún anonadado Fossati, rompiendo un poco la creciente tensión que se generaba en el interior.

—¡Esto es algo estúpido Fossati! ¡¿Qué planean hacer?! ¡¿Canalizar a los pacientes con balas?! —Harrison Emmerett se detuvo en seco cuando notó lo extraño de la situación—. ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Mi última instrucción como director de este hospital es que, por los siguientes catorce minutos, te largues de mi oficina —dijo Fossati dirigiéndose al hombre frente a él. Cunha asintió ligeramente, dejó el vaso

en el escritorio y caminó hacia la salida, ignorando a Harrison en el trayecto.

—No sé dónde las encontraste —comenzó Emmerett una vez que Cunha había salido y cerrado la puerta—, pero me enorgullece haber visto cómo corrías al secretario de salud de tu oficina.

Fossati suspiró mientras se dirigía hacia su escritorio. Cuando llegó a su lugar, se dejó caer pesadamente sobre la silla, derrotado. Harrison tomó una de las sillas frente al hombre y tomó asiento.

—¿Qué es lo que pasa, Enzo?

—Fui relevado de mi puesto. Se declarará Ley Marcial en aproximadamente doce minutos. El ejército tomará el control de prácticamente todo.

—¡Mierda! —Harrison alcanzó el desatendido vaso de Fossati y bebió toda la bebida de un sólo trago—. Voy a renunciar, no pueden hacer esto.

—No tienes que hacer eso por mí, en este momento es más importante los pacientes en nuestros cuidados.

—No lo haría por ti —respondió hoscamente al mismo tiempo que servía un poco del contenido de su licorera en el vaso—, no quiero recibir órdenes de un niño imbécil.

—Tendremos que hacerlo —Fossati abrió el cajón de su escritorio y tomó un sobre lleno de un polvo claro. Lo vació sobre su escritorio y comenzó a separarlo en finas líneas. Una vez que había terminado, tomó un billete e inhaló la más cercana a él.

—Creí que lo habías dejado,

—No puedes ser el director de un hospital sin necesitar un extra —respondió mientras inhalaba la segunda línea.

—Están empezando a morir las personas —Harrison le entregó el folder que llevaba con él. Fossati comenzó a hojearlo mientras su amigo comenzó a explicarle—. Hasta ahora sólo van diez personas de todos los que están internados con síntomas, pero hay muchos que se encuentran en estado crítico.

—¿Cuáles son las causas? —preguntó Fossati, interesado.

—En términos simples, fallo orgánico múltiple. La gran mayoría son hemorragias internas. Hemos empezado a tratar a los demás con coagulantes junto con el resto de los medicamentos que les

administramos— Emmerett miró detenidamente a Fossati, quien se llevó su mano a la cabeza y comenzaba a masajear sus sienes con los dedos medio y pulgar—. Esto está peor de lo que pensé, ni siquiera con los videos y las fotos, pensé que llegaría algo así.

—Tenemos que seguir haciendo lo que podamos, Harrison, eso es todo —Fossati inhaló la última línea frente a él y sacudió el polvo que quedaba en el escritorio con su mano hacia el piso. Se levantó y caminó hasta un perchero donde descansaba su bata blanca—. Ya pasaron los quince minutos.

Emmerett bebió de su licorera y se levantó para seguir a su antiguo jefe. Cuando ambos salieron de aquella oficina, un desfile de militares se desplegó frente a ellos con Cunha en el medio.

—Caballeros, voy a pedirles que regresen a sus trabajos.

—El mundo se está yendo lentamente al carajo —La voz de Wallace era apagada por la mascarilla que cubría su boca y nariz desde hace algunos días, la cual lo ayudaba a respirar.

—Al menos estar encerrados aquí tiene una ventaja —contestó Megan mientras veía a soldados pasar frente a su habitación.

—Ya me siento más seguro —Wallace suspiró con sarcasmo en su voz.

Minutos después de pasar aquel desfile llegó Harrison para su visita diaria, era el día número diecisiete desde que Megan había sido encerrada en ese lugar.

—¿Cómo están el día de hoy? —preguntó con la misma entonación que solía usar para saludar a sus alumnos.

—No tan mal como usted, se ve como la mierda —Harrison había aprendido a sobrellevar la actitud de Megan, mientras que Wallace se reía de sus comentarios ácidos. El doctor simplemente avanzó hacia el chico sin responder y empezó a revisarlo.

—¿Cómo te sientes, Wallace?

—¿Bien? —contestó titubeante.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—No lo sé, me siento igual que antes, es sólo que duele —La voz del chico se tornó inocente y llena de culpa, como si él tuviera poder sobre la

enfermedad.

—¿Dónde duele? —preguntó Harrison.

—Mi espalda, cada vez que respiro —El doctor asintió y lentamente ayudó al chico a recostarse sobre su costado. La espalda quedó del lado contrario de Megan, así que no pudo ver lo que Harrison podía. Las venas de todo el dorso del chico eran visibles en la piel y tenían un color negruzco, el doctor simplemente pudo poner la mejor cara de póker que tenía en su repertorio y regresó a Wallace a la posición en que lo encontró.

—Levanta tu playera —No dijo más, caminó hasta la cama de Megan se mantuvo de pie esperando que la chica lo hiciera.

—¿Por qué? —Megan habló de manera defensiva.

—Sólo hazlo.

—No voy a desnudarme sólo para satisfacerlo.

—¡Cállate y obedece! —Harrison se había hartado de ella. Si pudiera, él habría intercambiado la condición del chico por la de ella, al menos así le sería más difícil hablar.

Megan subió la playera que le habían dado en el hospital lo suficiente hasta dejar ver la parte inferior de sus pechos. La mancha roja se había expandido y tornado del tono que tenía su antebrazo el día que Harrison la conoció, además, sus venas formaban una telaraña similar a la que tenía Wallace en la espalda, sólo que las de ella eran de un color rojo intenso.

—¿Te duele? —preguntó Harrison más calmado.

—No, no siento nada diferente.

—La enfermera vendrá en unos minutos para tomar más muestras. Por ahora sólo descansen —Emmerett giró hacia la puerta tan rápido que su bata se levantó lo suficiente para que Wallace pudiera ver debajo de ella.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el chico.

—¿Qué? —respondió Harrison desganado.

—Los militares, mantenernos a todos encerrados —Wallace señaló al resto de las habitaciones que se veían gracias a las paredes cristal de las que se componía la suya. En todas ellas había al menos dos pacientes—. Usted

sabe qué pasa, así que es hora de las explicaciones, Doc.

—Hasta este día, no sabemos qué es lo que pasa a ciencia cierta, pero sabemos que ha habido un brote de esta infección, si es que así podemos llamarla —Harrison estiró su brazo y cambió el canal de la televisión al de otro noticiero donde se transmitían las imágenes de los videos que había dado a conocer—. Esos videos fueron enviados por distintos hospitales alrededor del mundo donde la enfermedad se manifestó antes que aquí.

—Pero, ¿qué es? ¿qué es lo que lo causa? —preguntó Megan con preocupación.

—Aún no lo sabemos —respondió avergonzado el doctor—, sabemos algunos de los síntomas, pero esta cosa no parece seguir un patrón en concreto.

—Si nosotros estamos aquí, ¿significa que estamos contagiados?

—Wallace miró con sus enormes ojos a Harrison. Por un momento, el hombre sintió como su voz temblaba al intentar contestarle.

—No —salió al fin de la boca de Emmerett—, no estamos seguros de ello, por eso están en observación.

—¿Y qué hay con ellos? —preguntó Megan, mientras soldados pasaban nuevamente frente a su habitación. Harrison subió el volumen de la televisión manualmente, dejando que la voz de la presentadora envolviera el cuarto.

«En un impresionante giro de la situación, el presidente Angus Dornan ha declarado Ley Marcial en todo el país debido al brote de esta nueva enfermedad. Dentro de las acciones esperadas por esta medida, se tiene la imposición de un toque de queda, las revisiones militares en busca de posibles infectados, y la presencia de las fuerzas armadas en los diferentes centros de salud.

Aunque no ha dado una declaración oficial, el secretario de salud Miguel Cunha ha exhortado a la población a mantener una cuarentena dentro de sus hogares, no caer en pánico, y acudir a su centro de salud más cercano en caso de sentir alguna molestia relacionada a alguna enfermedad. »

—Mierda —suspiró Megan.

—Por ahora los verán más seguido —respondió Harrison—, pero no se preocupen, yo seguiré viniendo diario a checarlos.

Emmerett sonrió desde la puerta de la habitación a forma de despedida, y

salió al pasillo donde Erin y Fossati lo esperaban.

—Había olvidado lo que es mentirles a los pacientes —masculó Fossati mientras acomodaba los gruesos lentes sobre su tabique nasal.

—Son sólo niños, no podemos decirles que están enfermos de algo que todavía no podemos curar —intervino Erin mirándolos. Siempre que trataba a jóvenes, veía la cara de su hijo en ellos y no podía evitar sentir una dosis extra de compasión por ellos—. Dudo que Cunha hubiera querido que les dieras tanta información —continuó dirigiéndose a Harrison.

—Me importa un carajo lo que ese niño mimado quiera —ladró Emmerett mientras llenaba la hoja que descansaba a un lado de la puerta de la habitación—, de alguna forma u otra tenemos que dar a conocer lo que sucede aquí.

—Está todo listo, señor —La voz provino desde la entrada de la oficina, pero el secretario de salud no giró para responder.

—General, ejecute el protocolo de seguridad Hades.

—Sí, señor —Cunha alcanzó a ver en el reflejo como la mujer salía de la habitación, cerrando detrás de ella la puerta. El hombre vio el cielo ser iluminado por un nuevo relámpago, haciendo que cientos de sombras inundaran las desoladas calles de la ciudad.

Capítulo 15

La Paradoja de Schrödinger (Parte 1)

El chirrido metálico, esa era la señal que indicaba la presencia de la camilla en aquella sala. Asad abrió los ojos lo más discretamente posible, dejando que hebras de su cabello cayeran sobre su cara para ocultarlo. A través del plástico que delimitaba las improvisadas habitaciones pudo observar la distorsionada silueta que se desplazaba por el pasillo.

El chico intentó ajustar la vista a la escasa luz del lugar para comprender la figura que pasaba frente a él. Movimientos violentos y lo que parecían gruñidos amortiguados por algo que tapaba la boca de quien se encontraba en la camilla.

Los murmullos fueron acallados por una nueva serie de rechinos que emanaban las ruedas de aquella camilla, alejándose poco a poco. Asad giró sobre su cama hasta fijar la vista en el techo, el murmullo de las respiraciones y ronquidos de las personas a su alrededor eran lo contrario a un arrullo. El chico observó cómo la luz que proyectaba la luna y se filtraba por las pequeñas ventilas al ras del techo se iba moviendo junto con las horas de la noche. Poco a poco, el tono azulado de la noche fue sustituido por el amarillo brillante del alba, mientras los pájaros cantores comenzaban su función diaria.

Aun con el plástico que separaba las improvisadas habitaciones, Asad escuchó el rechino que provocó Emir al levantarse de la desgastada cama donde dormía.

—Se llevaron a alguien más —Asad salió de su cama y caminó hasta la falsa pared que lo separaba de su amigo. Poco a poco, el chico se acomodó sentándose en el suelo, apoyándose contra el endeble plástico.

—¿Sigues contándolos? —respondió Emir mientras se estiraba para espabilarse.

—Se han llevado a más de los que han traído.

—Puede que estén infectados, los están llevando a un lugar donde puedan tratarlos —Emir caminó hasta la entrada de su habitación y comenzó a golpear lentamente el plástico—. ¿Qué tiene que hacer alguien para conseguir el desayuno aquí?

—Llevamos casi dos semanas aquí, y no he visto ni una sola vez a Ollie—respondió Asad a la queja de su amigo.

—No quiero sonar por un idiota, pero Ollie no me importa —El silencio reinó entre los dos chicos. Asad intentaba buscar los ojos de su amigo a través del plástico mientras Emir dejó caer todo su peso sobre el catre que tenía por cama—. Estamos encerrados lejos de casa, lo único que me interesa es aguantar hasta que tú y yo estemos a salvo. La única persona por la que me preocupo en este lugar, además de mí, eres tú.

Asad sintió la necesidad de abrazar a su amigo, de sentir cualquier tipo de contacto humano. El chico rodeó su cuerpo con sus brazos en un intento de suprimir aquella necesidad mientras caminaba a la esquina más lejana de la entrada de aquel lugar.

El día siguió avanzando sin que las horas se inmutaran por la existencia de las personas encerradas en aquel lugar. El desayuno que habían entregado en una charola al empezar el día seguía ahí a la hora de la comida, esperando en el suelo mientras Asad intentaba ser indiferente a lo que pasaba a su alrededor.

—¿No ha comido nada? —preguntó una figura detrás del plástico a otra silueta un poco más pequeña.

—No, no ha tocado su desayuno —respondió una voz femenina—, dijo que le avisáramos de cualquier cambio en los comportamientos.

—Está bien —El cierre que mantenía aislada la habitación comenzó a moverse, revelando a un doctor y una enfermera que veían hacia el interior del lugar. Asad alzó la mirada, encontrándose con los ojos del hombre que se escondían detrás de unos gruesos anteojos—. Calma, todo estará bien ahora.

El doctor estiró su mano hacia la enfermera en ademán de pedir algo. La enjuta mujer le entregó una delgada jeringa al hombre quien lentamente se acercaba a Asad, como si este fuera un animal salvaje a punto de atacar.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven mientras pegaba su espalda lo más que podía a la pared detrás de él, intentando crear alejarse lo más posible del doctor.

—Esto es sólo un relajante, queremos que estés tranquilo mientras descubrimos qué es lo que te pasa.

—No, ustedes no me llevarán como a los otros —Asad se proyectó contra el doctor, empujándolo y haciendo que la jeringa saliera disparada de sus manos. Hizo lo mismo con la enfermera sin mucho esfuerzo, lanzándola hacia la cama.

El chico corrió hacia la salida de la habitación con el corazón latiéndole en los oídos. Casi podía sentir el tacto frío y húmedo del aire boscoso sobre su piel cuando su camino fue interceptado por dos hombres en traje militar.

—Por favor, no. Por favor —Uno de los soldados apuntó con su arma al chico mientras el segundo tomó sus brazos y los sostuvo detrás de su espalda.

—Llévenlo al pabellón —la voz del doctor sonó detrás del chico, aún intentando regular su respiración—, necesitamos hacerle pruebas.

Ambos soldados asintieron y comenzaron con el recorrido. Asad apenas había dado un paso cuando una fuerza se proyectó contra sus captores desde el interior de la habitación a su izquierda, destruyendo el plástico que la mantenía aislada y derribando a los dos hombres que mantenían al chico prisionero.

—Round dos, hijos de puta —Emir golpeó con su puño directo en la barbilla de uno de los soldados que aún se encontraban en el suelo, dejándolo inconsciente. El chico se puso de pie entre Asad, quien miraba la escena completamente desconcertado, y el militar que intentaba incorporarse después de la embestida.

El soldado lanzó un gruñido gutural como un animal salvaje iracundo, y cargó contra Emir, haciendo que la espalda del chico impactara contra la pared detrás de él. Uno tras otro, los puños del hombre aterrizaron en el cuerpo del chico, creando cardenales en cada parte visible de su piel y abriendo pequeñas heridas por donde escapaban hilos carmesíes.

—¡Basta! —La voz de Asad hizo eco en el lugar, haciendo que ambos hombres se detuvieran. El militar giró con ira llameando en su mirada, la cual se tornó en confusión cuando se encontró al joven sosteniendo el arma que hasta hace unos momentos se encontraba en sus manos—. Tira la pistola y aléjate de él, ahora.

El hombre tomó lentamente la pistola que colgaba de su cinturón y la lanzó hacia Asad, después, levantó lentamente las manos mientras bufaba con enojo e impotencia. Emir tomó el hombro del militar, y tiró de él, haciendo que diera un giro de 180 grados hasta quedar frente a él. El chico sonrió con malicia, y lanzó un gancho izquierdo directo hacia el rostro de su contrincante, haciendo que cayera sobre su espalda.

—No sabía que sabías usar un arma —dijo Emir mientras escupía un poco de saliva combinada con sangre.

—No la sé usar —respondió Asad.

—Bueno, que ellos no se enteren —Emir tomó el segundo rifle de asalto y la pistola que había lanzado el militar.

—Creí que sólo querías esperar a que nos dejaran ir.

—También te dije que tú eras la única persona por la que me preocupaba en este lugar —Emir asintió, recibiendo una sonrisa de Asad en respuesta mientras lo rodeaba con sus brazos, abrazándolo—. Tenemos que irnos de aquí.

Los chicos tomaron un momento para entender el lugar donde estaban. Al final del pasillo en el que se encontraban había una puerta de emergencia con el letrero luminoso de “salida” aún encendido. Asad sonrió para sus adentros con ironía, imaginando cómo algo tan simple seguía funcionando cuando todo alrededor se iba a la mierda.

Ambos comenzaron a recorrer el espacio que los separaba de la salida. Emir mantenía la vista fija en la puerta mientras avanzaba lo más rápido que podía sin correr, intentando poner la mayor distancia entre ellos y las personas que habían dejado inconscientes detrás. Asad, por otro lado, caminaba mirando cada uno de los cuartos que estaban a su derecha mientras aquellos que estaban del otro lado del plástico los miraban suplicantes.

—No podemos dejarlos aquí —dijo Asad mientras alcanzaba a su amigo en la puerta.

—Tampoco podemos hacer algo por ellos —respondió Emir mientras se cubría a un costado del acceso, haciendo lo posible para pasar inadvertido por los soldados, enfermeras y doctores y que caminaban del otro lado. Al ver la posición de su compañero, Asad se agachó hasta quedar por debajo de las pequeñas ventanillas que se encontraban en las planchas de metal que conformaban la puerta—, somos sólo tú y yo contra un ejército, no habría oportunidad.

Emir estiró su mano hasta alcanzar la perilla de la puerta y, muy lentamente, comenzó a girarla hasta abrir una pequeña rendija por la cual se colaba el aroma a musgo y pino.

—Ok, esto es lo que pasará —exclamó Emir en la voz más baja que encontró en su cuerpo para que Asad pudiera entenderlo—, vamos a salir por esta puerta y vas a correr en línea recta hasta llegar a esa colina— El chico le señaló a su amigo el exterior, un pequeño patio los separaba de una empinada subida llena de altos árboles y arbustos. Esa era su salida—, y vas a seguir, vas a seguir avanzando en línea recta sin

importar qué pase o qué escuches, ¿entendiste?

—No puedo hacerlo —respondió Asad, casi en un suspiro.

—¡Claro que sí puedes!, y lo vas a hacer —Emir tomó el rifle de su amigo y giró el pequeño pestillo que se encontraba en el costado del arma—. Cada vez que aprietes el gatillo va disparar una bala. No dispares a menos que sea necesario —lo único que podía hacer Asad en ese momento era asentir. Las palpitaciones empezaban resonar de nuevo en sus oídos mientras sentía un agujero negro tragando todo dentro de su vientre. Sintió ganas de derramar lágrimas de sus ojos, pero las controló aguantando la respiración—. Iré detrás de ti, pero no te detengas si no me ves. Sólo síguete moviendo hasta que encuentres agua corriendo. Eso te llevará a la cabaña.

Emir se asomó de nuevo por la rendija mientras un militar con un poblado bigote pasaba frente a ella. Miró a los alrededores y calculó el tiempo que tendrían. Su mente saltó a aquella vez donde había ido a un campo de gotcha con Asad, Charlie y Roger, recordó la adrenalina que sentía correr por sus venas mientras las balas de pintura volaban sobre su cabeza y trazaba un plan para no ser eliminado del juego. Todo aquello era muy similar, sólo que aquí no serían eliminados si eran alcanzados por una bala.

—Prepárate, ya casi es el momento —Esas palabras hicieron que el estómago de Asad diera un vuelco completo. En ese momento era completamente consciente de su cuerpo, de cada una de las sensaciones que se manifestaban en él. El viento soplando a través de su cabello, el sudor escurriendo en todo lo largo de su espalda, el suave roce de la pijama quirúrgica que llevaba puesta con su piel. Un golpe de ansiedad hizo que deseara empezar a correr, dejando atrás la cárcel de plástico en donde había sido prisionero.

Entonces, el tiempo se detuvo. Cuando la puerta se abrió con un rechinido el mundo enmudeció para Asad. Sus piernas se quedaron inmóviles, incapaces de dejar aquella posición agazapada que mantenía. La enorme mano de Emir lo tomó por la manga de su playera, levantándolo como si fuera un muñeco de trapo y lanzándolo al exterior.

Con sus piernas haciéndolo dar tumbos, el chico cruzó el patio hasta alcanzar la tierra húmeda del bosque. El musgo y lodo que había en el suelo hicieron que el chico resbalara al dar el primer paso dentro de él. El costado izquierdo del rostro de Asad impactó contra una enorme raíz que sobresalía del suelo, haciendo que un dolor punzante recorriera desde su ceja hasta la comisura del labio.

El golpe reactivó la realidad alrededor del chico, sólo que acelerada mil veces. Cada grito que venía detrás de él. Cada detonación que resonaba

en las paredes del patio. Cada bala impactando en los troncos que lo rodeaban. Asad apoyó sus manos en el suelo, hundiéndolas en el fango, y comenzó a correr de nuevo.

El chico saltaba entre las raíces de los árboles que formaban una red irregular en el suelo mientras la culata del rifle golpeaba sus costillas. Lo único que veía frente a él eran gruesos troncos erigiéndose más allá de donde alcanzaba su vista.

Asad cayó de nuevo contra el suelo. Tenía el corazón en la garganta. El chico intentó enfocar lo que lo rodeaba, intentando encontrar algo que le indicara el camino hacia la cabaña. Pero no podía, todo alrededor de él era una mancha verde.

Un sonido detrás de él hizo que instintivamente levantara el arma y apuntara en esa dirección. Una masa de color claro avanzaba torpemente hacia él. Asad aún intentaba recuperar el aliento, tomando la mayor cantidad de aire en la menor cantidad de tiempo. El sudor que corría desde su cabeza hacía que su largo y lacio cabello negro se pegara a la piel de su rostro, tapando su campo de visión. Sus manos temblaban tanto que le era imposible mantener el blanco en la mira.

—¡Espera! —Una voz retumbó en la cabeza de Asad sacándolo del trance en el que había entrado gracias a la adrenalina. La forma borrosa empezó a aclararse poco a poco hasta el punto en que Emir apareció frente al chico—. Soy yo, baja el arma.

—¿Emir? —Poco a poco, el mundo alrededor de Asad comenzó a tornarse más normal. Los sonidos del bosque comenzaron a colarse en sus oídos, dejando de lado los latidos que antes había escuchado. El chico se tomó un momento para mirar a su alrededor, intentando reconocer el lugar donde se encontraba.

—Vamos, dámelo —Emir se colgó el rifle en el hombro mientras estiraba sus manos hacia el arma de su amigo. Lo tomó lentamente y giró de nuevo el pestillo que tenía en el costado. Miró al chico frente a él, quien aún intentaba entender lo que había sucedido en los últimos minutos.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Asad mientras recibía su rifle de regreso.

—Sólo le puse el seguro, así no habría peligro.

—¿Y dónde demonios aprendiste a hacer eso?

—He jugado demasiados videojuegos violentos en mi vida —Emir lanzó una mirada cómplice a Asad mientras él seguía revisando el arma, como si

fuera un acertijo que debía ser resuelto.

Una pequeña risa escapó de entre los labios de Asad que, poco a poco, empezó a crecer hasta convertirse en carcajadas histéricas. El sentimiento fue contagiado a Emir, quien se dobló mientras reía. Por un momento, el mundo que los rodeaba retrocedió en el tiempo, donde ellos sólo eran unos chicos comunes pasando el rato.

La fantasía terminó con un súbito crujido proveniente del piso. Una fina grieta apareció en el suelo, separando a Emir de su amigo. La tierra debajo de Asad desapareció, haciendo que el chico cayera por una pendiente, aterrizando en un pequeño arroyo.

—¿Estás bien?! —Emir comenzó a bajar, deslizándose por el lodo fangoso de la ladera hasta alcanzar el agua donde Asad se encontraba.

—No lo sé —contestó el otro chico, mientras intentaba incorporarse. Asad escupió comenzó a toser después de tragar un poco del agua que corría a su alrededor—. ¿Qué mierda es esto?

Al ponerse de pie, Emir pudo notar lo que había sorprendido al joven. La pijama quirúrgica, que había sido de un pálido color azul al momento de salir de la zona militar, estaba manchada hasta las rodillas de un color oscuro característico del lodo, pero el resto del frente estaba cubierto de un tono rojizo.

Ambos chicos miraron la corriente que pasaba entre sus pies. El agua estaba teñida de rojo.

—Dijiste que cualquier río o riachuelo que encontráramos aquí nos llevaría al lago donde está la cabaña, ¿verdad? —murmuró Asad mientras intentaba deshacerse de las manchas que tenía en la cara y el cabello.

—Es demasiada, no puede ser de ellos...

—Las personas desaparecidas... Ollie...

—¡Basta! —Emir levantó la voz mientras tomaba por el cuello de la ropa a Asad—, estamos aquí afuera para regresar con los demás, con nuestros amigos. Ellos no importan.

—¿Y podrás vivir contigo mismo si decides no hacer nada? —Asad empujó a Emir, liberándose de su agarre mientras retrocedía por la fuerza—. Yo no —El chico caminó unos pasos hasta el lugar donde había aterrizado su rifle, lo levantó y giró el pestillo en el costado del arma, liberando el seguro.

Emir vio como Asad comenzaba a alejarse caminando por el lecho del río. Miró por unos segundos hacia el cielo donde los rayos de luz atravesaban las ramas de los árboles como lanzas. Suspiró, y comenzó a avanzar para alcanzar a su amigo.

—Será mejor que camines por el agua —gritó mientras sus pasos chapoteaban—, así no les darás un rastro que seguir.

—¿Un último consejo antes de partir? —preguntó Asad con sarcasmo.

—No, ya es tiempo que le dé un uso a esos conocimientos que me dieron los juegos —Emir soltó una risa melancólica tan sutil que escapó de sus labios como un resoplido—. Además, la cabaña queda en la misma dirección.

Capítulo 16

La Paradoja de Schrödinger (Parte 2)

«Se recomienda no salir de no ser necesario. En caso de presentar cualquier anomalía en su salud, acérquese a los campamentos móviles que el ejército ha desplegado cerca de usted»

La transmisión fue cortada por el sonido de estática que comenzaba a salir de las bocinas del antiguo radio. Los últimos rayos de sol descendían sobre la tranquila agua del lago, haciendo que un brillo casi hipnótico reflejara sobre la cabaña mientras una enorme nube negra se acercaba más allá de las montañas.

—Apuesto que Emir lo repararía en un segundo —Charlie se encontraba en el porche, sentado en la hinchada madera húmeda mientras movía la antena del radio intentando recuperar la señal.

—Emir lo hubiera desarmado y le hubieran sobrado piezas al reconstruirlo —respondió Roger mientras le entregaba un vaso con jugo de manzana.

—Al menos él sabría qué hacer, y lo haría —contestó Charlie mientras tomaba un gran sorbo de su bebida.

El sonido de un auto acercándose por el camino hizo que los chicos miraran en esa dirección. Una humvee militar se acercaba hacia la cabaña, levantando el lodo mientras se abría paso entre el bosque.

El vehículo se detuvo justo en frente de la casa mientras la puerta se abría detrás de los chicos, dejando salir a Giselle. Justo mientras los tripulantes bajaban, una camioneta del servicio forestal que Charlie reconoció de inmediato, junto con una patrulla, se estacionaron detrás del humvee.

—Buenas tardes —Una voz gruesa, que parecía resonar en todo el bosque, se dirigió a los chicos—, ¿están solos en casa?

—Sí —respondió Charlie mientras se incorporaba y bajaba los desgastados peldaños de la escalera que los separaban del suelo del bosque para encarar al propietario de la voz. Era un hombre alto, tanto que el chico no pudo evitar sentirse impotente, con cabello cano a rape, y una mirada severa que era acentuada con dos sombras oscuras debajo de sus ojos—, ¿hay algún problema con eso?

—Ninguno en realidad —contestó el hombre mientras rascaba la barba de tres días que crecía en sus mejillas—, necesitamos revisar la casa— explicó mientras caminaba hacia la cabaña, dejando a Charlie atrás de él,

anonadado.

—¡No tienen derecho! — Giselle se plantó en la entrada del porche, impidiendo que el hombre avanzara más.

—Váyanse de mi propiedad, ahora —Charlie miraba firmemente la nuca del hombre, intentando tener algún efecto sobre él.

—No sé si lo sepan, pero la gobernadora declaró ley marcial en este lugar, y el presidente lo hizo en todo el país. Tengo todo el derecho de entrar a esta casa si creo que existe algo en ella que ponga en peligro el bienestar de los civiles y la integridad de la nación.

—¿Algo que ponga en peligro? ¿quién es usted? —preguntó Charlie, aún confundido.

—Soy el Coronel Geisler, el hombre a cargo de este lugar— habló mientras continuaba avanzando hacia la cabaña hasta el punto de invadir el espacio personal de Giselle—, y tengo la sospecha que dos personas que escaparon del centro de cuarentena.

—¿Qué le hace creer que están aquí? —preguntó Roger desde la posición que había tomado al lado de la puerta, listo para interponerse entre aquel hombre y el interior.

—Los fugitivos dieron este lugar como referencia al momento de ser admitidos, supuse que aquí sería a donde vendrían.

Charlie sintió el peso de su sangre caer a sus pies, dejando un vacío en su estómago y la sensación de hielo recorriendo sus venas. El chico compartió una mirada con Roger, quien la devolvió con el mismo sentimiento de angustia en sus ojos.

—Asad y Emir...

—Sí, me parece que esos eran sus nombres —respondió Geisler—, y les solicito que me dejen entrar, o los arrestaré y enviaré a la zona de cuarentena por tener contacto con dos personas infectadas.

—Déjenlo pasar —Charlie tomó a Giselle del brazo para quitarla del camino del militar. La chica tiró de su brazo, zafándose del agarre de su novio mientras le recriminaba con la mirada.

Roger miró como Geisler entraba a la casa con un aire de superioridad, mientras era seguido por otros soldados que habían salido del mismo vehículo.

Charlie miró hacia el camino mientras dos figuras se acercaban a ellos. Lambert miró fijamente al soldado que se había quedado al lado del humvee, como si este le fuera a apuntar el arma que llevaba en sus manos sin previo aviso. Detrás de él, el sheriff Abbadie intentaba mantenerle el paso al guardabosques, mientras le dedicaba un saludo al militar con un leve movimiento de su sombrero.

—Charlie —Lambert abrió los brazos preparándolos para abrazar al chico, mientras éste respondía el gesto de la misma manera, confundido, hasta que ambos se envolvieron con los brazos del otro—. Dime que no están aquí, por favor —suspiró el hombre al oído del joven.

—No sería tan idiota —respondió el chico de la misma manera—, pero ten por seguro que si supiera donde están, haría todo por ayudarlos.

—¡Lambert! —La voz de Geisler retumbó desde el portal de la cabaña mientras miraba fijamente a los recién llegados—. No sabía que este era un asunto que competía a un hombre con tu puesto y jurisdicción.

—Soy un guardabosques, estamos en medio de mi jurisdicción —respondió el hombre mientras miraba a Geisler con severidad—, además, yo respondo por estos chicos.

—Señor, todo está libre —dijo una de las militares que había revisado la cabaña mientras salía por la puerta hacia el pórtico.

—Ya nos podemos ir —Abbadie habló mientras se acercaba al grupo de personas, acomodándose el cinturón conforme avanzaba—, los chicos no están aquí.

Geisler caminó dejando atrás a Lambert, mientras se acercaba al humvee que esperaba en el camino.

—Espero que entiendan que pasaría si esconden a dos fugitivos —El militar subió al vehículo, seguido por el resto de los soldados que habían entrado a la cabaña y, tal como llegaron, recorrieron el camino de regreso a la carretera. Abbadie le dedicó una media sonrisa a Lambert llena de arrepentimiento, entró a la patrulla y siguió el mismo camino que el transporte anterior.

—Siguen en el bosque —Charlie entró a la casa sin explicar, y caminó hasta una de las puertas que llevaba a un pequeño armario. Abrió la puerta, encontrándose con el pequeño espacio y la pared de madera frente a él. Dio pequeños toques en cada una de las tablas, hasta que los golpes secos le devolvieron un eco. El chico presionó la parte superior del tablón, haciendo que la parte inferior se levantara dejando un espacio

hueco al descubierto.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Roger mientras la culata de un arma aparecía a través de la abertura en el muro.

—Voy a ir por ellos —Charlie acomodó el rifle en su hombro y apuntó al suelo para inspeccionar la mira, en un intento de aparentar que sabía y entendía lo que hacía.

El chico salió del armario directo a la cocina, donde Giselle y Lambert miraban perplejos el objeto que llevaba entre los brazos. Charlie estiró su brazo para alcanzar una pequeña caja metálica de galletas que al abrirla dejó al descubierto una serie de cilindros dorados.

—Hay soldados por todas partes —Mencionó Roger mientras veía a su amigo cargar delicadamente la munición dentro del arma.

—¿Para qué crees que es el rifle?

—Ni siquiera sabes dónde están —Giselle habló desde el otro lado de la barra que delimitaba la cocina del resto de la casa, con un tono gélido en su voz.

—Yo no, pero él sí —Charlie señaló a Lambert con la cabeza mientras tomaba la mochila que descansaba sobre el suelo al lado del antiguo refrigerador, y comenzaba a llenarla con unas cuantas botellas de agua y barras energéticas.

—Dijiste que no eras tan idiota —El guardabosques miraba la escena recargado en una de las paredes de la sala. Al verlo ahí, junto con todos los muebles y la estructura de la cabaña, parecía que todos los objetos fueran escalas de una maqueta.

—No lo soy —respondió el chico con molestia.

—Entonces deja de actuar como tal —completó Giselle.

—Son mis amigos. Si Roger y yo estuviéramos en la misma situación, Emir no se detendría a pensarlo, tampoco Asad —El chico desplazó su mirada de Giselle a Lambert, buscando comprensión en sus ojos—. Sé que tú jamás dejaste a alguien atrás, así que te pido que entiendas y me des una dirección. Izquierda o derecha, yo empezaré a buscar desde ahí.

Un silencio incómodo se apoderó de la sala mientras todos se mantenían expectantes al siguiente comentario. Aaron Lambert, un militar retirado de 1.98, y que cada mañana se ejercitaba para mantener su buen físico, se

sintió intimidado por aquel chico que lo perforaba con sus ojos castaños.

—Iré contigo, te mostraré el camino —respondió derrotado.

—No —lo interrumpió Charlie tajantemente—, necesito que te quedes aquí cuidando a Giselle y Roger. En caso de que no vuelva, tienes que sacarlos de aquí y llevarlos a la ciudad.

—No te voy a dejar ir solo —dijo Lambert en el tono más autoritario que encontró dentro de sí.

—No irá solo —Roger tomó la mochila que había llevado con él a aquel viaje y la colgó en sus hombros—. Emir y Asad irían por nosotros.

Charlie esbozó media sonrisa mientras miraba a su amigo con orgullo. Sus ojos saltaron hacia Lambert, esperando la respuesta de la pregunta que le había hecho.

—El centro de detención está en el antiguo centro deportivo, en el extremo norte de la ciudad —dijo al fin el hombre.

—En esa zona hay muchos arroyos que nacen del lago, si llegaron hasta alguno pudieron seguirlo en esta dirección —explicó Charlie. El chico salió de la cocina y se dirigió a la puerta de entrada seguido por Roger—. Si no hemos vuelto para el amanecer, llévala a la ciudad y dile a mis padres lo que pasó— Charlie le dedicó una mirada llena de culpa a Giselle mientras daba el primer paso fuera de la cabaña—. Te amo —dijo con un suspiro.

El exterior los recibió con una oscuridad repentina y una brisa helada ajena al verano. Charlie frotó sus antebrazos con las manos para calentarlos mientras se recriminaba internamente por no haber llevado una sudadera.

—¿Cómo llegaremos hasta ellos? —Roger tuvo que trotar un poco para alcanzar a su amigo que caminaba decidido hacia el bosque que se levantaba frente a la cabaña.

Charlie se detuvo un momento y miró directamente hacia el cielo por unos segundos. El cielo había sido completamente cubierto por densas nubes que ocultaban los últimos rayos que el sol emanaba en aquel día.

—Tenemos que llegar al otro lado del lago, pero dudo que podamos hacerlo en un bote antes del comienzo de la tormenta. Supongo que tendremos que rodearlo.

Roger asintió y avanzó directo hacia la gruesa línea de árboles que

delimitaba el camino que llevaba a la carretera.

Los minutos pasaron mientras los chicos avanzaban entre raíces y ramas caídas que intentaban evadir en la oscuridad. El viento soplabá en fuertes ráfagas que se deslizaban entre los gigantescos troncos y las ramas, provocando sonidos similares a largos gritos y aullidos. Gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer desde el cielo, chocando contra todo lo que se encontrara a su paso.

Charlie se detuvo. Aquel lugar que había explorado años antes con sus padres se había convertido en un laberinto de pinos y rocas que parecía no cambiar sin importar cuánto avanzaran. La tormenta aumentó su intensidad, enormes relámpagos iluminaban el cielo, haciendo que las ramas proyectaran tétricas sombras en el bosque.

—¿Ahora hacia dónde? —gritó Roger, intentando que su voz se escuchara por encima del ruido a su alrededor.

—No lo sé —respondió Charlie, derrotado—, alguno de los arroyos debería estar aquí. Eso nos llevaría a ellos.

—¿Estás perdido?!

—¡No! Sólo no... —Charlie fue interrumpido por haces de luz que danzaban entre los troncos y voces apagadas por los ruidos a su alrededor. El chico tomó el hombro de su amigo y lo empujó al suelo hasta que logró tumbarlo, sólo para tirarse al igual que él, intentando ocultarse entre las enormes plantas que poblaban el lugar.

La lluvia había creado enormes charcos de agua en la tierra que sólo crecían con el agua que bajaba de la ladera. La sensación de la ropa mojada, de sus manos hundiéndose en el lodo y la tormenta cayendo sobre él, eran potenciadores para la sensación de vulnerabilidad que invadía a Charlie.

No tardó mucho para que tres figuras aparecieran a unos pasos de ellos, ajenas a su presencia.

—¿Seguro que vinieron por aquí? —habló alguien de los recién llegados.

—Estoy seguro, corrieron colina arriba —La figura que llevaba una linterna con la que alumbraba a su alrededor—, la tormenta borra las huellas que dejaron.

La luz de la linterna les permitió a los chicos ver los uniformes militares que llevaban las personas que habían llegado hasta ahí. El hombre que llevaba la iluminación empezó a alumbrar el suelo peligrosamente cerca del escondite. Charlie empezó a arrastrarse lentamente hacia atrás,

intentando evadir la luz, pero Roger lo tomó del brazo, obligándolo a quedarse quieto.

—Deberíamos regresar —La tercera figura habló con una voz femenina mientras giraba hacia la dirección en la que habían llegado.

—¡No! —respondió el segundo soldado con enojo—. Ya vieron demasiado, no podemos dejar que se escapen.

El soldado de la linterna alumbró el camino hacia la cima de la ladera y, tal como llegaron, los tres militares avanzaron entre la maleza y los árboles, desapareciendo entre la espesura del bosque.

Charlie y Roger se quedaron quietos por unos minutos más mientras el cielo seguía siendo iluminado por los rayos y el bosque retumbaba con el impacto de los truenos. Los pequeños riachuelos que bajaban por la colina se habían vuelto verdaderas caídas de agua, haciendo que el charco donde se encontraban los chicos creciera hasta el punto que tenían que levantar la barbilla para evitar ahogarse.

—Los están buscando —murmuró Roger mientras intentaba mantener su boca lejos del agua.

—Eso espero —Charlie se apoyó las manos en el lodo para incorporarse, haciendo enormes agujeros en el suelo.

—¿Los seguiremos?

—Sí —respondió mientras asentía, con una mueca de preocupación.

La luz que emitía la linterna de los soldados apenas era visible por la distancia que había entre ellos. Charlie descolgó el rifle de su hombro y lo acomodó entre sus manos. Asintió de nuevo una vez, ahora más decidido, y comenzó a seguir a los soldados que apenas eran unas manchas ligeramente más oscuras de lo que era el bosque.

Con cada paso, el lodo de la ladera se deslizaba cuesta abajo, haciendo que fuera difícil continuar el trayecto. En una zancada, la bota de Charlie resbaló haciendo que el chico cayera de bruces contra el suelo y comenzara a deslizarse hacia el fondo de la colina.

—¡Charlie! —Roger se lanzó para intentar tomar la mano que estiraba su amigo hacia él en un intento de evitar que cayera sin éxito. El joven continuó cayendo, haciendo que una enorme cantidad de lodo se soltara y se deslizara junto con él. De un momento a otro, el rifle que mantenía firmemente entre sus manos golpeó el tronco de un árbol, haciendo que

saliera disparado en una dirección desconocida.

Después de segundos que, con el choque de la adrenalina corriendo por su sistema, sintió como minutos, la ladera terminó dando paso a una caída libre inesperada. Charlie sintió el viento golpeando en cada parte de su cuerpo, haciendo que la sensación de tela fría y mojada erizara su piel. Sin previo aviso, la caída terminó cuando el cuerpo de Charlie chocó contra el crecido riachuelo, haciendo que se zambullera hasta quedar completamente hundido.

El chico se puso de pie, tosiendo toda el agua que había inhalado en los momentos que pasó bajo el agua. Aunque el nivel del riachuelo le llegaba hasta la mitad de su torso, la corriente era lo suficientemente fuerte para hacerle difícil el mantenerse de pie. Un nuevo relámpago iluminó el lugar, la falta de árboles en ese lugar hizo que la luz cayera sobre el joven y todo a su alrededor, haciendo que el color rojo óxido que se deslizaba sobre la superficie del cuerpo de agua fuera evidente.

El haz de luz se esfumó dejando a Charlie atónito. Lentamente, se sacó la mochila de los hombros y la abrió revolviendo todo lo que se encontraba dentro de ella hasta encontrar la linterna que llevaba consigo, la encendió e iluminó lo que le rodeaba. Una mancha borgoña se movía en el agua, siendo arrastrada en la misma dirección que corría el río. El chico comenzó a buscar el origen de aquella sustancia, siguiendo los hilos rojizos hasta la orilla contraria de donde él había caído.

Los ojos opacos de una mujer lo miraban directamente hacia él, atravesándolo. La piel de su rostro era totalmente blanca, hasta el punto en que las venas eran visibles en ella, y los labios tenían un tono azulado. Una herida perfectamente circular se postraba a la mitad de su frente, dejando caer hilos de aquella sustancia rojiza que manchaba el agua y la tierra en la que se encontraba parcialmente enterrada.

Charlie cayó de espaldas mientras intentaba alejarse del cadáver. Entre pataleos y manotazos, el chico alcanzó la misma orilla donde se encontraba el cuerpo y, aún con terror, se arrastró en el lodo sin quitarle los ojos para poner la mayor distancia entre él y el aterrador descubrimiento.

—Es mi hermana —La voz de una mujer hizo que Charlie saltara del susto. Sin pensarlo, apuntó la lámpara hacia el lugar de donde habían provenido aquellas palabras, revelando la presencia de otra mujer.

—¿Qué? —La luz que escapaba de la linterna comenzó a parpadear, dándole un toque aún más aterrador a la situación del que ya tenía.

—Por favor, ayúdame —respondió la mujer—, me están buscando,

ayúdame.

—Yo no... —Charlie intentó contestar, pero la mujer avanzó hacia él mientras la lámpara emitía ahora una luz más tenue que seguía titilando. El chico empezó a patallar de nuevo, intentando alejarse.

—Me quieren hacer lo mismo, por favor —La mujer se tiró y avanzó el espacio que la separaba del chico en cuatro puntos como si fuera un animal salvaje acercándose a su presa. Cuando lo alcanzó, lo tomó por el tobillo y lo arrastró sin dificultades hacia ella, hasta lograr quedar sobre él—. ¡Ayúdame!

La mujer comenzó a golpear a Charlie con las manos, a lo que sólo pudo intentar protegerse la cara levantando sus brazos. La linterna había caído al suelo, proyectando su luz estrambótica en la escena. La atacante seguía gritando, sólo que ya no eran palabras lo que salían de su boca, eran gruñidos guturales y chillidos demasiado agudos como para ser hechos por un humano.

—¡Déjalo! —Una voz conocida salió del bosque, y una masa se lanzó contra la mujer, quitándola de encima de Charlie.

Asad comenzó a forcejear con la mujer, que intentaba desesperadamente escapar del agarre del chico. Sin mucho esfuerzo, el chico fue dominado por ella, y ahora era atacado de la misma manera que Charlie hace unos segundos.

—¡Ya basta! —Emir apareció desde detrás de los arbustos y, sin detenerse, golpeó a la mujer en el costado con la culata de un rifle que llevaba en sus manos.

La mujer profirió un sonido gutural que sólo era comparable con el rugido de un animal. Miró de nuevo al chico que seguía debajo de ella, y expulsó una sustancia negruzca sobre él, sólo para seguir atestando puñetazos. Emir siguió golpeándola mientras Charlie continuaba en el suelo, aterrado de la escena que sucedía frente a él.

Un golpe seco en la cabeza de la mujer hizo que los chillidos y los movimientos pararan de golpe. Los tres presentes se quedaron atónitos con la imagen de Roger llevando el rifle de Charlie, listo para atacar de nuevo.

—¿Qué mierda hacen aquí?! —gritó Emir mientras tomaba la linterna del suelo y la apuntaba a la cara de Roger.

—¡Venimos a buscarlos, idiota! —respondió Charlie, mientras intentaba

limpiar el lodo rojizo que le manchaba la ropa.

—¡Nosotros ya estábamos en camino a la cabaña!

—¿Y qué hacían aquí? ¿Querían tomarse un tiempo para ser perseguidos por militares? Roger y yo llevamos horas buscándolos en esta maldita tormenta.

—Mierda... —Roger interrumpió la discusión con un susurro. Los dos chicos lo miraron mientras sus manos aún temblaban y sus ojos se mantenían sobre la mujer que ahora yacía en el piso. Al alumbrarla, Charlie y Emir notaron la enorme herida en su cabeza de donde todavía brotaba sangre.

—Está muerta —señaló Emir.

—Estaba loca, ¿viste cómo nos atacó? Sólo nos defendimos —Charlie seguía intentando quitarse el lodo con la lluvia que seguía cayendo inclemente—. ¿Qué hacía sola en medio del bosque?

—La vimos escapar de los soldados antes de que empezara la tormenta. La llevaban a una especie de fosa común junto con otras personas infectadas —respondió Emir con tono lúgubre—, están matando a cualquiera que presente síntomas.

—Chicos —Asad interrumpió a sus amigos quienes giraron y le apuntaron con la linterna, alumbrándolo. El traje quirúrgico azul claro que llevaba puesto, su cara y su cabello habían sido manchados por el líquido negruzco que había expulsado la mujer.

Capítulo 17

Medidas Preventivas

Edmund Phillips miraba detenidamente el papel amarillo chirriante que sostenía en sus manos. "Mantén tus manos limpias. Lávalas constantemente", era lo que estaba escrito en enormes letras negras que resaltaban ante el color del panfleto que tenía el hombre en sus manos.

—Pura mierda —Edmund arrugó la hoja hasta hacerla una pequeña bola, y la lanzó al suelo, haciendo que la fina niebla danzara por el movimiento.

—¿Pasa algo, general? —La máscara que el doctor Umesh Kapoor llevaba sobre su cara hacía que su voz apenas se escuchara.

—Que creo que esto es pura mierda —El hombre señaló a la pared frente a él donde una enorme cantidad de afiches del mismo color amarillo intenso. En ellos, habían diferentes mensajes con indicaciones y sugerencias dirigidas a los civiles con la intención de cuidar su salud.

—Estas son medidas hechas para salvar vidas.

—Es fácil decirlo cuando están enfundados en malditas bolsas de plástico —Phillips señaló el traje que llevaba el doctor, el cual estaba formado por una gruesa capa de plástico blanco que cubría completamente su cuerpo mientras una máscara antigases protegía su rostro—. La mayoría de las personas sólo tienen unas estúpidas mascarillas que usan con la esperanza de no contagiarse de lo que sea que esté aquí afuera, mientras ustedes toman todas las medidas existentes para protegerse.

Phillips pateó la bola de papel haciendo que aterrizara en uno de los charcos producto de las tormentas que habían azotado la ciudad en los días pasados.

—Ustedes también están más protegidos que las personas comunes — Kapoor señaló hacia la cuadrilla de personas con vestimentas iguales a la de él que avanzaban a unos metros de ellos. En sus manos llevaban un pequeño tubo que dejaba escapar la sutil niebla que reptaba sobre el suelo, formando pequeños remolinos con cada movimiento que hacían —¿Cree que las personas comunes tienen un grupo de personas que desinfectan el piso donde van a pasar?

Edmund resopló con fuerza, haciendo que una gran cantidad de vaho chocara contra el cubrebocas que llevaba, y dejando una desagradable sensación de humedad.

—¿Y usted cree que ellos pudieron prevenir lo que les pasó con sólo lavarse las manos? —Phillips apuntó su dedo hacia una casa del otro lado de la calle. Cintas amarillas impedían el paso más allá de la gariboleada herrería que delimitaba el jardín frontal, donde algunos juguetes descansaban desordenadamente sobre el pasto, mientras la puerta de madera exhibía un extraño símbolo pintado con un color naranja penetrante—, Puede decir lo que quiera, pueden tapizar toda la puta ciudad de estos malditos carteles, pero ambos sabemos que esto no se resolverá así.

Umesh soltó un suspiro tan profundo que, incluso con la máscara y el traje que llevaba, fue percibido por Edmund.

—Usted estuvo ahí, ¿cierto? —preguntó como un mero contrato, él sabía la respuesta.

—Era una niña, no debía tener más de cinco años —Edmund tuvo que parar. La carga de emociones comenzó a golpear como un suspiro atropellado que luchaba por salir de su garganta, mientras las lágrimas se acumulaban en la comisura de sus ojos—. Era una familia de cuatro, nosotros éramos doce. Cinco salimos. Dos días después, sólo quedo yo.

—¿Los mordieron?

—A la mayoría —respondió Phillips con pesar—, se abalanzaron contra los que entraron primero. La niña le arrancó la garganta Méndes con los dientes, y mientras él se ahogaba en su propia sangre, saltó sobre O'Donnell para intentar sacarle los ojos.

El general acarició con la punta de su dedo índice el gatillo del rifle que llevaba en sus manos mientras recordaba los gritos, las manchas carmesíes que ensuciaban las paredes de aquella sala de estar tan pulcramente decorada. Estaba ahí de nuevo, veía al hombre que había conocido en su primer día enlistado, su compañero en el campo de batalla, veía el horror en sus ojos mientras su mano derecha cubría su garganta en un intento de detener la sangre que emanaba de la carne hecha jirones que hasta hace unos momentos. Lo veía estirando su brazo izquierdo hacia él, quería alcanzarlo, tal vez quería que le tomaran la mano en ese momento, un poco de apoyo, pero el hombre estaba tan aterrado mirando a aquella criatura con el cuerpo de una niña pequeña, aquella cosa que gritaba mientras saliva goteaba de su boca.

Phillips reaccionó antes de utilizar la suficiente presión sobre el gatillo. Sus manos sudaban tanto que su arma estuvo a punto de resbalársele. El pequeño momento de terror se desvaneció en la mueca de hartazgo que el doctor había visto durante toda la mañana.

—Entonces, dígame —dijo al fin, tragando el nudo que se había formado en su garganta—, ¿lavarse las manos hubiera impedido lo que ocurrió ahí?

El doctor no tuvo otra opción que mantenerse callado, intentando ocultar la verdad que se gritaba a los cuatro vientos, pero que estaba tan avergonzado de admitir. “No”.

El silencio que se formó hizo perceptibles las pisadas de alguien que se acercaba corriendo. El sonido rebotaba en las calles vacías, convirtiéndolo en una rítmica música de fondo que no podía ser rastreada hasta su origen.

Tres hombres aparecieron por la calle que la cuadrilla había dejado atrás momentos antes y, aprovechando el momento de confusión, se lanzaron contra Kapoor y otras dos de las personas que llevaban el traje protector.

—¿Por qué tú sí y mi familia no? —El hombre hablaba con rabia mientras intentaba controlar a Umesh presionándole el cuello con su antebrazo—. ¡Yo no veo la maldita diferencia! —Una navaja apareció de entre la ropa del atacante, quien rápidamente la hundió en el costado de su víctima.

Phillips reaccionó mientras la sangre comenzaba a escurrir sobre el plástico blanco del que estaba hecho el traje, y pateó al recién llegado, haciendo que cayera unos metros al lado del doctor que ahora se retorció en el suelo, intentando desesperadamente detener el sangrado.

—¡Deténganlo! —gritó Edmund a sus hombres, quienes ya habían sometido al resto de los atacantes.

—Mierda, ¡mierda! —chilló Kapoor desde el suelo.

—Quédate quieto —El militar presionó la herida con ambas manos, haciendo que una cantidad considerable de sangre brotara y se escurriera entre sus dedos—, no creo que haya dado a algo vital. Vas a estar bien.

—No —interrumpió el doctor con terror en su voz—, ya estoy infectado. ¡Estoy infectado!

—Calma, ellos te van a ayudar —El resto de las personas que llevaban los trajes plásticos se acercaron hasta su superior, ocupando el lugar de Phillips, quien tomó el rifle que había dejado al lado de Umesh, y caminó hasta los tres atacantes que ahora se encontraban con las manos inmovilizadas detrás de su espalda y rodeados por el resto de los soldados—. ¿Estaban armados?

—Sólo él —dijo un soldado mientras señalaba al hombre que había

herido a Kapoor—, los demás están limpios.

Edmund inspeccionó detenidamente a los tres hombres frente a él. Dos de ellos, incluido quien había herido a Umesh, intentaban desesperadamente escapar de sus ataduras con movimientos violentos que apenas les permitían mantenerse en pie. Pero el tercero parecía diferente. Estaba tranquilo, demasiado, con una sonrisa discreta de superioridad que le erizaba la piel a Phillips. Su vestimenta también era diferente, mientras los otros hombres parecían hombres comunes, el tercero llevaba un traje que le quedaba perfecto, impecable salvo unas cuantas manchas por lo sucedido unos momentos antes.

—¿Qué hay de él? —preguntó el militar.

—Señor, yo sólo soy una víctima más en todo esto, me obligaron a participar —respondió el hombre de traje, intentando sonar lo más inocente posible.

—Yo no soy el que decidirá eso —respondió Edmund con incredulidad—. Llévenlos al centro de detención, ahí sabrán lo que hacer con ellos.

Las líneas blancas contrastaban con el oscuro concreto del que estaba construida la pared. Un vidrio roto en la ventana dejaba entrar pequeñas gotas durante las tormentas que azotaban aquel lugar durante las noches, creando manchas oscuras.

Alex había contado las marcas tantas veces que el número aparecía cada que cerraba los ojos. Catorce. Ese número lo había repetido al menos una centena de veces hasta esa hora del día en la que la luz del sol apenas traspasaba la densa capa de nubes que encapotaban el cielo.

Catorce.

El sonido que se escapaba de la antigua televisión retumbaba en la abombada estructura, siempre sintonizada en los noticieros que sólo informaban sobre la pandemia que azotaba el mundo, de los síntomas que las personas podrían presentar, o las medidas de seguridad que podrían tomar las personas para protegerse de la enfermedad.

Catorce.

—No importa cuántas veces las veas, no hará que el tiempo avance más rápido —suspiró Anton desde el otro lado de la celda.

—¿Entonces qué se supone que haga? —contestó desganado el chico mientras tentaba los surcos en la pared con la yema de los dedos—. Estar

atento a las noticias tampoco hará que avance más rápido, o que nos dejen salir.

—Lo sé —respondió el hombre con un suspiro.

Alex miró a través del opaco vidrio que apenas dejaba pasar los rayos de luz. Durante los últimos catorce días había intentado adivinar la parte de la ciudad donde se encontraba, delineando con sus ojos las delicadas líneas de cada silueta que se apreciaba desde el lugar donde se encontraba.

Ese era su juego preferido. Recostarse en el asiento trasero de la destartada van que su madre tenía cuando él era sólo un niño y admirar el paisaje lleno de nubes, postes telefónicos, aves volando de una manera tan libre que era imposible verla en la ciudad. Cada cierto tiempo Eleanor le preguntaba dónde creía que estaban. Eso era antes, ahora lo único que podía ver era la densa neblina que se formaba como preludio de las tormentas y la figura de lo que parecía un rascacielos.

El sonido de palabras dichas por lo bajo hizo que el chico se volviera a su compañero de celda. Anton había bajado su cabeza hasta apoyarla contra el enrejado, mientras su mano izquierda sostenía algo que colgaba de su cuello.

—¿Qué haces? —preguntó Alex mientras se incorporaba hasta sentarse.

—Digo una plegaria —contestó mientras abría lentamente los ojos—, la misma que dijo mi madre cuando me enlisté.

—¿Para qué? —cuestionó el chico.

—Es para proteger a tus seres queridos. Le pides a Santa María que los guíe de regreso a ti —explicó Anton mientras ocupaba el lugar al lado de Alex—, la he repetido cada día, en cada momento que mis niñas cruzan por mi mente.

—¿Crees que estén bien? —preguntó el chico, mientras miraba y contaba mentalmente cada muesca en el muro a su derecha. Catorce.

—No lo sé —respondió desganado—, son fuertes, y muy listas, y estoy seguro de que su madre está con ellas. Pero no sé si están bien— Ambos guardaron silencio. La pausa fue llenada lentamente por el sonido de las otras personas encerradas en aquel lugar junto con el sonido que salía de la televisión—, pero tengo fe. Eso es suficiente.

Anton le sonrió al chico mientras pasaba el brazo sobre sus hombros y lo

acercaba a él.

—¿Esa plegaria podría proteger a mi familia también? —preguntó el chico mientras su cabeza descansaba en el hombro del sujeto—, nunca fui muy apegado a la iglesia ni nada, no sé si eso interfiera.

—Nadie es ajeno ante los ojos de nuestro padre —explicó Anton con una sonrisa mientras le mostraba al joven el dije que colgaba de su cuello. Era una cruz tal como Alex la conocía, sólo que en la parte inferior tenía una viga diagonal—, menos aquellos que lo buscan en tiempos de necesidad.

—Quiero que ellas estén bien —La voz de Alex era tan sólo un suspiro mientras las lágrimas comenzaban a mojar el hombro de Anton—. Tus hijas, tu esposa, Mercy, mi madre. Quiero que todo esté bien.

La conversación fue interrumpida por el estruendo que provocaban el resto de las personas que se encontraban encerradas en aquel lugar.

Anton se levantó para encontrar la razón de los gritos e insultos que inundaban el lugar. Entre el metal y las personas que bloqueaban su vista, logró divisar a un hombre esposado que era escoltado por un grupo de militares.

El hombre los siguió con la mirada mientras avanzaban por el pasillo central del lugar hasta dar la vuelta en dirección hacia donde se encontraba su celda. Instintivamente contuvo la respiración y se quedó lo más quieto que pudo para evitar ser visto. No quería lidiar con alguien más en ese lugar. Alex era sólo un niño y necesitaba ayuda, era un buen chico, pero no sabía la clase de imbécil que sería aquel sujeto que se acercaba lentamente.

Como si la suerte quisiera reírse de sus ideas, el grupo se detuvo frente a la entrada de su celda.

—Atrás —ordenó uno de los militares mientras él y su compañera levantaron sus armas y apuntaron a Alex y Anton. Ambos levantaron las manos y se alejaron hasta topar su espalda con la pared más alejada de la puerta. Un tercer militar abrió la celda, abrió las esposas que llevaba el hombre, y lo lanzó dentro con tal fuerza que cayó sobre sus rodillas.

Los soldados se fueron después de verificar que habían cerrado bien la puerta, mientras Anton y Alex veían como el recién llegado se incorporaba torpemente. Lo primero que llamó la atención en ellos era su vestimenta, un elegante traje gris con unos zapatos que le combinaban. Su cabello, rizado y azabache, se había desacomodado por la caída, y una barba de tres días comenzaba a crecer en la línea de su quijada.

—Supongo que esa es una manera de hacer una entrada —dijo mientras se sacudía la suciedad de su pantalón. El hombre levantó la vista en espera de una respuesta, pero se encontró con dos pares de ojos clavados en él—. ¿Qué? ¿Esto? —El hombre señaló el traje que vestía mientras daba una vuelta para intentar modelarlo—. Supongo que, si el mundo se está yendo a la mierda, debes utilizar tus mejores ropas.

El hombre y el chico se quedaron inmóviles, atónitos por la buena actitud y la sonrisa de satisfacción que aquel sujeto portaba. Ninguno quiso responder, ni siquiera se atrevían a moverse.

—Claro, que grosero de mi parte —Se disculpó mientras se erguía y estiraba su mano hacia Anton—, mi nombre es Caesar, y estoy a punto de cambiar sus vidas.

Capítulo 18

El Búnker

Dolor. Ese fue el pensamiento que siguió al estruendo que aún retumbaba entre los árboles a su alrededor. Charlie movió en círculos su hombro intentando desaparecer la molestia y, una vez que creyó estar listo, acomodó de nuevo la culata del rifle contra el espacio que se creaba debajo de su clavícula.

La patada del rifle hizo que diera un pequeño paso hacia atrás mientras unas cuantas aves escapaban de sus escondites en la copa de los árboles. Una de las latas que esperaban en fila frente al joven salió disparada hacia atrás, perdiéndose entre algunos arbustos y helechos que cubrían el suelo del bosque.

—Charlie, el terror de las latas —La voz de Giselle se escuchó detrás del chico, llamando su atención.

—Disparé dos, le di a uno. Las estadísticas no están de mi lado —respondió sarcástico.

—Sólo es cuestión de práctica. Y hablando de eso, mira lo que encontré —Charlie giró para encontrarse a la chica sosteniendo un arco de madera oscura entre sus manos y un carcaj colgado en el hombro.

—El estúpido arco —dijo mientras sonreía discretamente—, creí que esa cosa dejaría de perseguirme si lo dejaba lejos de ti y de mí.

—No tendrías esa mala concepción de una herramienta tan noble si hubieras practicado más con ella —contestó la chica en tono de burla.

—La única razón por la que intenté practicar arquería fue para pasar más tiempo contigo.

—Y vaya que te funcionó —Giselle dejó escapar la risa que había intentado reprimir.

—¡Oh, por favor! Apuesto que no podrías darle a una lata con una flecha desde donde estás.

La risa de Giselle paró en seco. Levantó una ceja y suspiró lentamente. Ellos se encontraban en una pendiente, elevados de la zona donde las latas descansaban sobre el tronco cubierto de musgo de un árbol caído. La chica sacó una flecha del carcaj y la acomodó elegantemente en el arco, tensó la cuerda y poco a poco empezó a ajustar la mira del arma en su objetivo. Inhaló profundamente y, lentamente, dejó escapar el aire de

entre sus labios.

La flecha voló, haciendo un agudo silbido mientras recorría la distancia hasta la lata, y cuando la alcanzó, esta salió volando con el proyectil atravesando el aluminio.

—Presumida —resopló Charlie mientras Giselle explotaba en un nuevo ataque de risa.

—Vamos, Lambert y Emir tienen que hablar con nosotros. Después puedes seguir aterrorizando a la indefensa chatarra.

—Claro, sólo un segundo —Charlie acomodó de nuevo su arma contra el hombro, apuntó a una lata y jalo del gatillo, haciendo que cayera con el resto que habían sido derribadas.

La pareja entró a la cabaña después de recorrer el estrecho camino que los llevaba al bosque desde la parte posterior de la construcción, dejando afuera el calor que sólo era posible al sol de verano que caía a plomo sobre el valle y el lago.

Dentro de la casa fueron recibidos por Lambert y Emir, quienes se encontraban entre pilas de papeles que descansaban sobre la mesa de la cocina.

—No sabía que iban a sacar el archivo muerto —dijo Giselle en modo de burla.

—No es eso, buscamos rutas en el mapa —contestó Emir sin quitar la mirada de un enorme trozo de papel.

—¿Rutas? ¿Piensan ir a algún lado? —cuestionó Charlie.

—Que Geisler viniera antes de su llegada sólo nos compró tiempo —explicó Lambert mientras revisaba una serie de hojas unidas por una grapa—. No va a tardar en regresar, y dudo mucho que sea tan amable como para tocar la puerta la siguiente vez.

—Se nos ocurrió que podría irme con Asad hacia la ciudad, llevarlo al hospital y esperar por lo mejor —continuó Emir.

—Deberíamos ir todos —Giselle tomó una taza de la cocina y sirvió el contenido de la cafetera que aún aguardaba sobre la estufa —, no estaremos seguros si nos quedamos.

—Tiene un punto, estamos en la mira de Geisler con o sin ellos.

—Entonces, ¿qué es lo que sugieren hacer? —preguntó Lambert mientras daba un enorme sorbo a un vaso lleno de agua con hielos.

El sonido de pasos subiendo por la escalera que llevaba hacia el sótano hizo que todos guardaron silencio. Una pequeña trampa detrás del desayuno de la cocina se abrió, y el cabello desordenado de Roger apareció por ella.

—Tienen que verlo —Sólo esas palabras salieron de la boca del chico, y después desapareció de nuevo por donde había llegado.

Charlie, Emir y Giselle se apresuraron a bajar hacia el cuarto donde prácticamente reinaba la oscuridad. Una vez que dejaron las escaleras, cada quién tomó uno de los tres paliacates, que colgaban de una columna que sostenía la casa, y se lo colocaron de tal forma que cubriera su nariz y boca.

Roger se encontraba de cuclillas al lado de una cama junto al muro más alejado a ellos. La luz que se filtraba por las pequeñas ventanas hacía perceptible la silueta que descansaba sobre el colchón.

—Está empeorando —dijo Roger mientras escuchaba a sus amigos acercarse—. La fiebre sigue subiendo y tiene temblores.

Charlie se sentó al lado de su amigo viendo hacia la persona que se encontraba recostada sobre la cama.

La luz hacía que la piel de Asad brillara por las gotas de sudor que la recorrían y su cuerpo era víctima de espasmos que lo hacían saltar sobre el colchón.

—¿Has intentado usar las compresas de agua? —preguntó Giselle mientras ponía su mano sobre la frente del chico.

—No funciona, las medicinas que teníamos tampoco hicieron gran cosa. Y ahora apareció esto —Roger jaló un poco la playera de Asad hasta dejar su hombro al descubierto. Todos fueron testigos de las líneas negruzcas que se extendían por su piel, formando una especie de red.

Charlie sintió un vacío repentino en el estómago. Su amigo lentamente se estaba transformando en la mujer que lo había atacado unos días antes.

—Tenemos que llevarlo a un hospital, no creo que dure más tiempo así.

—Eso haremos —contestó Emir.

Los tres chicos salieron del sótano hacia la cocina con los ojos de Lambert pegados a ellos. La variación del frío que reinaba en la parte inferior de la

casa al calor que se sentía ahora hizo que Giselle sintiera un escalofrío que recorrió su espalda.

—Tenemos que irnos, ahora —dijo Emir a Lambert mientras descubría su boca—. Tenemos que hacerlo ya.

—¿Tan mal está? —preguntó el hombre mientras se levantaba de su asiento.

—No durará otra semana así, eso es seguro —respondió Charlie—. Tenemos que llevarlo a la ciudad ahora.

—No podemos —Giselle detuvo el avance de su novio hacia las escaleras que lo llevarían al segundo piso de la construcción colocando su mano en el pecho del chico—, así como está tampoco resistirá el viaje de regreso.

—Tampoco tenemos tantas provisiones para el viaje —añadió Lambert.

—Asad necesita agua, medicamentos, comida. No podemos irnos así nada más —siguió la chica.

—No tenemos tiempo de ir de compras cuando ese idiota del ejército puede llegar en cualquier momento —Emir continuó su camino rumbo a las habitaciones, molesto por la situación que ocurría.

—Ellos tienen razón —La voz de Charlie hizo que el chico se detuviera en seco y girara hacia sus compañeros—. No sabemos qué hay en el camino, ni siquiera sabemos cuánto vamos a tardar en llegar. Ni siquiera tenemos suficiente combustible para llegar allá, y dudo mucho que las estaciones de servicio estén funcionando.

Giselle caminó hasta la mesa de la cocina donde se encontraba un mapa de la región donde se encontraban, incluyendo el pueblo de Pomme Rouge.

—Miren —dijo mientras señalaba un punto en la lámina de papel—. Esta es una tienda de autoservicio. Está a la mitad de la carretera, lo suficientemente lejos del pueblo como para que alguien del pelotón de Geisler nos vea.

—No es una opción —cortó Lambert—, es un trayecto de cuatro horas en auto tan sólo de ida.

—No podemos gastar ocho horas así, menos si no sabemos lo que nos espera en la carretera —acompletó Charlie.

—¿Qué hay de la tienda de Ollie? —Emir levantó la mano para ser visto mientras miraba lo que los demás señalaban en el mapa por sobre el

hombro de su amigo—. Son dos horas de ida y regreso, y podemos escurrirnos en el pueblo sin que nadie nos vea.

—Es demasiado arriesgado. Además, es casi seguro que el ejército tomó todo lo que había ahí —respondió Charlie, mientras se sentaba en la silla que había ocupado su amigo para poder ver mejor el mapa.

—Pero ese no es el único lugar con comida —interrumpió Lambert al chico, haciendo que todos los presentes se interesaran por lo que tenía que decir—. Hace años, Ollie comenzó a presumir que él y su hermano habían construido una especie de refugio del fin del mundo en su patio trasero.

—¿Y cómo sabemos que Ollie no sacó todo de ahí en estos años, o que su hermano decidió esconderse ahí como un topo? —inquirió Emir.

—Ollie siempre sacaba la comida de ahí después de unos meses y llenaba el lugar de nuevo con provisiones frescas. Y su hermano se encuentra en Groenlandia, hasta donde sé, es un pescador.

—Entonces es nuestra única opción viable. El tipo nos vuelve a ayudar... —murmuró Emir por lo bajo.

—No, esperen —interrumpió Giselle con preocupación—, ¿en verdad lo estamos considerando?

Todos en el lugar guardaron silencio. La mirada de la chica saltó entre cada uno de los hombres frente a ella, esperando que le reafirmaran que todo era sólo un mal chiste.

—Geisler está ahí —continuó—. El lugar donde tú y Asad estuvieron detenidos está ahí. No podemos simplemente entrar a la ciudad manejando como si todo fuera normal.

—No, tienes razón —intervino Charlie con la mirada pegada a una hoja de papel que sostenía frente a su rostro—. Pero podemos entrar por la puerta trasera —El chico señaló un pequeño punto en la hoja, después la puso sobre el mapa y señaló el mismo punto, del cual nacía una delgada línea que llevaba hacia Pomme Rouge—. Este es un camino que lleva hacia una estación de guardabosques, y esta ramificación es un camino que lleva hacia el bosque detrás del pueblo. Sólo tenemos que ir por la carretera unos 30 minutos, y después salimos de ella.

—Bien, iré contigo —Lambert mientras caminó decidido hacia la salida con las llaves de su camioneta en la mano.

—No, tienes que quedarte aquí. Si algo pasa y no regresamos, tienes que llevar a Giselle, Asad y Roger de regreso a la ciudad. Eres el único que

conoce cómo hacerlo por las vías alternas.

—¿Estás loco?! Yo voy a ir contigo —recriminó la chica casi a los gritos.

—También te necesitan aquí —Charlie caminó hasta quedar frente a su novia y, gentilmente, tomó su rostro entre sus manos para tranquilizarla—, puedes ayudar a Asad más que cualquiera de nosotros.

De los ojos de Giselle comenzaron a brotar unas cuantas lágrimas que su novio pudo secar con sus dedos, para después besar sus labios de la manera más delicada que pudo.

—Entonces, somos tú y yo —dijo Emir a espaldas de la chica.

—Sí —suspiró Charlie mientras abrazaba a su novia—, toma unas botellas de agua y vámonos.

Emir caminó hasta los estantes de la cocina para seguir la instrucción de su amigo, y después se dirigió hacia la salida donde los dos rifles que él y Asad habían tomado en su escape del centro de detención. Tomó uno, y desapareció en el umbral que llevaba hacia el exterior.

Charlie terminó el abrazo con un beso en la cabeza de Giselle. Le sonrió al separarse de ella, y siguió el camino que Emir había tomado hacia la salida, colgándose el rifle con el que había practicado unos minutos antes en el hombro y deteniéndose frente a Lambert quien esperaba junto a la puerta.

—Creo que deberíamos cambiar —El chico sacó las llaves de su camioneta del bolsillo de su pantalón, y se las extendió al hombre—, es más fácil recorrer esos caminos con la tuya.

—Ten mucho cuidado —Lambert tomó las llaves y entregó las suyas, y antes que el chico saliera por la puerta, se estiró para tomar los paliacates que habían usado en el sótano y ahora se encontraban en la barra de la cocina, y se los entregó a Charlie—. Tal vez les sean útiles allá afuera.

Al salir de la cabaña, Emir esperaba a Charlie al lado de las camionetas. El chico le señaló aquella de color verde musgo con los números a los cuales llamar en caso de emergencia estampados a los lados. Después de entrar al vehículo, comenzó el viaje.

En cuanto Charlie giró en dirección hacia la carretera, dejando atrás el camino terroso que se internaba al bosque, Emir sintió una diferencia abismal en la imagen que se le presentaba al otro lado de la ventanilla. Las granjas seguían ahí, los huertos con los árboles de manzana seguían

ahí pero, de algún modo, todo el encanto y la vida habían sido extraídos.

—¿Estás bien? —preguntó Charlie, rompiendo el silencio.

—¿Eh? —Le tomó un tiempo a Emir dejar su ensoñación de lado y captar la pregunta que su amigo le había hecho—. Claro, estoy bien.

—Te conozco. Sabes que no tienes que hacerte el fuerte todo el tiempo, y sabes que puedes contarme lo que sea que estés pensando.

—¿Es tan obvio? —respondió mientras masajeaba el puente de su nariz con los dedos.

—Es sólo que no puedo imaginarme cómo sería haber estado en tu lugar. Incluso he llegado a pensar que tú no hubieras dejado que pasara tanto tiempo para irnos a buscar si hubieras estado en mi lugar —Charlie dejó escapar un ligero suspiro después de hablar, en una mezcla de alivio y miedo por las palabras que habían salido de su boca.

—No te culpo por eso, Charlie.

—No, yo me culpo —interrumpió—, si hubiera actuado esa noche en la asamblea tal vez no se los hubieran llevado, o si hubiera ido antes por ustedes, o si yo hubiera detenido a aquella mujer... Tal vez si no hubiéramos venido a este estúpido viaje todos estaríamos a salvo en nuestras casas.

—Basta, nada de esto es tu culpa —dijo Emir con tono enérgico—. No teníamos la mínima idea que esto fuera a pasar. Tú fuiste a buscarnos en cuanto supiste que habíamos escapado. Tú estás aquí, yendo a buscar lo necesario para llevar a Asad a un lugar donde puedan ayudarlo. No eres el culpable de esto. Ninguno lo es.

—Entonces deberías dejar de culparte. Todo lo que has hecho en esta situación ha sido para protegernos. Sé que Asad no hubiera logrado salir de ese lugar sin tu ayuda.

—Sí, creo que ambos lo hemos hecho bien hasta ahora. Creo que lograremos salir de ésta, y te juro que beberé una botella entera de vodka cuando esto acabe —dijo el chico entre risas.

—¿Cuando esto acabe? ¿En serio crees que eso pase?

—Claro, apuesto que para el final de este año todo habrá regresado a la normalidad —Emir suspiró mientras veía a través de la ventanilla, perdiéndose en sus pensamientos—. Esto no puede durar para siempre.

No pasó mucho tiempo antes de que alcanzaran el discreto camino que se internaba al bosque entre una tupida línea de árboles. La camioneta comenzó a tambalearse violentamente mientras las llantas avanzaban por el camino que algunas raíces comenzaban a reclamar como suyo.

No tardaron mucho en llegar a una pequeña zona libre de árboles donde la hierba había crecido hasta alcanzar casi las ventanillas del vehículo. Más allá, apenas visible por la maleza, se encontraba una pequeña choza en el extremo derecho del claro.

Charlie avanzó, haciendo que las plantas se quebraran bajo el peso del auto, hacia el lado contrario del lugar, donde dos enormes árboles flanqueaban la entrada a un camino aún más angosto que el anterior.

—Este lugar se ve abandonado —murmuró Emir mientras su mirada se mantenía fija en la pequeña construcción.

—Sí, el mapa donde lo encontré parecía de los ochentas. Probablemente esté fuera de servicio.

—Podría ser un gran escondite en caso de necesitarlo. Asad y yo podríamos quedarnos ahí mientras ustedes nos alistamos para regresar a la ciudad.

—No —respondió Charlie tajante—, quiero salir de aquí lo más rápido posible.

El sendero se detuvo abruptamente frente a una línea de árboles. Más allá, entre los troncos y helechos, se podían ver las siluetas del pueblo enmarcadas por el atardecer de aquel día.

Charlie salió de la camioneta con su rifle entre las manos y avanzó entre la maleza nativa del bosque, dando unos cuantos tumbos cada que una rama se ocultaba entre la oscuridad naciente y la hierba crecida.

—¿Sabes por dónde ir? —preguntó Emir detrás de él.

—Según mis cálculos, la tienda de Ollie debe quedar ahí —Charlie señaló una pequeña edificación entre otras de mayor tamaño—, su patio trasero da a un pequeño callejón entre edificios que colinda con el bosque.

—Debería ser sencillo.

Emir fue interrumpido por haces de luz que danzaban desde el pueblo e iluminaban la línea de árboles. Los dos chicos se escondieron instintivamente detrás de los árboles y se agacharon para quedar

cubiertos por la hierba, esperando pasar desapercibidos.

Ambos se quedaron inmóviles mientras las luces iluminaban su alrededor. Después de que éstas se habían ido, pasaron unos cinco minutos antes de que alguno tuviera el valor de hablar.

—Tenemos que movernos rápido —Emir se levantó lentamente, haciendo crujir las hojas debajo de él—. Entramos y salimos. Sin distracciones.

—Apoyo eso —respondió Charlie.

Los dos chicos comenzaron a descender la pendiente que llevaba hasta el pueblo, avanzando lo más cauteloso y rápido que el terreno les permitía, dejando atrás la protección que el bosque les brindaba.

Apenas notaron cuando la hierba, las hojas secas y las ramas dejaron de crujir debajo de sus pies para ser sustituidas por los golpes sordos que daban sus pisadas sobre el asfalto.

—¿Ahora? —preguntó Emir por lo bajo.

Charlie llevó su dedo índice a sus labios en señal de silencio, y después apuntó hacia un estrecho callejón que era ocultado por los dos edificios. Ambos avanzaron por el pasadizo, sorteando la basura que se había acumulado en él, hasta llegar a lo que parecía una pequeña extensión del bosque.

—Este es el patio trasero de Ollie —indicó Charlie con voz baja.

—Entonces por aquí debe estar la entrada al refugio.

—Ok, ¿cómo se debe ver la entrada a un refugio? —Charlie miró a Emir con ingenuidad en sus ojos, esperando la respuesta de su amigo.

—No lo sé, puede ser una trampilla en el suelo, o una puerta normal

—Emir miró por todos lados, buscando algo que delatara la presencia de lo que estaban buscando. No tardó mucho para que una vieja bodega, que apenas se podía mantener de pie, le llamó la atención—. Me cortaría una mano si no estuviera ahí.

Emir caminó rápidamente hasta ella, seguido por Charlie quien intentaba ser cauteloso y miraba hacia todas las direcciones buscando alguna señal de peligro.

—Mierda —maldijo Emir por lo bajo,

—¿Qué?

—Un maldito candado —Emir tomó el objeto entre sus manos. Era una enorme mole de metal que mantenía cerrada la puerta de acceso a la bodega—. No se ve del tipo que puedes reventar con dos llaves inglesas.

—Tal vez haya otra entrada, o una forma de abrirla.

—Tal vez haya un juego de llaves ahí —El chico señaló con la cabeza en dirección a la tienda de Ollie.

Charlie se detuvo un momento para admirar los cambios que había sufrido aquel lugar desde la última vez que estuvo ahí. Los enormes ventanales, que le daban acceso a la luz durante el día, habían sido tapizados por panfletos con tonos grises y naranjas; algunos eran del tamaño de una hoja de cuaderno, y otros tan grandes como para cubrir la mitad del cristal.

—Vamos —dijo Emir mientras avanzaba hacia el lugar. Charlie asintió y siguió a su amigo.

En cuanto estuvo frente a la puerta trasera de la tienda, Emir comenzó a moverla en un intento porque ésta mágicamente se abriera. Mientras tanto, la atención de Charlie fue captada por un cartel que se encontraba a la altura de sus ojos. El chico tomó entre sus manos el papel y comenzó a leer atentamente la lista que rezaba en él:

«¿Tienes alguno de estos síntomas?

Si presentas:

Falta de apetito

Visión borrosa

Dolor de cuerpo

Dolor de cabeza intenso

Hipersalivación

Fiebre alta

Convulsiones

Sangrado en nariz, oídos u ojos

Vómito

Acude a los centros de tratamiento más cercanos para una valoración de tu estado de salud»

El espacio vacío que se había creado en el cristal hizo que el chico notara los rayos de luz que se colaban desde el otro extremo. Emir notó lo mismo cuando la iluminación casi alcanzaba la cara de su amigo. Ambos se tiraron al suelo como lo habían hecho unos minutos antes en un intento

de ocultarse de aquellos que sostenían las linternas, pero al hacerlo, el sonido de metal golpeando el suelo hizo que la sangre se les congelara por completo.

—¿Qué fue eso? —escucharon del otro lado de la construcción, mientras las luces danzaban ferozmente sobre sus cabezas.

—Ve a ver que hay ahí atrás, anciano —dijo otra voz, mientras los chicos buscaban la causa del escándalo, como si eso lo arreglara de alguna manera, hasta que la mirada de ambos se clavó en un bote de basura caído a un lado de Emir.

Un fulgor avanzó por uno de los callejones que llevaban hacia la calle, acercándose peligrosamente. Charlie respiró lo más hondo que pudo y, lentamente, dejó salir el aire mientras sentía la culata de su rifle acomodarse contra su hombro. Detrás de él, Emir liberó el seguro de su fusil, preparándose para atacar junto con su amigo.

La luz giró en su dirección, cegándolos. Ahora eran vulnerables.

—¿Qué es lo que ve allá, anciano? —gritó la voz que había ordenado el registro.

—Sólo un estúpido mapache fisgoneando en los botes de basura —respondió una voz cansada que resultaba conocida para los chicos.

—¿Puedes con él, o necesitas ayuda? —gritó el interlocutor en tono de burla.

—Yo me encargo, ustedes sigan —El deslumbramiento pasó lo suficiente para que Charlie pudiera reconocer al sheriff Abbadie quien llevaba una mascarilla antigases y sostenía una linterna, mirándolos severamente—. No deberían estar aquí, lárguense —dijo casi susurrando. Después de eso, giró para regresar por donde había llegado.

—¡Espere! —musitó Charlie—, El refugio de Ollie, necesitamos encontrarlo.

Abbadie se volvió hacia los chicos con un semblante que combinaba la rabia con la sorpresa. El hombre abrió inhaló ruidosamente listo para hablar, pero fue interrumpido de nuevo por el chico.

—Tal vez no me recuerda, soy amigo de Lambert. Él nos contó del refugio. Uno de nuestros amigos está infectado, él escapó de un centro de detención. Necesitamos llevarlo de regreso a la ciudad, y necesitamos las provisiones que hay en ese lugar. Él morirá si no nos ayuda. Sé que usted sabe dónde está y cómo podemos entrar, por favor —Uno de los grandes defectos que tenía Charlie al ponerse nervioso era hablar mucho y muy

rápido.

La expresión de Abbadie se suavizó hasta que sólo quedó en un modo de enfado. El hombre rebuscó entre los bolsillos de su chaqueta hasta sacar un llavero, con una cantidad considerable de llaves, y se lo lanzó al chico quien apenas pudo atraparlo.

—La entrada está ahí —dijo mientras señalaba la bodega—. Saquen todo si les es posible, y háganlo rápido —Abbadie miró a los chicos, quienes aún estaban estupefactos de lo que estaba pasando, indecisos de lo que debían hacer—. Ahí encontrarán también unos radios, llévenselos y esperen a que yo les indique cuándo es seguro para ustedes irse.

Abbadie los miró de nuevo y, sin decir más, regresó por donde había llegado dejando a Charlie y Emir confundidos. Los chicos intercambiaron miradas, y rápidamente corrieron hacia la bodega. Le tomó a Charlie algunos intentos en encontrar la llave que abría el candado de la entrada, pero finalmente lo encontró, dando acceso a él y a su amigo al interior del cuarto.

—¿Ahora qué? —preguntó Charlie.

—Ahora buscamos la entrada —Emir estiró la mano sobre su cabeza para alcanzar la cadena que colgaba de un foco, tiró de ella, y la luz se hizo presente en compañía de un zumbido. Frente a los jóvenes ahora yacía una enorme puerta similar a las que tienen los submarinos—. Supongo que ya no tenemos que buscar —Emir colgó su fusil del hombro y giró la rueda que tenía en el medio mientras Charlie miraba hacia el exterior, vigilando. Un golpe metálico indicó cuando el refugio había sido abierto.

Todo el lugar fue envuelto por el aroma a plástico mientras la tenue luz de la solitaria bombilla iluminaba a medias la escalinata que conducía al interior del búnker. Charlie y Emir entraron lentamente, sosteniéndose firmemente del pasamanos en cada peldaño que recorrían.

Charlie encontró un interruptor al final de la escalinata que, al accionarlo, iluminó por completo el interior del refugio. El lugar era exactamente como hubiera esperado que fuera uno de los apartamentos en la zona más lujosa de la ciudad. Una enorme sala se extendía frente a ellos, con enormes anaqueles en las paredes llenas de provisiones, mientras unos lujosos sofás estaban acomodados frente a un televisor, con un enorme comedor detrás de ellos.

—¿Cómo vamos a sacar todo esto de aquí? —dijo Charlie mientras caminaba hasta un anaquel y tomaba una lata de duraznos.

—¿Qué tal en estas? —Emir caminó hasta el estante más alejado de la entrada, donde varias herramientas colgaban de la pared junto con

algunas bolsas de lona. El chico las tomó y comenzó a llenarlas con algunos de los utensilios cercanos a él—. Esto podría sernos útil.

Charlie caminó hasta su amigo y tomó otra de las bolsas para llenarla con la variedad de latas y conservas que tenía frente a él. Pasado un rato, los chicos habían llenado todas las bolsas que habían encontrado dentro del refugio con la comida y las herramientas.

—Mira esto —señaló Emir, después de acomodar la última carga frente a la escalinata, hacia un último estante donde se encontraban colgadas al menos seis máscaras como la que Abbadie llevaba puesta. El chico tomó dos, una se la puso y le lanzó la segunda a Charlie para después tomar el resto y guardarlas dentro de una de las bolsas.

—Mira esto —De un entrepaño inferior del mueble, Charlie tomó dos radios, los que Abbadie había mencionado, y un segundo artefacto que Emir no pudo reconocer a simple vista—. Creo que esto es un antiguo teléfono satelital —El chico encendió el aparato, haciendo que la pequeña pantalla se iluminara con una luz azul pálida, mostrando un ícono en la esquina derecha que indicaba la falta de recepción—. No creo que la señal llegue aquí abajo.

—Entonces vámonos de aquí. Ya nos hemos tardado demasiado —dijo Emir después de colgarse una de las bolsas sobre sus hombros.

El camino de regreso hacia la camioneta fue más difícil de recorrer con la carga extra que los dos chicos llevaban, y se hizo peor cuando tuvieron que recorrerlo por tercera vez para poder terminar de llevar todas las provisiones.

Charlie le entregó las llaves a Emir sin decir nada más y subió del lado del copiloto, acomodando su cabeza en el respaldo y cerrando sus ojos para descansar.

Una vez que habían dejado atrás el bosque y la antigua cabina de guardabosques, los dos chicos se incorporaron a la autopista, donde Emir sintió a flor de piel el cambio en el ambiente que le había inquietado horas antes mientras los faros de la camioneta iluminaban los árboles que proyectaban tétricas sombras que se alargaban por el suelo.

Un pitido electrónico arrancó al chico de sus pensamientos e hizo que Charlie abriera sus ojos. La pantalla del teléfono satelital se había encendido de nuevo.

—Creo que aquí sí hay recepción —Charlie tomó el aparato entre sus manos y comenzó a marcar uno de los únicos números telefónicos que se sabía de memoria. Llevó el teléfono hasta su oreja y sintió un alivio que no había experimentado desde que era niño cuando de la bocina escapó el

primer tono de llamada. Pasaron otros dos pitidos antes de que una voz familiar atendiera la llamada—. ¿Mamá? —preguntó, apenas conteniendo la avalancha de emociones que se amotinaba en su garganta—, necesitamos ayuda.

Capítulo 19

El Orden Natural de las Cosas

—El martes 12 de mayo recibimos el primer caso confirmado de la ahora llamada “Demencia Negra” —Erin presionó el botón del apuntador, haciendo que la imagen proyectada cambiara a la de un hombre acostado en una camilla de hospital. Bajo su piel, sus venas y arterias resaltaban de un color oscuro, mientras hilos carmesíes corrían desde sus ojos y boca—. Un mes después, el 12 de junio falleció por una hemorragia pulmonar.

La imagen cambió nuevamente. El colchón, el suelo y la pijama quirúrgica que eran blancas en la fotografía anterior ahora estaban completamente cubiertas de un líquido negruzco, mientras unas bandas de cuero sostenían sus manos y pies a la camilla.

—La autopsia demostró que no era la única hemorragia dentro de su cuerpo —continuó Fossati—. Además de las encontradas en el resto su cuerpo, se descubrieron diversos aneurismas dentro de la masa encefálica, siendo uno en la corteza prefrontal el que provocó un derrame cerebral, que a su vez causó la muerte cerebral del sujeto tres horas antes del deceso. Durante la evolución de su enfermedad, el paciente tuvo todos los síntomas identificados de esta enfermedad.

La enorme mesa frente a ellos, llena de personas con enormes mascarillas antigases, se mantuvo en silencio y estática. Sólo Cunha, quien se encontraba en la cabecera, se llevó la mano a su cabeza y comenzó a masajear sus sienes con los dedos.

—Desde entonces, las muertes y los casos han aumentado, y ustedes no han sido más que inútiles, sentados en sus oficinas, dentro de sus bolsas de basura mientras nosotros intentando salvar a estas personas mientras usamos unos estúpidos cubrebocas que ni siquiera sabemos si funcionan —reclamó Harrison ante la mirada atónita de Erin y Fossati.

—Sabemos cómo se contrae esta enfermedad, no creo que seas lo suficientemente estúpido como para creer que ese cubrebocas no funciona —respondió Cunha con rabia mientras se ponía de pie.

—¿Entonces por qué no lo usas tú? —interrumpió el hombre, mientras daba un golpe contra la mesa, haciendo que más de uno se sobresaltara—. ¿Por qué no te apareces en el área de cuarentena, en la clínica que se abrió en el estacionamiento por falta de espacio, y te pones a ayudar como el doctor que supuestamente eres?

—¡Yo hago que todo esto funcione! —gritó Cunha con ira.

—¡Nosotros hacemos que esto funcione! —Harrison señaló hacia sus compañeros quienes continuaban helados ante la escena que se desenvolvía frente a ellos—. Tú te escondes en una oficina mientras nosotros vemos morir a cada una de las personas que entran por esas puertas. Y ustedes —continuó el hombre mientras miraba al resto de los presentes—, lo único que hacen es aparecerse es cuando las personas están muertas, las apuñalan en la nuca, toman muestras y siguen sin poder decirnos qué podemos hacer para ayudar a los pacientes.

—¡Lárgate, Emmerett! ¡Estás despedido!

—Tú no tienes ese poder, tú no eres nadie para mí —Harrison pateó la pequeña mesa donde descansaba el proyector y la laptop, haciendo que todo cayera con un gran escándalo y sobresaltando a todos los presentes—. ¡Jódete, Cunha! —gritó mientras salía por la puerta.

Harrison Emmerett caminó para alejarse del ala administrativa del hospital lo más rápido posible. Quería salir de ahí, lo necesitaba. El hombre no se dio cuenta de donde estaba hasta que el viento, anormalmente frío para esa época del año, golpeó su rostro. Los débiles rayos del sol que aún quedaban y se colaban entre las edificaciones hacían evidente la delgada neblina que danzaba en la callejuela detrás del hospital.

Instintivamente llevó su mano hasta el bolsillo interior, en busca de su licorera. La agitó cuando la tuvo en sus manos, obteniendo silencio como respuesta.

—Mierda —dijo mientras guardaba el envase de nuevo en su lugar. Suspiró y comenzó a caminar en dirección a la calle principal, en busca de un lugar donde pudiera encontrar un poco de alcohol.

La oscuridad empezó a envolver la ciudad conforme el hombre avanzaba por la avenida, mirando rostros enfundados en cubrebocas pasar a su lado, con los edificios volviéndose borrosos ante él por la cantidad de alcohol en su sistema.

El letrero de un minisuper apareció frente a él, como la respuesta a una plegaria silenciosa que había rezado durante las últimas semanas. La luz y el color blanco del interior hizo que se deslumbrara, provocando que se golpeará con la puerta y tropezara con un trapeador. Caminó hasta el fondo del local, ignorando la mirada del encargado, y llegó al estante donde descansaba una extensa selección de bebidas alcohólicas. Tomó una botella de escocés barata, y regresó hasta la caja donde un chico que apenas alcanzaba la mayoría de edad lo esperaba.

—¿Sería todo? —preguntó el joven desganado.

—Por favor —dijo mientras buscaba su billetera.

«—... y recuerden mantener las medidas de sanidad necesarias para evitar el contagio de la enfermedad conocida como Demencia Negra...»

El chico ajustó el dial del radio detrás de él para arreglar la estática que se percibía junto con el mensaje. Harrison tomó la botella del mostrador, la abrió y tomó un enorme trago del licor que quemó su garganta mientras lo tragaba.

—Usted es doctor, ¿verdad? —preguntó el joven mientras señalaba la bata que llevaba Emmerett.

—Y tú eres un maldito genio, niño —respondió con sarcasmo, arrastrando las palabras.

—¿Todo lo que dicen es cierto? —cuestionó casi susurrando mientras se inclinaba sobre el mostrador, como si lo que fuera a salir de la boca de aquel hombre fuera un secreto—, que las personas se vuelven locas y atacan a otros hasta matarlos.

—Vete a casa, niño —Harrison, tomó de nuevo un trago del escoses, haciendo que le fuera necesario sostenerse de la pared para no caer de bruces debido al mareo—, vete a casa y ponte un puto cubrebocas.

El hombre salió de la tienda, encontrándose con la calle extrañamente llena de vida. Personas iban y venían en una escena que Harrison sólo podía percibir como surreal. Los gritos y las luces se fundían en una masa que el hombre intentaba descifrar para entenderla.

Una fuerza impactó el costado de Emmerett, haciendo que su cabeza rebotara sobre el suelo, volviendo todo aún más borroso.

—Doctor, por favor, necesito ayuda —Harrison sólo era un muñeco de trapo que estaba siendo agitado por un desconocido que lo tomaba por las solapas de su bata, intentando que reaccionara.

Entre la extravagancia de luces y ruidos que sucedía a su alrededor, el hombre pudo ver la cara de quien intentaba llamar su atención, era un chico. La mascarilla que cubría la mitad de su cara estaba manchada por una sustancia negruzca que escapaba por debajo de la misma, dejando rastros en todo el resto de la ropa del chico. Le tomó un momento a Harrison descubrir que sus ojos, en donde deberían ser blancos, eran del mismo tono que las manchas en su cubrebocas.

—Por favor, me duele mucho, en serio —El chico se sostenía el vientre con un brazo mientras todo su cuerpo comenzaba a temblar, víctima de espasmos involuntarios—. Necesito ayuda —Esas últimas palabras apenas salieron como un gruñido. Harrison se arrastró con la poca coordinación que le quedaba debido a su estado, mientras el joven comenzaba a convulsionaba frente a él.

La mascarilla no fue suficiente para detener el vómito que se proyectó desde la boca del chico y que cayó sobre Harrison, manchando por completo su bata.

El chico profirió un amenazador gruñido mientras se incorporaba con sus brazos y piernas aún siendo víctimas de temblores. Sus ojos oscuros se posaron en el hombre que seguía en el suelo mirándolo con terror, dudoso de que la escena fuera realidad o sólo un simple delirio ejecutado por su intoxicada mente.

Harrison no tuvo tiempo para reaccionar cuando aquel extraño se lanzó sobre él, gruñendo como si se tratara de un animal salvaje. Lo único que pudo atinar a hacer fue cubrirse el rostro con sus antebrazos cuando el chico comenzó a golpearlo despiadadamente. Uno tras otro, los manotazos impactaban contra su cuerpo.

Ese era el momento. Harrison lo supo. La sensación de líquido escurriendo desde su ceja resaltó aún sobre el dolor que sentía en su pecho y vientre debido al ataque. El chico tomó entre sus manos uno de sus brazos sin que se opusiera. Sabía lo que seguía. Sabía que el siguiente dolor punzante que sentiría sería el de los dientes hundiéndose en su piel, para dar paso al cálido derramamiento de sangre. Harrison Emmerett se quedó inmóvil, admirando los trozos de cristal oscuro que alguna vez había contenido su escocés favorito. Inhaló profundamente y esperó el dolor.

Dos explosiones. El peso muerto sobre su pecho.

—¿Está bien?! —escuchó decir a una voz que le pareció lejana.

Una fuerza exterior retiró el cuerpo sin vida del chico de encima de él. Después, una mano se tendió frente a él para ayudarlo a levantarse.

—¿Lo mordieron? —La persona que lo había salvado ahora lo tomaba por los hombros y lo sacudía, intentando que reaccionara.

—No —alcanzó a balbucear mientras la niebla en la que se habían sumido sus pensamientos en las últimas semanas comenzaba a disiparse—, estoy bien.

—Entonces muévase, salga de las calles.

La mezcolanza de sonidos ahora comenzaba a hacerse más clara. Gritos sonaban en cualquier dirección alrededor de Harrison mientras personas y militares corrían de un lado para otro.

—¿Qué pasa? —preguntó, confundido como si hubiera despertado repentinamente de un sueño profundo.

—Eso es lo que usted debería de decirnos —respondió el militar mientras señalaba la bata sucia del doctor—, lo único que sé es que todo se está yendo a la mierda —La mirada perdida de Harrison delató la poca comprensión que tenía de lo que sucedía a su alrededor, haciendo que el soldado sintiera lástima por él—. Mire, vaya al hospital, tenemos órdenes de extraer a todo el personal esencial. Estará bien ahí.

El hombre asintió, recibiendo como respuesta un gesto igual.

Harrison giró y, despabilándose un poco, comenzó a correr en la dirección por la que había llegado hasta ahí. Las calles ahora lo recibían bañadas por la luz artificial que emanaban desde las ventanas donde curiosos vigilaban lo que sucedía afuera. Personas salían de sus hogares, llevando entre sus manos las pertenencias que podrían parecer indispensables y lanzándolas a los baúles de sus autos, sólo para subir en ellos y conducir lejos de ahí.

No tardó en llegar al callejón que llevaba a la puerta trasera del hospital. Corrió hasta entrar al edificio y, como si fuera parte de su instinto, se recargó sobre la entrada, listo para detener el peligro que esperaba allá afuera.

El interior del hospital no era más diferente de lo que sucedía afuera. Enfermeros, médicos y el resto del hospital corrían por los pasillos, los teléfonos sonaban desesperadamente mientras gritos retumbaban por todo el lugar.

Algo dentro del bolsillo de Harrison comenzó a vibrar. El hombre metió su mano en busca de la fuente del zumbido hasta que encontró el pequeño aparato de plástico del que provenía. Tuvo que acercarse demasiado al beeper a sus ojos para poder leer el mensaje que mostraba la pantalla. Aun con su mano temblorosa, pudo entender lo que significaba. Salió disparado una vez más rumbo a las escaleras, dejando atrás el área de personal mientras se sumía en un caos que no podía detenerse.

Harrison llegó hasta el lobby del hospital. En todos los años que había trabajado en ese lugar, jamás había visto las puertas cerradas, negando la atención de personas. Ahora, los enormes cancelos estaban cerrados

mientras una multitud gritaba desde afuera, implorando por ayuda.

—¡Déjenos entrar! —gritó la mujer mientras lanzaba una roca hacia los ventanales que separaban a la multitud del personal médico.

—Por favor, tienen que entender. Tenemos órdenes —Harrison escuchó la voz de Fossati sobre el ruido que producían los presentes. El hombre comenzó a hacerse paso entre la multitud para encontrarse con su amigo. Cuando lo alcanzó, lo encontró hablando a través de un megáfono.

—¿Qué demonios sucede?

—Cunha. Él dio la orden de cerrar el hospital y dispuso a sus perros guardianes en las entradas —Fossati señaló hacia adelante. Frente a las puertas, listos para actuar, había una fila de militares con trajes tácticos negros y rifles en sus manos—. ¿Qué demonios te pasó a ti? Hueles a mierda —preguntó mientras miraba de arriba a abajo a su amigo quien seguía manchado por esa cosa oscura.

—Esto va a terminar mal —susurró Harrison a su amigo para evitar que el resto de los presentes escucharan—, allá afuera es un maldito éxodo. Lo que tú y yo vimos en los videos, está pasando ahora.

—¿Qué? —preguntó Fossati con una combinación de miedo y sorpresa.

—Tenemos que dejarlos entrar.

Un grito proveniente de la turba hizo que la sangre de Harrison se helara en su cuerpo. Las imágenes del chico abalanzándose sobre él, golpeándolo mientras lo miraba con sus ojos oscuros.

Una nueva serie de gritos invadió a la muchedumbre cuando un hombre se lanzó contra una niña pequeña que se encontraba ahí junto a su madre. Los lamentos de terror y miedo de la pequeña eran coreados por la desesperación de su acompañante, intentando alejarla del violento ataque que estaba recibiendo. Las manos del sujeto no tardaron en mancharse de carmesí, mientras el menudo cuerpo se mantuvo inmóvil, tendido en el suelo.

—Abran fuego —Harrison y Fossati giraron para encontrarse con Cunha hablando desde un radio mientras apreciaba la escena que sucedía en el exterior.

Como si se tratara de un baile perfectamente ejecutado, los militares levantaron sus armas hacia la multitud donde más personas eran atacadas y, sin que cualquiera fuera consciente de lo que estaba pasando,

comenzaron a disparar.

Todo el personal médico se tiró al suelo, en un intento por evitar que una bala los alcanzara.

—¿Qué mierda estás haciendo?! —gritó Harrison a Cunha, quien no quitaba la vista de la entrada del hospital.

—Protegiéndonos —respondió con indiferencia.

—¡Eres un maldito!

—Hago lo que es necesario —respondió mientras miraba con repulsión el aspecto de Harrison—, y quiero recordarte que tú ya no eres miembro del hospital, así que te encuentras del lado contrario de las puertas.

Harrison Emmerett se abalanzó sobre el Secretario de Salud sin que éste pudiera reaccionar. El doctor atestó un puñetazo en la quijada de Cunha, haciendo que este cayera de espaldas, completamente knockeado.

Sin más que decir, el hombre caminó por el pasillo que lo llevaba de regreso a las habitaciones seguido por Fossati, dejando atrás el atronador sonido de los disparos.

Capítulo 20

Haz Lo Que Yo

—¿Crees que ellos se preocupan por nosotros? ¿Crees que se molestarían en darte una de esas finas máscaras que los protegen completamente? ¡Claro que no! Ellos están igual de cómodos si nosotros apenas nos tapamos con un simple pedazo de tela que no nos cubre por completo la nariz y la boca.

Caesar sacudió las solapas de su saco, intentando que el polvo imaginario se desprendiera de ellas, y guardó silencio mientras el hombre en la celda de al lado se tomaba un tiempo para digerir lo que escuchaba.

Al otro lado de la celda, sentado sobre el deficiente catre, se encontraba Alex, escuchando atentamente cada palabra que salía de la voz de aquel hombre.

—Entonces, ¿qué es lo que debemos hacer? —preguntó el hombre de la celda vecina a Caesar.

—¡Esa es la cuestión! —respondió con una energía que Anton, quien se encontraba mirando el vaivén de los soldados desde la puerta, encontró molesta—. Tenemos que tomar lo que nos pertenece, lo que ellos se adjudicaron, y construir algo que se adapte a nuestras necesidades mientras este mundo deja de agonizar y muere finalmente.

El hombre veía a Caesar extrañado, intentando hilar las palabras que habían salido de su boca en oraciones que él lograra entender.

—¿Y dónde piensas construir este gran lugar? —preguntó Anton con una combinación de hartazgo e incredulidad.

—Resulta que tengo una pequeña fortaleza —respondió orgulloso—, justo a las afueras de la ciudad, lo suficientemente lejos para que la marea de mierda que está a punto de azotarla no la salpique.

—¿Fortaleza? —cuestionó Alex, quien hasta el momento se había quedado callado, mientras la imagen de antiguos castillos y torres venían a su mente.

—Es un lugar lo suficientemente grande para que podamos empezar de nuevo. Un lugar donde la podredumbre del exterior no podrá alcanzarnos, niño.

—¿Y cuál es esa podredumbre de la que has estado hablando todos estos días? Lo único que he escuchado salir de tu boca son tonterías para

venderles humo a estas personas —Anton encaró a Caesar, obteniendo sólo una sonrisa llena de soberbia como respuesta.

—Al parecer has estado demasiado tiempo en este lugar como para saber lo que sucede allá afuera. —Caesar habló en un tono que hizo sentir a Anton idiota, como si él sólo fuera un niño ignorante viendo a su maestro reprendiéndolo por ello—. ¿Viste esos videos por los que se tomaron tantas molestias en desacreditar? Puedo decirte que son completamente ciertos. Y puedo hacerlo porque vi lo que esta enfermedad les hace a las personas.

—¿Qué es lo que les hace? —interrumpió Alex.

—Las transforma en algo... inhumano —respondió Caesar con un tono sombrío y melancólico—. Les quita todo lo que fueron alguna vez, dejando sólo monstruos que no hacen nada más que destruir.

—¿Qué tan de cerca los has visto? —Anton mantenía las dudas sobre las historias que contaba el sujeto, preguntándose si pudiera ser cierto.

—Tan cerca como tú estás de mí.

—¿Nos puedes llevar? ¿A tu fortaleza? —preguntó el hombre desde la celda contigua, acompañado de sus compañeros que habían sido atraídos por las palabras de Caesar.

—Todos tienen un papel en este nuevo mundo —respondió, de nuevo con una sonrisa de suficiencia mientras le mantenía la mirada a Anton—, y todos ustedes me tienen lugar ahí, para ayudarnos mutuamente.

—Cuenta con nosotros —respondió el hombre, siendo coreado por las afirmaciones de sus compañeros de celda.

—Y conmigo, siempre y cuando puedan ir mi madre, mi tía y mi novia —continuó Alex, con un poco de esperanza, reemplazando la que había perdido durante esas semanas.

—Claro que son bienvenidas. ¿Qué hay de ti, vaquero? ¿tú también quieres venir? —preguntó Caesar a Anton.

—Iré para cuidar al chico —respondió en un tono seco—, pero si es mentira, haré que lo lamentes.

—Bien, entonces sólo tenemos que esperar —dijo mientras giraba y se dirigía hacia la ventana.

Detrás del cristal, la ciudad se mantenía quieta, con las luces de los edificios brillando en un cielo artificial. Caesar aspiró ruidosamente,

llenando sus pulmones con el frío aire que se colaba por el pequeño resquicio que se creaba entre el vidrio y la pared. Sabía lo que debía esperar, sabía la señal, y estaba completamente atento a ella.

—¡Mierda! ¡Ayuda! ¡Necesitamos ayuda! —Gritos desesperados comenzaron a escucharse al otro lado del pasillo. Todas las personas dentro de las celdas comenzaron a acercarse a la valla metálica más cercana a la fuente del sonido en un intento de encontrar su razón de ser.

—Carajo —suspiró Caesar, mientras se alejaba de su puesto frente a la ventana y miraba sobre la cabeza de Alex—. Parece que la marea de mierda nos alcanzó antes de lo que esperaba.

En una de las celdas al otro lado del pasillo, un hombre se encontraba arrodillado junto a otro quien se encontraba tirado en el suelo mientras su boca expulsaba una grotesca sustancia oscura y su cuerpo temblaba descontroladamente.

—Tenemos que salir de aquí, ahora —Caesar tomó la puerta de la celda y comenzó a agitarla frenéticamente, en un intento de hacer que se abriera. Cuando eso no funcionó, comenzó a patearla, obteniendo el mismo resultado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alex mientras veía al hombre que yacía en el suelo llevar sus manos a la garganta en un desesperado intento por respirar mientras su cuerpo seguía sufriendo violentas convulsiones.

—Está infectado. Y si él lo está significa que alguien más en este agujero también —contestó Caesar mientras seguía en un intento por abrir la puerta—. ¿Puedes volverte útil y ayudarnos a salir de aquí? —gritó a Anton.

Las voces llenas de confusión y miedo comenzaron a llenar de ruido el lugar en el que se encontraban. Las puertas que daban acceso al salón se abrieron, dejando pasar a al menos cinco soldados que rápidamente llegaron hasta la celda donde el hombre ahora se encontraba inmóvil, con la mirada fija en el techo mientras las últimas onzas de líquido se escurrían desde la comisura de sus labios.

Los militares entraron a la celda. Uno de ellos se arrodilló frente al cuerpo y comenzó a inspeccionarlo, mientras el resto apuntó sus armas a los otros ocupantes de la celda.

—Creo que tengo una idea —Anton tomó a Caesar por el hombro y lo obligó a girarse hasta que quedó frente a él—. Toma en cuenta que tú lo pediste —Y, sin más advertencia, atestó un puñetazo en el vientre del hombre, haciendo que cayera al suelo y vomitara un poco de la comida

que les habían servido ese día.

—¿Qué acabas de hacer?! —preguntó Alex con terror, mientras imaginaba las consecuencias que podían tener las acciones de su compañero.

—Improviso. ¡Ayúdenos, por favor! —Anton comenzó a gritar mientras agitaba sus manos para llamar la atención de los soldados—. ¡No puede respirar!

Uno de los soldados que mantenía protegiendo la entrada de la otra celda le dio una palmada en el brazo a su compañera y señaló hacia el confinamiento donde se encontraba Anton. Ambos avanzaron hasta ellos y entraron, imitando el procedimiento que habían hecho con los otros.

—¡Espaldas contra la reja, ahora! —gritó el joven soldado mientras apuntaba su rifle hacia Alex y Anton, y su compañera examinaba a Caesar, quien seguía quejándose en el suelo.

—Oye, calma, sólo quiero que ayuden a mi compañero, no tienes por qué apuntarle a un niño —dijo Anton mientras señalaba a Alex.

—¡Silencio! —gritó el soldado con la voz llena nerviosismo mientras empujaba el pecho de Anton con el cañón de su arma.

Sin previo aviso, en apenas una fracción de segundo Anton tomó el rifle del militar por la bocacha del rifle y, haciendo un movimiento que Alex sólo había visto en las películas de acción, capturó su cuello con su brazo, haciendo que este comenzara a manotear con desesperación.

La soldado notó lo que pasaba con su compañero e instintivamente llevó su mano en busca de la pistola que colgaba en su cinturón, pero un escalofrío recorrió su espalda cuando el tacto de sus dedos se encontró con la funda vacía.

—No lo creo, cariño —Caesar empujó suavemente la punta del arma contra el costado de la mujer, haciendo que levantara las manos y se incorporara lentamente.

Anton soltó el cuello del joven, quien había dejado de luchar para ese punto, y acomodó el rifle entre sus manos mientras su víctima caía indefensa.

—Por favor, sólo queremos ayudarlos —habló la mujer dejando que su voz fuera reprimida por la máscara que llevaba, mientras veía a los dos hombres apuntarle—. Tengo familia, un hijo.

—Calma, nosotros no somos los malos —Caesar aún luchaba con el dolor que le causaba el golpe de Anton, abrazando su vientre con un brazo mientras sostenía la pistola con la otra mano—, sólo necesito que te des vuelta, por favor.

La militar se giró lentamente, con el miedo que sentía reflejándose en los temblores que sufrían sus piernas. En el momento en que le dio completamente la espalda a Caesar, un violento impacto en su nuca hizo que cayera al suelo fulminada.

—Bien pensado, vaquero, nos vas a ser muy útil en La Ciudadela —Caesar tomó unas esposas que colgaban del cinturón de la militar y se las lanzó a Alex, quien aún intentaba entender lo que había sucedido—. Vamos, pónselas detrás de la espalda, igual con él.

—Tenemos que salir de aquí —Anton comenzó a sentir la angustia arremolinarse en su estómago mientras veía lo que habían hecho.

—No aún, falta que nos den la señal para hacerlo —dijo Caesar mientras miraba de nuevo por la ventana.

—¿De qué hablas? —gritó Anton exasperado—. Atacamos a dos soldados en un complejo militar, ¡tenemos que irnos!

—¡Somos dos hombres con armas y un chico, que dudo que sepa disparar! Si tienes una forma de salir sin enfrentarte con todo un ejército, ¡te escucho!

—Nosotros podemos ayudar. Sáquennos —La voz del hombre de la celda vecina se escuchó sobre el escándalo que lentamente había subido de volumen a su alrededor.

—Voy a sacar a todos de aquí, pero tenemos que esperar hasta el maldito momento más oportuno —Los gritos de un hombre se elevaron sobre el ruido a su alrededor. Los presentes giraron hacia el origen de los alaridos, la celda donde el hombre había caído enfermo tan sólo unos momentos antes. Ahora, en lugar de encontrarse tendido sobre el suelo, se había prendido del militar que lo inspeccionaba, hundiéndole los dientes en el cuello—. Mierda, creí que tendríamos más tiempo.

Los militares que habían mantenido a raya al resto de los reclusos abalanzaron sobre el infectado, golpeándolo con la culata de sus armas en un desesperado intento de separarlo de su compañero.

El caos se desató cuando los primeros disparos salieron de las armas de los militares. Las personas dentro de las celdas comenzaron a arremolinarse contra las vallas metálicas que separaban cada uno de los

confinamientos en un intento de escapar del lugar.

Los gritos fueron acallados por una explosión lejana que iluminó el cielo nocturno al otro lado de las ventanas. Caesar miró las llamas elevándose, esperando lo que venía.

Un resplandor se coló por cada una de las ventanas del lugar, seguido de un atronador estruendo que reventó los cristales. Todos se lanzaron al suelo, incluidos los militares, ignorantes de lo que sucedía en el exterior.

—¿Qué demonios fue eso? —gritó Anton en un intento de escuchar su voz sobre el zumbido en sus oídos mientras ayudaba a Alex a ponerse de pie.

—Es nuestra señal —respondió Caesar con suficiencia.

Los militares salieron disparados, con su compañero en brazos, por las puertas en cuanto el sonido de la batalla que se libraba en el exterior, dejando el lugar sin supervisión.

—Vamos —dijo Caesar mientras tomaba las llaves que colgaban del cinturón de la soldado que aún se encontraba inconsciente y se las entregó a Alex, junto con la pistola que llevaba el otro militar—, tenemos que sacar a todos de aquí.

El chico se colgó el arma en el pantalón, y caminó decidido abriendo una por una las celdas del lugar, obteniendo agradecimientos y elogios de las personas que se habían mantenido atrapadas en ellas.

Con temor, Alex se acercó hasta la celda donde se hallaba el infectado, quien ahora se encontraba en el suelo, inmóvil sobre la enorme mancha del líquido oscuro que había salido de su boca.

—Eso es lo que les sucede a las personas infectadas —Caesar posó suavemente su mano sobre el hombro del chico, y habló con el tono más reconfortante que pudo—. Esa cosa asquerosa que salió de su boca es su sangre. Dejó de ser completamente humano. ¿Ahora me crees, vaquero? —dijo dirigiéndose a Anton, quien había llegado hasta donde ellos se encontraban.

—¿Ahora qué haremos? —preguntó Anton, mirando a Caesar.

—Salir de aquí —El hombre caminó hasta las puertas que se encontraban al lado contrario de aquellas por donde habían llegado los militares. Inhaló profundamente y miró al resto de las personas que esperaban atentamente.

Cuando se abrieron las puertas, el sonido de disparos y gritos, tanto humanos como inentendibles, golpearon a la multitud. Una sensación

helada recorrió por completo el cuerpo de Alex, dejándolo inmóvil. En su mente sólo veía el cuerpo de aquel hombre, de aquel niño tendido sobre el asfalto mientras se teñía de escarlata.

Alex apretó su mano, sintiendo el tacto de aquella lata junto con lo cálido de la sangre que le había salpicado y, frente a él, apareció aquella imagen del cadáver, inmóvil, con la cabeza destrozada.

—¿Estás bien? —preguntó Anton al chico, mientras veía como su mano sostenía con fuerza el mango de la pistola que Caesar le había entregado.

—No creo poder hacerlo —dijo con miedo en su voz—, no estoy listo.

—Hey, mantén tus ojos en mí, y sólo en mí —Anton habló de manera comprensiva. Durante su tiempo de servicio había visto a muchos muchachos convertidos en soldados, creyendo que se volverían grandes héroes si iban a la guerra y quedándose petrificados en el primer momento en que un enemigo disparaba en su dirección. Sabía cómo tratar a aquellos chicos, pero esto era diferente, esto era algo que no debía estar pasando—. Detente cuando me detenga y avanza cuando lo haga. Haz lo que yo y estaremos bien.

Alex asintió, alejando un poco las imágenes presentes en su mente y aflojando el agarre de su mano en la pistola.

—Sígueme —dijo Caesar llamando la atención de los presentes mientras salía por la puerta.

Cuando salió, Alex se encontró con una escena que jamás había cruzado por su mente vivir. Donde recordaba que había un muro que protegía el lugar, ahora sólo había un enorme cráter lleno de rocas y llamas que iluminaban el cielo con tonos anaranjados. Por todo el patio del complejo, militares se habían desplegado y disparaban a personas que corrían salvajemente hacia ellos, algunos alcanzándolos y golpeándolos con furia.

Caesar dirigió a las personas en dirección contraria a la batalla hasta alcanzar un enrejado igual al que servía en las celdas como paredes. En el extremo más alejado, la silueta de un hombre esperaba por ellos.

—¡Sebs! —saludó Caesar con efusividad.

—Señor, veo que tiene compañía —habló el hombre con una voz profunda y grave.

—Necesitamos a estas personas para construir el nuevo mundo.

Sebs asintió y, con una herramienta parecida a unas tijeras con mangos excesivamente largos, comenzó a cortar los alambres que componían la

reja. Cuando se había creado una abertura lo suficientemente grande para cruzar, las personas comenzaron a salir.

—Dirígelos a La Ciudadela. Me quedaré hasta que todos estén fuera —ordenó Caesar a Sebs, quien se limitó a asentir de nuevo, y comenzó a alejarse del lugar, seguido por el resto de las personas.

—Iré a buscar a mi madre, la llevaré a tu fortaleza —dijo Alex, apresurándose a salir del lugar.

—¡No! El resto de la ciudad no es diferente a lo que dejamos aquí. Una maldita zona de guerra —intervino Caesar.

—¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo que ayudarla! —gritó con desesperación el chico.

—No lo lograrás. ¡Estará más a salvo oculta que si tú la sacas en medio de este infierno!

—¡No puedo dejarla sola!

—Él tiene razón —interrumpió Anton mientras empujaba a Alex en la dirección hacia donde los demás avanzaban—. Iremos por ella cuando esto pase.

Unos gritos guturales retumbaron alrededor de ellos. Varias figuras comenzaron a correr desde la batalla hacia la abertura por donde escapaban.

—¡Vaquero! Llévate al chico de aquí, les daré un poco más de tiempo —gritó Caesar mientras abría fuego contra las criaturas, que habían multiplicado sus números en unos segundos.

Anton tomó a Alex por la cintura y comenzó a arrastrarlo, mientras el chico pateaba en un intento de liberarse de su agarre. El resto de los prófugos comenzó a arremolinarse en la abertura, luchando para poder escapar.

Caesar se mantuvo ahí, disparando a cada uno de los monstruos que aparecía. El último de los hombres comenzó a cruzar el agujero en la reja, llamando la atención del tirador.

—Tú eres el que estaba en la otra celda, ¿cierto? El que dijo que me ayudaría construir un nuevo mundo —dijo Caesar mientras detenía al hombre tomándolo por la clavícula y aplicando la suficiente presión para hacerle daño mientras se paraba frente a él.

—Sí, pero por favor, déjame ir —La cara del hombre se transformó en una mueca de dolor mientras Caesar continuaba apretando su hombro.

—Dime, ¿cuál es tu nombre? —preguntó Caesar con malicia en sus ojos.

—Allan —los gritos de aquellas cosas se escucharon por detrás del hombre, acercándose peligrosamente—. Por favor, puedo ayudarte —rogó con terror.

—Oh, pero claro. Te dije que todos tienen un papel en el nuevo mundo, y éste es el tuyo —Caesar presionó el cañón de su arma contra la prominente barriga de Allan, causándole una enorme molestia, y disparó—, tú eres el que se sacrificará para que todos los demás logremos escapar.

Caesar lanzó a Allan de regresó por la abertura, dejándolo a merced de los infectados. Sin pensarlo mucho, dio media vuelta y comenzó a caminar tranquilamente en la dirección en la que se habían perdido el resto de las personas, dejando atrás los gritos de sufrimiento que provenían de Allan se combinaran con los alaridos proferidos por las criaturas.